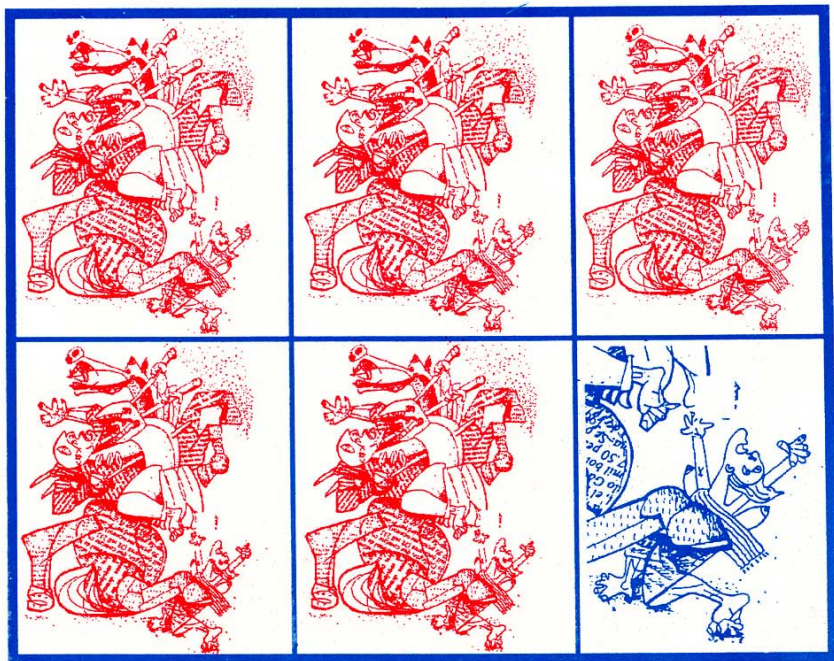

ETICA Y FEMINISMO

Coordinación: Ximena Bedregal



fem-e-libros

www.creatividadfeminista.org

Etica y feminismo

Margarita Pisano F.
Paola Melchiori
Francesca Gargallo
Aralia López González
Mista Bicecci
Salvador Mendiola
María Adela Hernández
Gloria Hernández Jiménez
Julia Tuñon
María Eugenia Tamés
Beatriz Mira
Ximena Castilla
Elizabeth Alvarez Herrera

COORDINACION Y EDICIÓN: XIMENA BEDREGAL

fem-e-libros

ETICA Y FEMINISMO
COLECCIÓN FEMINISMOS COMPLICES

Primera edición impresa: México 1994
Ediciones La Correa Feminista
Centro de Investigación y Capacitación de la Mujer A.C.
Ap. Postal 4-053, México D.F. 06400

Coordinación, edición y diseño: XIMENA BEDREGAL
Captura de textos: GLORIA HERNANDEZ
Corrección de estilo: ROSARIO GALO MOYA

fem-e-libros

Segunda edición y primera electrónica
autoras@creatividadfeminista.org
http://www.creatividadfeminista.org

IndicE

INTRODUCCION

Ximena Bedregal

I.- TEXTOS, DIÁLOGOS Y REFLEXIONES

Niñas buenas, niñas malas: ¿qué pasa con la moral?

Margarita Pisano F.

Ética y política

Paola Melchiori

Ética, ética feminista y libertad

Francesca Gargallo

**En la búsqueda de una ética feminista
de la comunicación**

Aralia López González

¿Hacia otra ética?

Mirta Bicecci 36

**Lo que me hace pensar el enunciado
“ética y feminismo”**

Salvador Mendiola 40

Ética y feminismo
María Adela Hernández

En pos de la conciencia propia
Gloria Hernández Jiménez

Porque Clío era mujer
Julia Tuñon

**Reflexiones sobre ética y la práctica
del cine feminista**
María Eugenia Tamés y Beatriz Mira

Mi ética anarco-feminista y el ejercicio del derecho
Ximena Castilla

II.- PERSPECTIVAS Y COMENTARIOS POSTERIORES

Una mirada sobre el seminario ética y feminismo
Elizabeth Alvarez Herrera

**Introducción teórica y conclusiones
puestas por adelantado**
Colectivo Chillys Willys

Ximena Bedregal

INTRODUCCIÓN

¿Por qué pensar la ética desde el feminismo? ¿a qué estamos aludiendo cuando nos convoca y reúne el deseo de reflexionar ese concepto y su relación con el feminismo? ¿qué es la ética para las feministas? ¿de dónde sale y a dónde apunta el deseo de pensar esto? Preguntas que adquieren más sentido cuando pensamos que casi ninguna de las participantes en este libro (ni en el seminario que le dio vida) somos, en sus sentidos tradicionales y académicamente aceptados, especialistas en filosofía, teóricas de la ética ni licenciadas, maestras o doctoras en ese “preciso” campo de las divisiones modernas del pensamiento.

1.- La revolución solitaria, silenciosa y expectante ya ha dado sus frutos en el crecimiento personal de muchas mujeres y la copa de la privacidad comienza a rebosar. El paradigma está tocado y se tambalea; el momento oportuno, el “kairos” de los griegos, ha comenzado su cuenta atrás. Los tiempos son propicios. Y las Diosas ¿por qué no? despiertan de su letargo (1)

Las que alguna vez tuvimos la suerte de nadar en algún libro como *Ética para amador* (2) u otro, quizá en ninguno, pero por alguna razón pudimos articular nuestro deseo de vida y alegría con algunos conceptos al respecto, tendremos, al menos, la idea de que la ética es aquel indescriptible que nos permite enfrentar nuestra vida de la mejor manera, siempre en relación con las/los demás y con el medio todo en que vivimos. Una posibilidad de unir la razón y el deseo en esa maravillosa y terrible condición humana que es la libertad. Un intrínseco de la propia libertad: su extensión o su ejercicio al actuar o no actuar prefigurando y asumiendo el grado de responsabilidad que contraemos como consecuencia de esa elección. Que su difícil propósito de verbalizarse es reforzar la libertad del vivir, hacerla más rica, tener cada vez una mejor y mayor buena vida, entendida ésta en su interrelación absoluta con otras buenas vidas.

Desde ese maravilloso momento de ponerle algunas primeras palabras a esa intuitiva necesidad existencial (del corazón y la mente) quedó, al menos en mí, la idea de que era algo absolutamente personal, mi modo humano de construir mi estar en el mundo, mi personal libertad en su relación con la libertad y la buena vida de mis congéneres humanas/os. Y me sirvió de alerta, pauta y refuerzo para la razón de mis deseos y los deseos de mi razón en la edificación cotidiana de mi socialidad y mi politicidad.

Cuando mi modo humano se descubrió humana con sexo de mujer, conocí (sentí y aprendí) que mi

ética no tenía nada que ver con ese otro concepto opresivo, ahogante y antiético que me imponían como “la moral”, a la que en mi medio solían llamar ética. Ni siquiera con la que me vendieron como “moral revolucionaria”, donde mi ser mujer seguía siendo sólo una enorme extrañeza y donde seguía sintiendo que las metáforas del poder quedaban viciosamente intactas. Entonces di el salto al feminismo. Mis pautas éticas en la construcción de mi libertad se hicieron una sola cosa con el continuo intento de ser-pensar-actuar feminista (mujer otra, diferente, transgresora, “éticamente” más y más libre). Mi creencia de que las raíces del dilema humano eran económicas y sociales se desarticularon en pedacitos tras un deseo de cambio de sentidos que transformara los significados del ser-estar femenino en el mundo y desde ahí los sentidos del vivir.

Entonces traté (tratamos) de cambiar significados. Lo hice con otras mujeres discutiéndole al poder, apostándole a los derechos de la mujer, buscando con otras hermanas el ponerle palabras al malestar; remirando y sintiendo mi/nuestro cuerpo, descubriendo y trabajando en áreas y temas desde donde salieran nuevos imaginarios para mi/nuestra vida femenil. A eso le llamamos “política feminista”. Y en un cotidiano actuar de santa profanidad, sabemos, cambiamos muchas metáforas.

Sin embargo, desde hace tiempo y a pesar de esos cambios se que hay algo fundamental que sigue intacto (o casi) y estas ideas de la ética empiezan a trascender mi individual libertad y vida. Se han transformado en “un algo” que ya no sólo tiene que ver conmigo, con nosotras mujeres, aunque siga siendo su eje vertebral. En “un algo” que tiene que ver con la certeza (tal vez de las únicas certezas que tengo) de que algo anda muy mal con nuestra visión del mundo en su totalidad y con nuestras formas de establecer relación con todo. Y cuando digo nuestra me refiero a hombres y mujeres, a lo que causa ese malestar generalizado que se impone a todas como terrible y violenta forma de la energía vital.

Pero tiene que ver también con otra de mis pocas certezas, la de que el feminismo ha construido algo para entender mucho de lo que pasa y, que hoy, más que nunca, su desafío, partiendo de las mujeres, lo es para toda la humanidad. Con la certidumbre de que lo que tenemos en las manos no es coyuntural, ni se trata del “pan para hoy y hambre para mañana” que es en lo que finalmente desembocaron las utopías conocidas hasta hoy. Por el contrario, lo ya hecho tiene la potencialidad de trastocar la metáfora civilizatoria, la lógica y la ética de la construcción cultural humana. Es decir, las formas en que nos concebimos como humanos en relación con todas/os y con todo. Tiene que ver con la posibilidad de entender la lógica profunda y macrocultural en que nos movemos, sentimos y somos: el patriarcado. Tiene que ver con alguna otra inteligencia y con una diferente emoción e imaginación para cambiarlo.

2.- Una gravedad de hastío revienta el mundo. Es como si nos hubiéramos puesto de acuerdo en la certidumbre de que este tiempo nuestro ha de encontrar la fisura por la que rasgarse y soltar tanto lastre acumulado. El desasosiego, sin embargo, proviene de no encontrar la salida ni las esclusas por donde la podredumbre tendría que verterse.

Asumir la posibilidad de cambio implica para las mujeres asumirnos constructoras de otros, nuevos, diferentes, conocimientos y propuestas globales y particulares; de una ética que trascienda la lógica de las demandas reivindicativas y emancipatorias. Aunque la idea de emancipación apele a no vivir en una realidad ajena a uno mismo y a los propios deseos y necesidades, algo en su forma de desplegarse está mostrando sus límites.

La demanda pone, se quiera o no, la solución en manos del otro. Es un pedir para que el otro me otor-

que lo que me pertenece. Mi papel, por tanto, se limita a acumular la fuerza que le obligue a otorgarme lo que creo justo tener. Según la fuerza acumulada, podré negociar parte de mis demandas o imponerle la capitulación. Esta es la ética (SIC) de la política patriarcal ¿la política patriarcal misma?

Mis demandas pueden ser muy razonables (la gran mayoría de las veces lo son, especialmente cuando vienen de los/las desposeídos, los/las oprimidos) pero en esta ética difícilmente estará presente la razón, ya que ésta se transforma en sinónimo de poder y de fuerza. En esa medida no cambia la lógica del poder ni toca sus raíces, al contrario, las refuerza y reinstala sin encontrar la salida ni las esclusas por donde la podredumbre tendría que verterse. ¿No es acaso la guerra la máxima expresión de esta lógica de confrontar fuerzas? Guerra, extensión de la política en otro campo. Guerra, realidad insoslayable en el México de 1994 y, al parecer ¡Oh temibles dioses, que no Diosas! en el de los próximos meses, ¿años?

Inmersas en este logos, han fracasado todas las utopías patriarcales de los últimos dos o tres mil años. Todos los sueños de libertad, igualdad, fraternidad, justicia social y económica vuelven en algún punto a fojas cero y, en una suerte de círculo vicioso interminable y cada vez más dramático y peligroso, se reinician una y otra vez. Siempre con renovado deseo de verdad y honestidad y con la misma vehemencia, los sueños acaban por caer en parecido, si no igual, lleno de poder, control y dominio. Con el nombre de desarrollo económico, justicia social, equilibrio político, emancipación grupal, sectorial o étnica o el que sea, se impone nuevamente la misma reciclada (sin)razón por encima de los deseos y necesidades de los individuos, aunque parta y se ancle en éstas.

Esta forma de (des)ordenar la realidad invade lo cotidiano del vivir y los estados de ánimo. Una economía llamada “del desarrollo” cuyo valor está cada vez más en la salud de las macrocifras contables y no en la de los cuerpos y espíritus de las personas concretas de carne y hueso. Un juego de la política que con una retó-

rica oferta de “democracia y equilibrio de las fuerzas mundiales” es cada día más impotente para crear alternativas participativas integradoras y posibilitantes de los deseos, ilusiones y necesidades de los “ciudadanos” (crisis de los partidos políticos, desorientación de los movimientos sociales, estados y gobernadores cada vez más distantes del sentir de sus “representados”, como los aspectos más visibles y cercanos entre otros muchos vacíos).

Un “boom” tecnológico que en la alucinógena inercia de su propia velocidad avanza a instalar la soberbia fantasía patriarcal de deificar la “inteligencia” varonil, posibilita la desmembración absoluta del ser humano y el “control total” de la naturaleza (¿o su fin?). En su camino ya ha marcado los tiempos y espacios del desastre ecológico y camina creando objetos y más objetos que nos vendan al sistema, logrando, al decir de Marcuse, “que la gente se reconozca a sí misma en sus bienes y se convierta en lo que poseen”, por eso los que nada tiene, simplemente no son. Esto es constantemente percibido por la gente y se expresa en un sentimiento perenne de insignificancia, en un estado del cotidiano vivir como, tan sólo, una sobrevivencia en guerra con la vida misma.

Buscando causalidades “lógicas” e inmediatas, se intenta explicar este estado de la realidad con la caída de los muros, la muerte del socialismo, la ruptura de los paradigmas de la modernidad, la complejización de una realidad ganancial y mercadotécnica planetariamente globalizada. Evidentemente esto es coyunturalmente cierto e incide en los límites actuales de la re-creación, pero sólo parcialmente. En la medida en que todos esos factores se ubican dentro de la lógica del mismo sistema que los provoca, en la medida en que nuestra imagen de la realidad está anclada en los paradigmas que provocan tal crisis, se transforman en una determinante absoluta impidiendo entenderlos como consecuencia y cúspide de su propia inviabilidad y esterilidad intrínseca.

La lógica lineal y proyectiva del pensar patriarcal en el que todas y todos estamos más o menos inmersas, nos hace muy difícil colocarnos fuera de sus propias

dinámicas explicativas, tener una visión más global y asumir que lo que no funciona es el paradigma fundador. Nos re-coloca ante la imposibilidad de resolver algo con una paradoja; que la guerra resuelva la guerra, que la lógica que ha provocado una situación de miseria e indefensión resuelva la situación generada por ella misma. En otras palabras, que las imposibilidades del sistema van a hacer posible al mismo sistema.

Los signos del sistema están por todas partes, podemos percibirlos. La brecha entre disfrute y exclusión se ha vuelto insuperable. El sistema patriarcal no tiene solución. La totalidad exige ser resituada porque alberga una realidad que ha dejado de ser signifiante.

3.- Los límites no los diseña ni dios ni el diablo, ni el espíritu burlón que se divirtiera constriñendo o reventando lindes. Es la propia historia con sus tiempos, sus parcas, repeticiones, levanta fronteras o tiende puentes; es ella quien sopesa la densa carga del mundo, quien alumbra el tremor de un tiempo nuevo, la que marca el tiempo exacto, cabal, en un devenir incierto o caótico que posiblemente responda a un profundo orden de simetrías rotas.

Pero ¿dónde está la posibilidad de éste giro contracultural? El feminismo está marcando un salto, una asimetría que ensancha los puentes de lo real y reubica las fronteras de la realidad pero lo hace en los marcos de los límites históricos. Tal vez su posibilidad reside en su capacidad de potenciar otras miradas de esa historia y otras imaginaciones del actuar en ella ya que su tiempo viene de antes, apunta más allá y se ubica en el cuerpo y en el deseo transgredido de las mujeres. El feminismo nos ha dado otras pistas por donde comprender y transitar; pero, necesario es reconocerlo, nuestro sistema diferente, feminista, aun no consigue fijar con claridad su propia reflexión.

Las resistencias, reivindicaciones y confrontaciones que ejercitó el movimiento feminista: lucha contra la violencia, por el derecho al cuerpo y a la salud reproductiva, por mayor visibilización histórica, hacia nuevas expresiones “femeninamente” sexuadas de la comunicación y la palabra, tras una participación más igualitaria, etc., que han tenido una importante capacidad de develar muchas de las vértebras mismas de la estructura social, de su dicotomía y su lógica del poder sexuado y que han ensanchado el sentido de realidad de las mujeres, deben asumir hoy el valor de desentrañar y desconstruir la ilusión civilizadora global que las ha fundado.

La ética del sistema está implícita en su modo de pensarse, de mirarse, de representarse el mundo. La conciencia de nuevos requerimientos y lógicas de bienestar apuntan con claridad a nuevas formas de representarse el mundo y la vida en él. Por eso al feminismo le es urgente pensar la ética, dar un nuevo salto que nos haga transitar del pensar, re-pensar los “cortes conflicto”, temáticos o sectoriales, instalados por el patriarcado: al interior de sus mecanismos, hacia la búsqueda de construir un nuevo edificio del pensamiento desde nuestra invención del ser mujer. El salto de un enfoque estrictamente relacional (en el que, por lo demás, se basa el hoy tan manoseado concepto de género) a otro que cuestione el concepto de civilización y su práctica.

Ser mujeres, por esencia o por presencia, no va a cambiar el sistema. Hacer posible un cambio civilizatorio es trastocar el papel simplemente reproductor que nos ha sido asignado. Usando una frase de Margarita Pisano, se trata de “asumir la capacidad de lo creativo humano que se ha autoasignado el modelo varón”. Se trata de reconocer los caminos que en nuestra práctica política “nos han dado innumerables saberes teóricos, filosóficos e intelectuales”. Nuestra capacidad de ser productoras no tiene nada que ver con lo que hoy –casi compulsivamente y con la consigna de “incorporar la mujer al desarrollo”– nos ofrece el sistema, abriéndonos espacios para que produzcamos bienes materiales necesarios y bienes sim-

bólicos urgentes para su propia autorreproducción. Lo creativo humano para las mujeres es ejercer la seguridad de que nuestra biografía feminista, individual y grupal, nos hace productoras de pensamiento y de prácticas contraculturales reales.

4.- Se trata de un esfuerzo por comprender el sutil entramado de tanto malestar, de tanto sufrimiento inútil, de esa barbarie del fondo que guía un mundo aparentemente civilizado. El intento por develar lo que no vemos para transformarlo en lo que nos hace alejarnos de lo evidente que no de lo más profundamente real y más trágicamente originario.

Sin embargo esto no es simple, no se da sólo por un acto de voluntad o por un ataque espontáneo de “concientización”, puerta al cambio que nos enseñaba la utopía de la izquierda revolucionaria. El discurso feminista se mueve en el orden simbólico, razonable, emotivo, lleno de sentido común, pero la realidad “ser mujer”, no está simbolizada, tan sólo designada.

Entonces ¿cómo hacer para que nuestras creaciones culturales (nos) signifiquen y creen una nueva esfera pública y social para la vida? ¿desde dónde podemos las feministas imaginar y practicar otra ética que instale también otra forma de mirarse, representarse y pensarse en el mundo, al mundo y al vivir?

Esto es, sin duda, un desafío enorme para las feministas hacia mediados de la última década del siglo. Creemos que no basta con discutir los mismos temas que nos han ocupado las últimas tres décadas. Hoy como nunca, se requiere levantar una sucesión de nuevas propuestas de reflexión, hay que armar nuevas preguntas. Tampoco basta con el aporte que las “especialistas” puedan hacernos desde su especializado conocimiento. Se requiere inventar una diferente manera de hacer teoría

colectivamente. Urge nuestro reconocimiento real de las sabidurías que hemos acumulado las mujeres en nuestra práctica militante e impulsarnos con una complicidad que supere ese miedo que Paola Melchiori llama “la dificultosa relación con nuestros amores intelectuales”. Nuestras experiencias tienen muchos ecos, no sólo en la metáfora que ya ha sido tocada, también y principalmente en nuestras propias mentes, corazones y vidas concretas. Debemos reconocerlos y recogerlos, simbolizándolos con las palabras que los proyecten como creaciones de cultura, hacerlos una Fiesta.

“El poder hacer la Fiesta es consecuencia de sentirse sujeto singular con toda una experiencia que se necesita comunicar, compartir y celebrar, simplemente por ser nacida, por ser sujeto simbólico (o político). La fiesta está adscrita a la esfera pública. No es cuestión fácil para el colectivo femenino que ha aprendido a hacer propios espacios ajenos y en una esfera social donde los pocos jardines que quedan están ocupados o llenos de peligros” (3).

En ese deseo se unieron en este libro mujeres diversas que desde variadas experiencias le dan vueltas a sus propias preguntas e instalan su particular mirada. En él se cuelgan muchas luces que alumbren la Fiesta, se colocan cintas de muchos colores y de muchos diseños. Algunos de los temas se desarrollan con cierta profundidad, otros muchos sólo se articulan como preguntas abiertas que marcan su presencia como necesidad teórica y práctica, pero todos nos muestran la necesidad profunda de nuevas formas, de nuevas propuestas y de nuevas miradas sobre esta civilización del des-orden y la violencia.

Con toda su diversidad, todos apuntan, sin duda a nuestras enorme necesidad de cambios profundos. Después de todo “si vamos Viendo (orden simbólico) y vamos Diciendo (autoridad) concluiremos sin duda Haciendo la fiesta” (4). Al menos a eso le apostamos Feministas Cómplices, al entregarles este libro.

NOTAS

(1) Uso como citas introductorias a cada una de las partes de esta presentación, párrafos del libro **Feminismo Holístico: de la realidad a lo real**; de Victoria Sendón –Cuadernos del Agora, España, Julio de 1994- porque me resultó enormemente significativo descubrir que, exactamente cuando armábamos este libro, en otras latitudes, se hacían otros con inquietudes tan similares “como si nos hubiéramos puesto de acuerdo en la certidumbre de que este tiempo nuestro ha de encontrar la fisura por la que rasgarse y soltar tanto lastre acumulado”.

(2) Savater, Fernando, **Ética para Amador**, Ed. Ariel, México, 1991.

(3) Elvira Aparici Benegas, “El jardín de las celebraciones”; en *Feminismo Holístico: de la realidad a lo real*, op. cit.

(4) op. cit.

I

Textos, diálogos y reflexiones

NIÑAS BUENAS NIÑAS MALAS

¿Qué pasa con la moral?

Margarita Pisano F.

Debo reconocer que la palabra moral siempre me ha sonado como un concepto represivo, nunca la he asociado a la buena vida ni a la felicidad. Ha sido una palabra que casi no he usado; he usado más la palabra inmoral relacionada al mundo de lo público (corrupción, el espectáculo de la pobreza, del hambre, de la violación de los Derechos Humanos). En las referencias personales uso conceptos como íntegra, seria, rigurosa, sabia, coherente, pero para referirme a alguien que respeto nunca digo “es una persona moral”.

En los talleres que llevo haciendo por más de 10 años con grupos de mujeres, he trabajado un ejercicio sobre lo bueno y lo malo. En este ejercicio se plantea el juego entre una niña mala y una niña buena, y puedo afirmar que en el rol de niña mala las mujeres están mucho más expresadas, creativas, libres, más conectadas con lo que sienten, incluso con sus malos sentimientos. Como buenas son obedientes, miedosas, esconden lo que sienten. Obviamente como buenas no lo pasan bien y como malas se acercan mucho más a la libertad: trepan árboles, desobedecen, siguen impulsos, miran el mundo.

Después de la experiencia un porcentaje altísimo de mujeres reconocen que como malas lo han pasado bien, mucho más que como obedientes, y finalmente reflexionan que lo que viven como bueno muchas veces es malo para ellas, y lo que tienen sancionado como malo a veces es lo bueno de la vida. Es uno de mis ejercicios preferidos porque sin ningún discurso logramos cuestionar el orden moral vigente y a los que manejan este orden: la familia, la iglesia, la sociedad, amigos y conocidos.

La distancia que me provoca la moral tiene que ver con el hecho de sentir que está “tomada por los otros”. La propuesta de este Seminario, que nos plantea hablar de la ética y la moral, me ha desafiado por primera vez a asumir que sí he reflexionado sobre ella. Reconozco que me gusta mucho más la ética porque me parece como una posibilidad de lo humano, que me compete y la moral me parece que ha permanecido en lo divino.

Estamos en una cultura fetichista en la que el poder arma su sistema de valores de lo que es el bien y el mal desde lo divino, desde lo sobrenatural, afirmado en designios mágicos o míticos. Este sistema valórico se apoya en normas y castigos refrendados por la palabra escrita sagrada: La Biblia, el Corán, las Tablas, etc., por lo tanto es inmodificable desde lo humano salvo que inventemos otra religión que lo modifique. Casi toda la filosofía está impregnada de la moral teológica. Cito:

“... por toda la evolución de la filosofía corre la mentira del “Orden Moral”. Qué significa el Orden Moral? Significa que hay de una vez por todas la voluntad de Dios respecto a lo que el hombre debe hacer y no hacer; que el grado de obediencia a la voluntad de Dios determina el valor de los individuos y de los pueblos; que en los destinos de los individuos y de los pueblos manda la voluntad de Dios castigando y premiando según el grado de obediencia...”

Esta es una cita de Nietzsche, quien a pesar de una lúcida crítica hacia la moral cristiana, no logra desprenderse de ella y al igual que otros filósofos sostiene el concepto de hombre superior, mostrando desprecio hacia las mujeres y por lo tanto es más de lo mismo.

Como dije anteriormente al estar apoyada en lo sagrado esta moral sólo puede ser interpretada, pero no cambiada. La moral impregna también a grupos que no aceptan las religiones, que se sitúan fuera de ellas. Sin embargo, en ellos, la moral religiosa está tan introyectada que aceptan sus principios, ahora asumiéndolos como naturaleza, con lo cuál también se hace prácticamente irrecreable.

La interpretación del origen del mundo está íntimamente relacionada con las religiones y con la moral. Esta interpretación también es modificable, si una quiere. Pero finalmente, si el origen del mundo es una explosión o si vino un señor y lo hizo (o una señora) a mi me da lo mismo. Lo que no me da lo mismo es que por esa interpretación me obliguen a vivir de determinada manera. Afortunadamente, la fuerza de la vida va traspasando esa moral, y finalmente “todos/as somos inmorales”, entre comillas.

Entonces, el gran problema es cómo tenemos introyectada una moral a la que le asignamos el poder de lo divino y/o de la condición humana como esencia y que nos marca en nuestras relaciones con nosotros mismos, con nuestro cuerpo, entre los humanos y con el mundo que nos rodea.

La moral vigente es un producto nuestro, de nuestras culturas. Solamente si entendemos que esta moral está construida y desarrollada desde lo humano y que es construida desde el grupo hegemónico masculino, podremos entendernos para desconstruir este producto de nuestra cultura y avanzar a cambios más profundos de la sociedad.

Signar a la especie humana como la especie superior, la única que adviene a lo divino, es el acto más androcéntrico que produce ésta, nuestra cultura. Quiero aclarar que cuando hablo de cultura, estoy apelando a un sistema macrocultural que involucra las diferentes y variadas expresiones de nuestra civilización global (1).

Nos sentimos con dos polos en tensión: lo bueno y lo malo, una parte superior, casi divina, buena,

racional y una parte inferior, intuitiva, natural, perversa, principalmente señalizada en el cuerpo. En esta lectura subyace la dinámica del dominio: habrá que dominar lo perverso para que prevalezca lo bueno, lo superior.

La moral vigente signa a los varones la representación de Dios en la tierra y por lo tanto la legitimidad del dominio: dominio de la naturaleza y de las mujeres en tanto declaradas naturaleza a dominar. La lógica del dominio establece además la obligación de relacionarse entre dominados y dominadores con amor, lo que constituye a mi modo de ver una contradicción tan profunda que es uno de los puntos de mayor inmoralidad, tan inmoral que propone la violencia para que funcione.

Para relacionarnos esta moral apela al “debemos amar a los otros, a los animales, a la naturaleza”; apela a tener que ser buenas, ayudar y sufrir con los demás. Es el reino de la crucifixión, de los buenos sentimientos: la víctima y el salvador. En esta proposición del sentir amor nos desresponsabilizamos de nuestro poder y capacidad humana de respetarnos y diseñar nuestras propias vidas y la sociedad que queremos, y conseguirlo o por lo menos ensayar otros sistemas y no estar estacionados. Esta cultura no está en el amor, basta ver lo que nos hacemos unos a los otros. Esta es una cultura del odio/amor.

El grupo hegemónico masculino pasa a ser quien detenta la potencialidad de lo divino. La lógica del dominio nace del íntimo convencimiento de que unos son superiores a otros, sea por raza, por sexo, por edad, por lo que de alguna manera conlleva los permisos para no respetar ni a los humanos ni a nuestro entorno. Esta moral construye un sistema de descalificación, fundamentalmente en la descalificación de lo que es la mujer, la Eva, e instala a la mujer al servicio del otro.

Si queremos hablar de una nueva ética es importante entender dónde, cuándo y cómo se construye la dinámica del dominio. Se adquiere calidad en las relaciones cuando se va despejando ese dominio. Lo primero es darse cuenta, pero también hay que entenderlo,

entender que todo está impregnado de situaciones de dominio, de odio/amor, que no hay espacios neutros. Hay que contextualizar el dominio social y culturalmente. Es como instalar un nuevo ojo, una nueva mirada a todo lo que te rodea. El pararse desde esta óptica es un acto muy rebelde, porque implica estar en disposición de no dejar ningún espacio sin ese ojo, sin esa mirada: la familia, el gurú, la religión, el cuerpo, la sexualidad, el amor, etc. No hay espacio sagrado ni divino para esa mirada. Hay que ser muy rebelde (2).

El feminismo al reivindicar el derecho al goce, al placer, al reivindicar el derecho de la mujer sobre su cuerpo, reivindica la libertad del ser humano y ataca la moral vigente, lo que implica que está proponiendo otra moral. Ahora si deberíamos descontextualizar la moral de su condición extrahumana –salvo que quisiéramos inventar una Diosa sostenedora de otra moral, lo que sería más de lo mismo- asumiendo la capacidad humana de ponernos de acuerdo para estructurar un sistema de normas desde este otro lugar y no desde el propuesto hasta ahora.

Mi propuesta feminista plantea la necesidad de la fluidez entre mente, cuerpo y espíritu. Si no logramos integrar estos espacios estaremos en la lógica patriarcal sobrevalorando cualquiera de estas dimensiones.

Los cambios profundos que conlleva esta propuesta están señalizados por la autonomía y la libertad que deseamos tener, libertad que pasa por lo íntimo, lo privado y lo público.

En lo íntimo, tenemos que darnos cuenta de los sentimientos que tenemos y cuán impregnados de dominio pueden estar. Muchas veces oculta os nuestros sentimientos y expresamos lo que creemos que deberíamos sentir, negándonos la posibilidad de analizarlos, construyendo la deshonestidad e impidiéndonos la toma de conciencia que realmente nos puede modificar. Si negamos nuestro cuerpo como un lugar de libertad transitamos a relaciones /mundo privado) en la obligatoriedad del sentir (amor, amistad, etc.) y no logramos una interacción

honestas con nosotros mismos, responsable y expresada con los demás (3). Desde la deshonestidad armamos personajes de nosotros mismos, personajes en los que quedamos atrapados, perdemos nuestra libertad y equivocamos a los demás. En lo público obviamente construimos discursos que no coinciden con lo que sentimos, pensamos y queremos, armamos una sociedad fraccionada, en tensiones y en guerra. La honestidad con uno mismo es libertad y sin libertad no podemos cuestionar el sistema.

Nuestras prácticas feministas han estado atravesadas por descubrimientos muy importantes para nosotras. Entre otros, conectamos malestares e incomodidades con el hecho de ser mujer en una sociedad patriarcal, recuperamos nuestra capacidad de expresar lo que sentimos, reconocimos en la otra nuestras historias, nuestras identidades. Estos procesos nos han llevado a una cierta sobrevaloración de nuestros sentimientos, olvidando que estamos socializadas en el patriarcado y por lo tanto impregnadas, psicológica y emocionalmente, de su ideología, de sus valores y de sus deshonestidades.

Creo que todo este proceso de avance nos ha dado capacidades que hoy debemos asumir como un paso crítico para transitar en lo que finalmente queremos ser: seres humanos completos y libres, con capacidad de construir y modificar lo que nos gusta y lo que no nos gusta, lo bonito y lo feo, lo ético y lo estético.

Si vemos el feminismo como un proceso de cambio cultural, si creemos que para que las mujeres consigan ser seres humanos productoras de cultura y no sólo reproductoras de cultura, tenemos el desafío de hacernos cargo de la necesidad de pensar, de estudiar, de profundizar en los campos que construyen nuestras formas de relacionarnos y nuestros sistemas de símbolos y valores. Debemos conectarnos con nuestras rebeldías. Sin ellas es imposible tener la autonomía, la independencia y la libertad que se necesita para cuestionar el sistema en que estamos insertas, poder verlo realmente y conectarnos con los deseos de cambiarlo de verdad todo.

Hoy día vemos que constantemente se está aludiendo a la necesidad de un cambio cultural, sin poder explicitar este cambio, atrapados en el sistema sin ninguna capacidad de desprendernos de él. Creo que algunas feministas, desde la rebeldía, estamos atreviéndonos a entrar en reflexiones que proponen una nueva moral. Quién sabe si esto es un paso para salirnos del mundo mágico de una moral construida fuera de la responsabilidad de lo humano, a pesar de ser producto de la imaginación humana.

El feminismo, al reivindicar el derecho al goce, al placer y al cuerpo como legítimo, no culpable, está contraponiendo a la moral del sufrimiento un deseo del buen vivir. Sin embargo, esto no puede transformarse en pasarlo bien en el sentido más convencional patriarcal. Sin modificar profundamente la sexualidad humana, por ejemplo, sin sanarla de una historia de violencia y represión no lograremos construir una sexualidad, un cuerpo y una mente basadas en otros valores.

El sistema siempre ha tenido cierta tolerancia respecto al sexo, al pensamiento, a la moral, siempre que se mantengan en una cierta ilegitimidad. Si una nueva ética, una nueva manera de vivir lo llegan a afectar realmente, la compra, la silencia, la asfixia, o la extermina. Esto es posible mientras nosotras le otorguemos el poder de legitimarnos. Si nosotras no le otorgamos esta capacidad quizás podremos instalar en el imaginario colectivo estos deseos de cambio como una utopía posible y realizable.

Hemos avanzado en una propuesta corporal. El que hoy día las mujeres usemos pantalones significa que se rompió un límite entre lo estético –en el sentido que es feo o bonito una mujer en pantalones-. Hace 100 años una mujer en pantalones era anti-estética, además de inmoral. El triunfo del taco bajo sobre el taco alto es otro triunfo del cuerpo como razón, más allá del concepto estético y moral imperante.

Sin embargo, ante esta propuesta corporal el patriarcado ha encontrado una contrapropuesta en la

cirugía estética, desde sus conceptos de inmortalidad, de eterna juventud y belleza, desarrollando una ciencia y una técnica basadas en la capacidad de modificar el cuerpo y el tiempo a través de la intervención en él, desarrollando una industria –la cirugía y la cosmética- que hoy día factura más que la industria automotriz. Muy distinto es mantenernos sanos, sexuados y vigentes en el tránsito de las edades.

Como lo he dicho muchas veces, hay un feminismo que se ha ido institucionalizando e instalando en el sistema, adhiriendo a los proyectos políticos que refuerzan y reciclan el patriarcado y sus lógicas de dominio. Este feminismo no se lee como una propuesta transformadora. Con este feminismo estamos en crisis, pues, al asumir –consciente o inconscientemente- las dinámicas y los valores del patriarcado desde el poder que les da el estar instaladas en el sistema, invisibilizan, niegan y descalifican las otras propuestas. Este es un punto de quiebre y es un problema de ética.

Este feminismo se queja mucho del poder, pero no logra desprenderse del patriarcado y elabora demandas otorgándole al patriarcado –que ha generado y que mantiene la situación de dominio para nutrirse y perpetuarse- el poder de solucionarlas, lo que por decir lo menos es una contradicción. La denuncia, al contrario que la demanda, señala al responsable y por supuesto que sabe que no va a solucionar el problema, por lo que asume la solución como un desafío propio y por lo tanto elabora estrategias para construir un poder realmente alternativo al poder establecido.

Lo que más cuesta asumir en esta crisis es que debemos empezar a leernos separadas. Separación que se puede hacer como una pérdida o bien –si logramos estructurar otra ética- realmente como diversidad.

NOTAS

(1) Margarita Pisano, "Todas las Alimañas que Serpean la Tierra", en Mujer, **Violencia y Derechos Humanos: reflexiones, desafíos y utopías**. Ed. La Correa Feminista, México, 1993.

(2) Margarita Pisano, "La autonomía tiene que ver con la libertad", ponencia fotocopiada, Santiago, Chile, 1994.

(3) Margarita Pisano, "Entrecruces de Nuestros Deseos o La Obligatoriedad del Amor", Fotocopias, Santiago, Chile, 1993.

Ética y Política (*)

Paola Melchiori

Etica y Política es el tema de mi participación. Con este tema quiero reflexionar, primero, sobre lo que desde el campo de las mujeres se ha dicho a cerca de la ética para luego hablar un poco de nuestra política, de la política feminista, tal como la entendemos actualmente en Italia. Y después tratar de pensar cuáles pueden ser las relaciones de la ética con respecto a una idea, digamos, todavía “discursiva”, que las mujeres nos hemos hecho a propósito de la política.

En el campo estricto de la ética, uno de los textos más citados por las feministas es un estudio hecho por Carol Galligan, resultado de sus investigaciones de campo sobre la cuestión. Hoy día se está aplicando mucho este esquema teórico para el estudio feminista de la ética.

(*) Este ensayo fue improvisado. Presentamos aquí la transcripción prácticamente textual de la intervención. Las modificaciones hechas corresponden sólo al uso del idioma ya que Paola Melchiori -que no habla español- hizo su presentación en una mezcla de portugués, italiano y español. Aclaramos que esta versión no pudo ser corregida por la autora.

Con la lectura de este trabajo de Galligan encontramos, por ejemplo, que existe una gran diferencia entre “el feminismo”, un modo distinto de pensar la vida, y lo “femenino”, una cuestión física y cultural.

Galligan ha hecho un estudio de las profundas y claras diferencias existentes en las actitudes morales entre mujeres y varones. En algunas universidades norteamericanas, y después en algunos *colleges*, entre estudiantes jóvenes y adolescentes de ambos sexos, ella aplicó un mismo tipo de estudio, y todos los resultados confirmaron su hipótesis de que hay una marcada diferencia ética en las formas en como actúan varones y mujeres. La voluntad ética de las mujeres tiende a ser visiblemente más justa que la de los varones.

Galligan hace ver que existe una distinción entre la manera más abstracta que tienen los varones para tomar decisiones morales, por ejemplo, para decidir si deben o no robar un medicamento de una farmacia con tal de salvar la vida de un familiar. Haciendo un resumen, la diferencia está en la dificultad de las mujeres para tomar decisiones abstractas ya que sus decisiones son motivadas básicamente por aspectos concretos. Les resulta mucho más complejo el acto de la sublimación.

Y precisamente tal ausencia de sublimación freudiana se resuelve en una cosa buena. Es garantía de la imposibilidad de tomar una distancia muy grande respecto del objeto en general, o sea, respecto del otro. Una sería incapacidad ética para desjerarquizar el objeto con quien se relacionan. Por eso en el sentido de hacer una generalización: ésta es una buena diferencia de las mujeres. ¡Claro, buena desde un punto de vista filosófico de carácter simbólico, porque según el cuerpo tradicional de la filosofía esta diferencia no es buena!

Será-es buena si es vista según una diferente imagen de la simbolización; ya que es la garantía de una proximidad que impide la generalización respecto a la otredad del otro. En el caso de la moral patriarcal, la falta de esta garantía de proximidad con el objeto es la causa de que se tomen sólo decisiones según la ley, y no según los casos particulares.

Bien sé que estas cuestiones de la diferencia entre varones y mujeres desembocan en posiciones teóricas y prácticas con las que no estoy necesariamente de acuerdo. Pero insisto: debemos tomar el contenido de ellas para discutir después.

Entonces, la causa de que hable de estas cuestiones es porque tienen mucho que ver con toda una línea del pensamiento feminista norteamericano, dedicada al estudio de las diferencias existentes entre la relación de la madre con la hija y la relación de la madre con el hijo.

Se dice que la imposibilidad de las mujeres para tomar distancia en relación con la madre, las deja situadas en una proximidad al objeto que constituye, no sólo en el campo privado de la vida, relaciones objetuales diferentes a las de los varones. Cosa que tiene de por medio toda una revisión del edipo freudiano, que, a su vez y por tanto, tiene una gran relación con la ética.

Lo que quiero señalar es que la causa de que haya una manera diferente para tomar decisiones éticas radica en el hecho de que las mujeres están en una relación diferente a la de los valores con respecto a la madre, en una proximidad que nos e rompe de la misma manera que la de los varones.

Hay, por otra parte, un libro muy ambiguo pero también muy interesante de Tzvetan Todorov que se llama *Frente al Extremo*. Ahí, Todorov hace un análisis de las posibilidades éticas extremas. El tema del libro lo constituye una generalización acerca de cómo los hombres actúan en momentos extremos, una indagación para saber cuál tipo de hombre llega a dar su vida por otra persona en las guerras. Saber cómo se tomaban decisiones durante situaciones de heroísmo en los campos de concentración, ya sea estalinistas o nazis.

Todorov recolectó historias de vida de varones y mujeres que, en momento de llevarse el pan a la boca, decidieron darlo a otra persona, y esto en momentos donde ello significaba dar la propia vida por otro ser humano. Tratando de responder a la preguntar sobre cuál puede ser la motivación de una persona para llegar a

este acto heroico, hace toda una tipología de casos. Las conclusiones de su análisis del heroísmo tienen una gran proximidad con los estudios de Galligan.

Al final de todo su recorrido, Todorov establece un modelo ético para explicar la voluntad de quien hace un acto heroico. Primero distingue a quien da la vida por una idea de quien da la vida por otro. Morir por una idea es resultado de un acto de impotencia, y no es una percepción clara de la muerte verdadera. Este tipo de héroe cree que sobrevive. Mientras que la gente en un campo de concentración sabe muy bien que se muere de verdad si le da su ración de pan a otra persona. Y luego Todorov establece que esta decisión clara de morir por otra persona, es resultado de una relación muy fuerte con la madre, cosa que comprobó en todas las personas que entrevistó. Hace así, digamos, todo un análisis desde el punto de vista femenino y feminista del heroísmo, fundándole en una completa descripción de la relación de una madre con un hijo para presentar a ésta, precisamente, como la única relación en que una persona, ya sea en acto o transferida en esta situación, puede darse a la muerte... aceptar su muerte por otro.

No discuto esto, nada más lo presento para la reflexión posterior. Aunque el modelo de Todorov, según entiendo, queda dentro de una imagen de lo femenino bastante tradicional, más como imagen, yo pienso, es una ética abstracta que nos toca en concreto.

Ahora, ¿cómo piensan la ética las feministas italianas?. Al menos ese grupo muy grande que hizo la práctica del inconsciente y que se dividió al final, pero que en su momento fue bastante unificado.

Debo pensar, ahora diría, que hicimos una diferencia entre ética y práctica política. El tipo de práctica política que hicimos, juntando lo personal con lo público, fue la búsqueda de una ética. La búsqueda de una relación con el otro, donde se busca lo que llamaría el punto de encuentro entre dos que respetan los diferentes puntos de partida.

Ahora viene el punto más complicado: explicar la práctica feminista desde el punto de vista que estoy diciendo.

Lo tomo del revés.

Una amiga americana ha hecho, dentro del pensamiento feminista, un análisis de las metáforas conductoras del pensamiento científico. Se ha dedicado a ver la forma como mujeres no feministas, pero mujeres al fin, llevan a cabo al construcción de la imagen de la naturaleza, del ser humano en tanto naturaleza. La manera como construyeron modelos que inspiraron después nuevos descubrimientos científicos. Y así es como ella, mi amiga, hizo un libro que se titula *Genero y ciencia*, que después se continuó con *Secretos de Vida, Secretos de Muerte*.

Ella hace un análisis del descubrimiento casi paralelo del DNA, en el sentido de que una mujer hizo este descubrimiento 40 años antes que los varones que fueron reconocidos como los descubiertos el mismo mecanismo cuarenta años antes que ellos. Pero los resultados de las investigaciones de esta mujer quedaron completamente incomprendidos por la academia y la comunidad científica. Así que a esta mujer le dieron el Premio Nobel cuando tenía 80 años, como compensación a su descubrimiento anterior.

¿Cuál era el punto que hacía incomprendible las explicaciones, las ponencias con que ella presentó los resultados? Era un modelo de visión, en este caso de la célula y que implicaba una imagen comprensiva de la célula como un organismo interdependiente, según un modelo no jerárquico, un modelo que implicaba, evidentemente, una reorganización diferente de los datos, y un modelo que se contraponía al que se consideraba válido hasta entonces (una imagen de la célula", jerárquicamente organizada -el DNA).

Esta mujer había descubierto el mismo mecanismo, pero con una imagen de la célula como ente interdependiente, no jerárquica. Y esta "pequeña diferencia" tuvo sus consecuencias. Sobre todo en el pleno de las preguntas de investigación, de la organización de los datos para la investigación, de la evaluación de los últimos resultados de los experimentos. Había hecho una

discriminación completa de los modelos y creencias institucionales; al punto que Barbara Clinton no fue reconocida, y no porque fuera una mujer discriminada en el sentido sindical del término, sino porque su forma de presentación de las investigaciones era incomprendible. Su presentación provocó el silencio de la platea, porque nadie entendía. El modelo de referencia implicado en sus investigaciones no consistía en un dogma central sino en una relación personal con cada individuo. El grano de maíz era estudiado como un individuo y no necesariamente tenía que ser un mecanismo completamente parecido con el otro.

Este modelo de referencia puede reforzar la idea de que existe una relación objetual de la mujer que es diferente a la del varón.

Para hacer un parangón me remitiré a lo que hicimos con nuestros objetos o nuestras relaciones como mujeres en el feminismo, lo que hicimos a nuestra relación con los objetos mentales. Nuestros amores disciplinares, nuestra práctica fue en el comienzo un análisis del grupo de mujeres, sin ninguna tarea, sino lo que sale de la imaginación de la una o de la otra. Lo que llamamos práctica del inconsciente.

Nuestro resultado principal fue comprobar que esta imagen de la madre buena es un sueño que tiene la ambivalencia absoluta de la relación entre mujeres, una misoginia enorme, un miedo muy grande. Y también comprobamos que, trabajar las relaciones de mujer con la madre, significa trabajar esta ambivalencia profunda en la interiorización de la misoginia, del masculino y del femenino histórico, así como no son dados en la cultura dominante. Tenemos una virginidad en esto, mas tenemos una posibilidad de encontrar, de mirar esta estructura desde un lugar diferente; de objetualizar, no el objeto sino nuestra estructura misma.

Cuando comenzamos el análisis de estos dos puntos, éste se detuvo en algún punto indefinido, y dijimos que teníamos que admitir que se hacía una división muy grande; y vimos cómo en las relaciones entre muje-

res había mas cosas muy buenas que estaban separadas y que cada una tenía muy sigilosamente guardadas e su alma. Esta cosa muy celosamente conservada eran los amores intelectuales, los amores por el pensamiento, por algún tipo de pensamiento. Entonces, cuando colocamos en nuestras manos el amor disciplinario de cada una, hicimos el mismo trabajo de buscar las razones profundas de este vínculo con las diferentes disciplinas, los vínculos implicados en lo que llamo las metáforas básicas. Con qué, en qué manera, cada una de nosotras profundamente imaginaba al otro, y cómo lo implicaba en la política del pensamiento, del trabajo intelectual o como actor social. Ahí nos dimos cuenta, otra vez, de que nosotras tenemos una relación objetual diferente, y que la gran dificultad de construir relaciones entre mujeres está en que es verdad que nosotras tenemos una proximidad que nos mueve a hacer la separación del otro en forma diferente. Nos relacionamos con el otro según una proximidad que nos tutela y libera de la objetivación total, que nos libera de la agresividad como forma de construir la imagen del mundo tal como el varón la construye.

Mas la dificultad que tenemos, es que existe una complicidad muy grande con la imagen varonil, y así una como lucha interna entre dos modelos que están vivos y mezclados entre sí. Entonces, debemos desconstruir un modelo y al mismo tiempo construir una relación "otra" con el otro. Tenemos que reconocer que una y otra cosa, desconstrucción y construcción de modelos e imágenes de relación están continuamente mezclándose. Como si el trabajo a este punto estuviera enredado y hubiera que desenredar las cosas cómplices de las cosas no cómplices todo el tiempo. Este trabajo es muy difícil.

Esta metodología la aplicamos nosotros a todos los aspectos de la vida. Si hago un ensayo de explicación sobre el significado de tal trabajo, dire que sobre él cada una de nosotras, tiene y debe tener ideas diferentes. Dependiendo estas ideas de cómo se vive y trabaja afuera, igual que del contexto que ocurre aquí cuando cada una presenta la propia imagen.

¿Y qué pasa aquí con los roles que cada mujer toma de la una y de la otra? El acto de hablar, ¿qué significado tiene el acto de hablar una con otra? Podría ser tema para un ejercicio.

Con todo el problema de la actividad y pasividad en un grupo, que son las bases de poder podríamos preguntarnos ¿es un poder masculino o es un poder femenino?

¿Cómo son los dos poderes que se hallan en un grupo de mujeres? Los dos, porque no por ser mujeres tendremos únicamente un poder “femenino”, sino que también hay un poder “masculino”.

Es toda una difícil tentativa la de desenredar estos aspectos que son enterrados en nuestros actos emocionales e intelectuales, pero que tienen que ver con una relación objetual que debemos analizar juntas. Yo pienso que este tipo de búsqueda -sin absolutizar, porque hay otras búsquedas que tienen el mismo valor- es lo que llamamos una política de la relación, den análisis de la relación que cada una tiene con su objeto, relación sexuada que es necesario desenredar porque no es clara, ya que las cosas que se consideran masculinas, son femeninas, y las cosas femeninas, son masculinas, en el sentido de que no nos pertenecen.

De aquí que, pienso, la ética feminista es la claridad máxima en el poder desentrañar adentro de sí misma y con las otras mujeres la complejidad de la relación objetual que nos una a nuestros objetos y también a todas nosotras juntas. ¿Y por qué llamo a esto ética? Porque es la búsqueda de reglas de convivencia, imaginaciones del otro, que sólo pueden fundar reglas de convivencia finísimas.

Yo he visto estas cosas en la única experiencia que hicimos sobre militarismo, porque en el punto en que todo este respeto del objeto se rompe, es cuando hay una pertenencia más profunda que la pertenencia a las mujeres: la pertenencia de nación; es una pertenencia muy grande y más marcada que la pertenencia de género sexual.

Hicimos este trabajo cuando realizamos seminarios conjuntos, palestinas, israelitas, italianas e italianos, y debimos trabajar un odio, una misoginia, unas relaciones de las mujeres con los objetos que cortaba una cosa muy caliente, que era la pertenencia a países que estaban en guerra uno contra el otro.

La pregunta era: ¿tiene una posibilidad esta relación objetual de las mujeres que no es la maternidad, esta relación diferente que tiende a haber en la relación con una persona que es igual, no diferente. No puedo usar la diferencia hombre-mujer para dividir completamente la una del otro? Esto es del otro, esto es mío. ¿Dónde llega la objetividad del otro? ¿Cómo trabaja esta objetivación del otro cuando se cruza con relaciones objetuales ya en guerra, ya conflictuadas?

Pienso que trabajar con la ética y con la política, tiene que ver con la construcción de estas relaciones. Con la elaboración reflexiva de estos conflictos y la manera como estas cosas se cruzan, se mezclan, en un contexto concreto. Pienso que nuestra responsabilidad ética consiste en dar luz a estos aspectos encerrados de las relaciones entre personas y con los objetos.

Esto significa también una práctica sintomática. El análisis no sólo de lo que se dice, sino también el análisis de otras actitudes, de otros aspectos corpóreos de y en la relación en un grupo. Ahí entra otra vez el cuerpo. Es el análisis de cosas que cada una percibe como síntomas críticos y que deben ser simbolizados porque son parte de la relación, sea la relación entre personas, sea la relación con objetos.

Cuando en los primeros tiempos hacíamos cursos sobre ciencia, la respuesta de las mujeres era completamente sintomática. Sus dificultades personales para entender las cuestiones científicas eran cosas que necesitaban ser verbalizadas, analizadas, como si el problema fuera mirar los síntomas en palabras. Ese punto era el momento simbolizante de la palabra.

Por esto pienso que este tipo de política feminista nunca puede ser política para las mujeres, ¿qué nos

representamos las mujeres? Siempre es imposible hacer una militancia clásica, porque en el momento de hablar con el otro, esta cosa vuelve. La diferencia, pienso, es que nos pensemos de las mujeres. Es sustancialmente diferente una política para las mujeres que se asume como representante y una política de mujeres.

Imagino a las mujeres, no sólo como representantes, como quienes carecen, imagino, del otro, que queda, otra vez, como objetivizada enfrente mío... Políticamente el problema de la representación se vuelve por completo diferente al ser considerado como el problema de la relación con los lugares de representación. Tal vez este punto central de la ponencia no está claro, pero estoy improvisando, además en español que no lo hablo y el tema, *per se*, es complejo. El problema es ¿cómo transferir esta manera, esta modalidad de construir relaciones?

Yo hablé de política en un contexto más amplio que el de los partidos y la sociedad política clásica. Ahora estamos haciendo un esfuerzo interno y pienso que construimos una modalidad diferente de hacer cultura, de hacer los cursos, de tener una relación con las disciplinas, o con el trabajo, un nido social. El problema es que no tenemos una solución política, por eso pienso que ese sería nuestro próximo problema.

Pero tampoco el "affidamento" (lo traduciré como "confiamiento") tiene alguna solución en sí. El sistema del confiamiento funciona internamente, hacia el interior de los grupos de mujeres; pero hacia afuera no tiene ningún efecto. Después de todo, no estamos todas en el mismo lugar y por eso el affidamento, en un momento dado, se dividió en dos porque algunas personas se colocaron como diputadas y terminaron por salir del grupo.

Yo pienso que no tienen una hipótesis. Los grupos más radicales del affidamento no tienen ninguna hipótesis con respecto a la representatividad. Cuentan con algunas personas individuales, que han hecho el esfuerzo de llevar eso, la cuestión feminista, a algunos partidos de izquierda. Trabajaron más que nada con una

propuesta de ley sobre el tiempo, el tiempo de la vida, el tiempo de la cura; aunque la distancia de las intenciones y lo que en verdad resultó como ley, otra vez fue muy grande.

En fin, no tengo una solución, por eso estoy aquí, para discutir.

El feminismo implica una política de nacimiento, una forma de encontrar un nacimiento diferente, imagino una posibilidad de hacer jugar las diferencias de manera tal que podamos responder a esta masacre, a este claro desfase de la civilización que tenemos ante los ojos. Imagino que una cosa internacional para las mujeres sea más fácil de pensar y conseguir que una cosa nacional, porque la crisis de la civilización es algo más profunda que los problemas de la política nacional, y, debido a ello, nosotras trabajamos a este nivel y no en el de los gobiernos. Pienso que lo que tenemos en común en las diferentes formas - aunque conflictivas- de ser feministas es ver claro que esta civilización está destruyéndose a sí misma, y también a nosotras, con el militarismo, la guerra, el ozono, la sobrevivencia, etc. Por eso pienso que es importante, en estos momentos, la creación de una red de comunicaciones sobre estos problemas, y no sobre si debemos entrar al Partido Comunista o no, o cualquier otro problema nacional.

En Nueva York, en la Preconferencia de Población de la ONU, yo me preguntaba: ¿será que todo quedará en esta explosión de palabras...? Pues me daba cuenta de que cada una de nosotras tenía experiencias diferentes y buscaba expresarlas... Había momentos en que pensaba: sí, es verdad, esto es subalterno, pero tal vez podría expresar alguna cosa. Las mujeres, en estas reuniones internacionales, expresan un deseo de hacer política, a un nivel que toque los basamentos de la civilización, y no las singularidades políticas nacionales; sin embargo es como si habláramos desde un lugar lejano, lejos de la historia. Y: ahora nos preguntamos ¿cómo debemos recolocarnos en la historia? En la historia que nos expulsó.

Yo creo mucho en la invención que llega de lugares en donde las diversidades se confrontan en este

nivel de grandes problemas. Es una cosa muy bella para el futuro, y lo dijimos así por Pekín, por lo que ocasiona Pekín a las mujeres. Sin embargo lo primero que se me ocurre si yo tuviese que imaginar Pekín es salud, violencia, etc.; lo que no deja de ser absurdo.

Creo que lo que se nos está planteando es recolocarnos en un nivel más alto, porque discutimos los fundamentos, los principios. Lo que se debe hacer es preguntarnos: ¿qué pueden hacer las mujeres ante la muerte de la civilización, del sentido de la vida, o con el problema de la guerra?

Porque el problema fundamental, en líneas generales, es la metáfora. La pobreza de nuestra política es porque no somos capaces de hacer mudar esta metáfora. Es difícilísimo, y más todavía porque tenemos que hacerlo juntas. Aunque se debe poder, porque, ¿cómo comenzó el feminismo? Mudando la imaginación de los sexos.

Pienso que mucha gente de cultura diferente puede trabajar esta nueva representación social desde un lugar diferente y hacerla temblar. Pienso que teóricamente el problema para la reinención de la realidad está en que nosotros caemos continuamente dentro de la imaginación del tiempo caemos dentro de la poca imaginación del presente. Por eso los lugares institucionales son tan peligrosos, porque llegamos ahí y se nos termina la imaginación, nos cortan la imaginación.

El pensamiento feminista va mucho más allá de la institución, porque dentro de la institución la cabeza se cierra.

Ética, ética feminista y libertad

Francesca Gargallo

Etica para sí es la libre acción de una persona en solidaridad con las demás y el todo, tanto en contra de la injusticia de la dominación de una persona, sexo, clase, cultura o raza en nombre de su supuesta universalidad, tanto en contra del avasallamiento de la naturaleza de la que somos parte con base en una supuesta superioridad humana sobre todo lo vivo.

Ética feminista es la que, actuando contra el privilegio moral y social del macho de la especie humana, reconocido como universal en la cultura, descubre que éste constituye la injusticia inicial sobre la que se ha construido un sistema lógico-político que ha llevado a la humanidad por una senda de destrucción e incapacidad de paz.

Como feminista, por tanto, actúo responsablemente en contra del sistema cada vez que lo descalifico en una de sus injusticias. Asimismo, mediante esta acción ética me libero. De tal modo la liberación ética feminista es la que impulsa mi acción y es el resultado de

mi accionar. Esto implica que, para mí, en la ética feminista no hay fin ni medios para alcanzarlo, ya que ambos momentos de la acción se confunden, son lo mismo.

El feminismo no se agota en la lucha (palabra de contenido competitivo patriarcal) por la liberación de las mujeres, ni es un instrumento de recuperación de los ideales más elevados de las utopías pasadas; el feminismo es una ética porque no deja fuera de su razonamiento a ningún elemento de lo humano. Al reivindicar que lo privado es también público, ha ampliado la esfera de la ética (como acción individual libre y responsable) a la política (como acción de y en la sociedad), negando a ésta última como ámbito desligado de la acción individual. el feminismo es una ética y como tal una propuesta civilizatoria distinta, una transformación de todas las relaciones que el ser humano es capaz de producir.

He llegado a esta posición a través de un camino plagado de rebeliones individuales contra mi situación de desigual. Hoy no llamaría a todas ellas feministas. Inconscientemente, cada vez que mi malestar se manifiesta a través de “pugnas” o luchas sociales, estaba aceptando las reglas del sistema de competitividad masculina. En él se ha permitido actuar a mujeres dispuestas a muchos esfuerzos, pues son necesarios para demostrar que es posible escaparse a la condición femenina, es decir, para probar que el mundo social no ha sido impostado sobre lo masculino sino que es supuestamente neutro. Sin embargo, todas mis rebeliones conformaron la personalidad de una cuestionadora que, cuando se encontró con otras cuestionadoras, fue capaz de reconocer éticamente su diferencia sexual.

Desde entonces, para mí, la ética es el proceso de construcción de una relación de respeto entre mi forma de ser y las de los demás, entre yo y la naturaleza de la que soy parte, que arranca de la conciencia de que no hay normas iguales para diferentes. La libertad a la que me enfrento por la no igualdad frente a la norma, me responsabiliza, me da vida, me impulsa a actuar en la humanidad.

La ética es, por lo tanto, una acción de libertad relacional, una humanización.

En la adolescencia, el miedo a mi cuerpo que sangraba y cuyos cambios dolían, me acercó al mundo de la filosofía postsocrática. Leer a los clásicos era, además, una fuga ideal para una persona que como yo necesitaba del movimiento y venía castrada en ello por los miedos represores del padre, que la madre manejaba en términos de permisos rechazados.

La filosofía me otorgaba la libertad que mi cuerpo de mujer me negaba. Como muchas adolescentes viví un intenso deseo de ser asimilada a lo masculino, de parecerme a un hombre y tener sus privilegios. Empecé a creer que ser inteligente era olvidar el cuerpo, llegar a una especie de asexualidad inspirada. Logré, con mucho orgullo, convivir con coetáneos que me consideraban una igual... y por lo tanto, no me deseaban.

Sin embargo, la discriminación no cejó. Muy pronto sentí que me era enemiga la desigualdad de derechos y las maneras de valorar comportamientos; luego todo lo doble se me hizo enemigo por injusto. Asocié la prohibición que yo tenía de hacer, pensar, decir, planear algo que a mis coetáneos hombres les era permitido, con el hecho que mi madre consideraba justa la intervención estadounidense en Vietnam y opresiva la de los soviéticos en Afganistán. Mi madre era ferozmente anticomunista, yo quise encontrar en el marxismo una solución a mi búsqueda de una medida de justicia igual para todas y todos.

Fui moralista en mi primera juventud, lo cual me permitió vivir una sexualidad sin culpas. Entendida la moral como una norma que aceptaba como válida, me amparé en la idea de que lo que es bueno para un hombre lo es también para una mujer y me dediqué a coger.

Más tarde aprendí a conocer mi cuerpo y descubrí el placer de menstruar, de tener senos y caderas, relaciones cíclicas entre mis emociones, mis cambios físicos, mi sueño y mi época de actividad. Mi cuerpo me enseñó que era yo mucho más diurna que la mayoría de mis compañeros escritores. Con mi cuerpo inicié a amar

mi ser diferente de las personas que me rodeaban; a cuestionar el hecho que la mayoría de los horarios de trabajo están diseñados con base en la funcionalidad masculina (que deja la responsabilidad del mundo de los afectos en manos de mujeres); a darme cuenta que no se puede ser iguales en un mundo organizado para la valoración jerárquica de los sexos.

Era yo diferente de un hombre por mi cuerpo y, sin embargo, era capaz de pensamiento.

El feminismo, al que arribé tardíamente después de haberlo confundido con la lucha por los derechos de las mujeres, fue la única filosofía que me ha permitido comprender que el divorcio que yo había impuesto a mi cuerpo y a mi mente para sobrevivir en una cultura hostil, era un acto desesperado y estéril. No hay una norma moral para mover el cuerpo y otra para dejar fluir las ideas. Somos a la vez carne y mente, como humanidad participamos de la naturaleza, y somos libre en cuanto el otro existe para que nos responsabilicemos con él. Nadie es igual a otra persona, de modo que las mujeres y los hombres somos diferentes aunque participemos de algo común.

Estos descubrimientos me provocaron una crisis muy fecunda, gracias a la cual busqué en el derecho y en la filosofía un punto coincidente que me explicara mi necesidad de actuar según una moral profunda, crítica, mientras rechazaba todas las normas que la moral me imponía.

Así aterricé en el campo de los derechos humanos y, de la reflexión sobre su validez universal, transité sin graves crisis hacia la ética feminista.

Hacia 1992, cuando el colectivo del CICAM se planteó organizar un Foro sobre los Derechos Humanos de las Mujeres, insistí en que debíamos analizar a los Derechos Humanos desde una perspectiva no únicamente normativa. El problema era que ese enfoque sólo nos permitía analizarlos desde un sistema de valores y yo tenía hacia ellos una desconfianza de mujer, es decir la legítima desconfianza de quien en el sistema de valores patriarcales ha debido luchar contra valoraciones restric-

tivas de su capacidad moral, intelectual y de acción. Los valores eran para mí algo peligroso, representaban la síntesis de los deberes ser diferenciados por sexo, clase, ubicación geográfica (países y culturas colonialistas y ex-coloniales). Valores eran los que habían permitido a un juez dictaminar un divorcio por culpa en contra de una amiga porque, harta de que su marido regresara a altas horas de la noche impidiéndoles compartir la responsabilidad del hijo común y gozar de su propio tiempo libre, dejó al niño dormido cuatro horas solo para ir al cine. Valores eran los que permitían que la libertad del hombre fuera considerada irresponsabilidad en una mujer.

Rechazando la normatividad del derecho positivo y el sistema de valores en el que estamos inmersas, propuse que el enfoque feminista de lo que son los derechos humanos nace de la acción hacia la justicia, hacia la no discriminación, hacia el reconocimiento de las diferencias de las personas que actúan a favor, dentro y en defensa de un derecho que limita el poder de la autoridad. Planteé entonces la existencia de autoridades consuetudinarias, tan agresivas en contra de las libertades individuales de las mujeres como las autoridades estatales y patronales lo son en contra de los hombres: estas autoridades consuetudinarias son la familia, la comunidad, la razón del padre/marido, las expresiones religiosas, las costumbres.

Ahora bien, actuar en contra de los abusos y violaciones a los derechos humanos efectuadas por las autoridades consuetudinarias es actuar éticamente, implica una acción libre en contra de la norma moral vigente. A la vez, actuar desde una no jerarquización de los valores es negar esa propia jerarquía, desconstruirla.

No habría descubierto ni las opresiones de las autoridades consuetudinarias ni la jerarquización implícita en todo sistema de valores de no haber sido una feminista, es decir de no ser una mujer en proceso de descolonización social y reconsideración de su propia corporalidad.

El salto de la aplicación de la acción ética a los derechos humanos, a la ética como filosofía feminista, se

ha dado en el proceso de crecimiento grupal, en el intercambio de ideas y posiciones con otras mujeres que, por motivos similares o distintos, han llegado a la necesidad de rehacer la filosofía, repensar su lugar en el mundo ya no desde la lógica sino desde la acción libre y responsable.

En la búsqueda de una Ética feminista de la comunicación

Aralia López González

Según Freud, la civilización debió aparecer después de la muerte real y/o simbólica del primer padre histórico, como producto de la unión entre hermanos y su rebelión contra la autoridad opresora que el mismo representaba. A partir de la culpa y el miedo, se instauró el tabú del incesto -¿asesinato de la madre?- y se promovió la ley totémica, moral, la ley del padre como principio organizador de la sociedad patriarcal. La razón patriarcal domina o debe dominar a la naturaleza para fundar la cultura. En el terreno de lo social e individual, el conflicto edípico y su solución en forma patriarcal, constituye la posibilidad de cohesión, identidad y comunicación sociales en una cultura determinada: la occidental. ¿qué habría sucedido si el valor de razón y los valores éticos hubieran tomado como modelo a la diosa madre y no al dios padre? ¿Qué hubiera sucedido si el Logos materno y el de la fraternidad entre mujeres hubiera prevalecido? No lo sabemos, pero detrás de la formalización freudiana que trata de explicar el origen de la cultura y la civilización occidental, existe un olvido, otro drama !Que alimenta la nostalgia, lo que persigue el deseo y no consigue recordar" (1).

En ese olvido construido por la represión, en contraste con la ley y la razón patriarcales, subyace sin embargo al motor del deseo de fusión, el anhelo de amor ideal y total que alguna vez existió o así se creyó existir en la relación amorosa de los cuerpos entre la madre y el hijo(a). En ese espacio- tiempo corporal y psíquico, arcaicos, pre-edípicos, sitúan hoy algunos estudiosos el gran misterio del deseo humano de tipo amoroso, un misterio pre-patriarcal que supone otra racionalidad, la que podemos llamar otra ley, la de la madre, la racionalidad femenina, que pugna por el principio del placer que tendrá que ser domesticado en función del principio de realidad, pero que seguirá pugnando como motor de la vida psíquica y creadora. Seguirá pugnando por expresarse y obtener una forma legítima de comunicación. Si Freud tenía o no razón, si existe o no esa supuesta ley de la madre (así también la ley del padre), lo evidente es que, en la cultura, la socialización e individualización de hombres y mujeres exige la degradación de los valores asociados a la madre, a las mujeres en general, que tienen que ver común lo íntimo, con lo afectivo, con el placer, a favor de los valores supuestamente masculinos asociados a lo público, lo racional, lo "real". La comunicación profunda que emana de los cuerpos y del deseo de fusión, debe ser regulada para favorecer una forma de comunicación fundamentalmente práctica, racional y eficiente identificada con las acciones y valores del género masculino.

Sabemos, desde luego, que estas simbolizaciones dicotómicas de lo femenino y lo masculino, son construcciones culturales pero, de cualquier manera, lo rescatable en este caso es la necesidad que ha tenido el desarrollo de la cultura occidental, de dividir a los seres humanos en cabezas y cuerpos, razones y pasiones, comunicación racional y eficiente, y comunicación íntima, afectiva, que estorbaba a lo práctico y se reduce al ámbito devaluado de los espacios de la privacidad. De alguna manera, ingresar a la Historia de la civilización y de la cultura, supone aceptar la expulsión del paraíso pero condenándonos a su eterna búsqueda: esa errancia valorada racionalmente,

pero fundamentada en la culpa y el miedo, en una doble comunicación, en una doble moral. En una forma de represión que al exaltar los interdictos, rebaja el logro de una auténtica sabiduría.

Parece, así, que la represión de lo “femenino” tanto en hombres como en mujeres, debe ser cuidadosamente modelada. Sin embargo, el fantasma persistirá aunque juegue diferentemente en el psiquismo, en la subjetividad de los géneros construidos culturalmente. Hoy, el discurso feminista, Logos y expresión de una Ética explorada y configurada por las mujeres, indaga la riqueza de esta dimensión pre-edípica que pugna por ser reconocida y nombrada. Ley de la madre, quizás. Hasta ahora, no había sido así, porque el pacto entre hombres que convierte al macho dominante en padre de familia, dice Catalá, funda la familia patriarcal sobre una doble moral, y hace nacer también una serie de dificultades: en el hombre hace suya la ley del padre, el logos universal, la razón superior; y la mujer hace del hombre, exclusivamente, su amor (2).

La llamada guerra de los sexos (de los géneros), es tan antigua como la lucha entre la razón y las emociones. La verdad exterior y la interior obedecen a dos lógicas o dos formas de inteligencia diferente. También es antigua la forma conflictiva del amor, que es la historia de la ambivalencia, del amor-odio, del amor-muerte, trenzados con el amor-placer y el amor-solidaridad, la ternura. Se nos ha hecho saber que el amor auténtico, exige primero una separación nutrida de nostalgia, para propiciar un reencuentro en la solidaridad y comunicación de dos seres independientes y seguros de sí mismo.

Esto excluye, desde luego, la ética de dominación que se desprende de las prácticas patriarcales. El “amor propio” que se fundamenta en la dominación de un ser por otro, no conduce a relaciones de aceptación y comunicación recíprocas y solidarias en términos de libertades posibles. La razón masculina, elevada a razón universal superior en contraste con la razón femenina, la ha invalidado tradicionalmente. Diálogo imposible hasta

ahora cuya consecuencia es la incomunicación y la lucha. y ya en esta lucha, no se trata de amor, sino en todo caso de sentirse libres para elegir unirse (3): condición de posibilidad del amor en pareja en la actualidad, normal nuevas a partir de la emancipación femenina, de la cual ha emanado también las exigencias de una ética no represiva y sí comunicativa. Pero todavía parece difícil para hombres y mujeres conciliarse como amantes y como libertades recíprocas y solidarias. El enfrentamiento de la pareja humana heterosexual contemporánea, parece seguir siendo una lucha que desde la perspectiva masculina, supone la necesidad de liberación y comunicación en igualdad. Para ilustrar esta situación, en la que no aparece aún la opción del amor-reciprocidad que propugna la reflexión feminista actual, ética de las relaciones amorosas entre hombres y mujeres en detrimento de la culpa y el miedo, procedo a analizar un cuento de María Luisa Puga, Inmóvil sol secreto (4). Como se verá, en este cuento la autora explora otros fundamentos éticos de relación humana y de pareja que no se basen en la dominación ni en la culpa. Sin embargo, en los términos del texto, el intento femenino relacionado con necesidades profundas de comunicación e intimidad, de encuentro entre dos seres humanos al margen de relaciones de dominación, está condenado al fracaso ya que a la mujer el afirmarse como sujeto en la relación de pareja, sólo la conduce a la asunción de la culpa por la vía de una conducta transgresora.

Tratar de comenzar de nuevo pero...

En Inmóvil sol secreto. Enrique y ella -sin nombre- intentan salvar su relación amorosa, resquebrajada por lo que ella denomina "su imperdonable olvido", es decir, su infidelidad. Viajan a una isla griega que queda enfrente de Ítaca, la isla de la fiel Penélope, en contraste con ella; quizá el recuerdo de ese símbolo los restituya en su amor. Enrique vive la infidelidad de su pareja como afrenta personal, pero teme la separación

porque teme la destrucción de un orden, su orden. No puede entender el hecho como señal de malestar en ella y de que algo anda mal en él o en ambos. Su máximo interés es restablecer el orden y reparar su humillación. Quiere también salvar la relación, pero afirmándose con un magnánimo perdón, a costa de silencio y olvido. En realidad, quiere vencerla. Ella hace el amor con él “buscando la manera de encontrarlo, igual que todo lo demás que hago con él” (Puga, p. 16). Pero se queda sola. Él, en cambio, no la busca a ella, que dice: “veo que solamente quiere saber que ha vencido. El amor propio es así (..) No me defiende a mí, no es a mí quien busca sino a su imagen que tiene que rehacer. Yo soy el campo de batalla” (Loc. cit). Catalá describe esta situación diciendo que se trata del terreno donde se juega la batalla entre el amo y el esclavo, donde se escenifica la necesidad de la conciencia “supuestamente” independiente, la del hombre que, para seguir siendo independiente y amo, tiene que ser reconocida por la conciencia servil de la mujer. Batalla extenuante y también inútil.

En el texto van pasando los días, las semanas, los meses, y ella siente el “silencio agobiante”; se ve “espantosamente sola”; percibe “su amor abandonado”. Al mes, le propone a él escribir (hablar) sobre lo sucedido. Él estalla y la acusa de no olvidar. Ella va sintiéndose morir mientras él se cierra más, cada vez más digno y entero, contemplándola como a ella no le agrada, con “esa compasión piadosa que no me gusta porque hace imposible que nos encontremos” (Ibid., p 15). Pero él no quiere encuentro, sino olvido y vergüenza. El sol -la luz como verdad- va haciéndose cada vez más insoportable. Esto se agrava. Enrique se cierra totalmente en un odio “duro y austero” cuando llega una postal del ex amante de ella. Él se queda entonces como un “muro absoluto y firme” (Ibid., p 19). A ella no le queda otra posibilidad, para salir del servilismo o la condición castigada, que transgredir nuevamente. Por eso se va, tristemente, con un turista que la mira. La reiterada infidelidad es un lenguaje en acto, contundente. El muro cae y ambos se

separan. Por medio de la infidelidad, ella se afirma como una conciencia otra que dice no al juego de la servidumbre, del amo y el esclavo, en ausencia, claro está de diálogo -el amo no dialoga con el esclavo- y en presencia de un muro, no de una persona. Los hombres, en general, no son aficionados a hablar, las mujeres sí, pero ¿con quién? Por lo pronto, las mujeres llevan mucho tiempo hablándole a los hombres, expresándose para ellas mismas y para todos por medio de la escritura. En el mismo texto; ella quiere escribir. Sin duda a través de la literatura las mujeres están hablando, transgrediendo la norma de invisibilidad y silencio de antiguo señalada; y también mantienen abierta la posibilidad de un diálogo.

Sujeto y autoconsciencia

Según Hegel, Antígona representa el logos doméstico, el principio femenino de la ética más natural, inmediata, que es la familiar. Se trata de una ética más cercana a la naturaleza que a la cultura, la cual es antagónica al logos ciudadano, principio masculino de una ética universal y privilegiada, una ética de individuos, de conciencias autoconscientes, frente a la inconsciencia supuestamente femenina o natural. Esta concepción hegeliana legitima la doble moral que subyace en el orden cultural patriarcal que organiza la sociedad occidental, la misma que se proyecta en la división sexual-social del trabajo, los deberes y los derechos.

Sin embargo, Rosario Castellanos discute esto desde la misma perspectiva masculina en su obra teatral, *El eterno femenino* (5), publicada póstumamente. En ella Eva, la transgresora, es la que arranca a Adán del estado de naturaleza y lo conduce, una vez expulsado del “paraíso”, hacia el estatuto histórico; es decir, hacia la conciencia y la autoconsciencia. En la interpretación de Castellanos, es Eva, justamente, la que se eleva a la condición de sujeto e individuo mediante la transgresión de lo prohibido, fundando el orden histórico y cultural, el orden de lo humano, en cuanto agente del paso de la

inconsciencia paradisiaca a la consciencia histórica. El ingreso a la eticidad, supone el acceso a la Historia y a la Cultura (ley y lenguaje), la formalización de la sustancia en el ser consciente que se compromete con el obrar. Castallenos ironiza en *El eterno femenino*, la contradictoria lógica que subyace en el mismo orden mítico-cultural del patriarcado en la interpretación de la feminidad. Pero se le niega la condición de individuo a Eva, individuo(a) per se, en el desarrollo posterior de la filosofía occidental.

El Feminismo, en su carácter explícito de Logos (razón y lenguaje) femenino, lleva casi doscientos años constituyéndose como discurso intelectual y ético capaz de sospechar de la “ideología” jurídica y moral de la Ley del Padre y, concomitantemente, de la “ideología” del amor y del matrimonio, para reflexionar no sólo sobre las distorsiones de la categoría de género sexual en cuanto eje de análisis de la organización de la cultura y la ética occidental, sino también con el objetivo de buscar la verdad, o verdades, que permitan lograr transformaciones en las mismas relaciones humanas, en la cultura. En este sentido, es evidente que el Feminismo sostiene un proyecto de revolución cultural, lo que supone una visión ética diferente.

Desde la Literatura, las mujeres también expresan su visión ética. Por lo pronto, en *Inmóvil sol secreto*, la protagonista rompe el pacto patriarcal encarnado en la fiel Penélope y se constituye en individuo(a), negándose incluso el nombre propio de la filiación patrilínea pues es sólo ella. Mediante la transgresión del pacto ético y cultural del patriarcado se constituye en sujeto de su vida, asumiendo, dolorosamente un proyecto de autonomía. Y entonces piensa, porque sin autonomía no se genera el pensamiento. Y lo que piensa, entre otras cosas, es en la instrumentación de un decirse en diálogo con su pareja O, dicho de otra manera, en la formulación una ética de las relaciones humanas en pareja en términos de comunicación recíproca y solidaria. Pensarse, en hacerse ver y oír por la relación inter-comunicativa en cuanto sujetos autónomos, en contraste con la invisibilidad y el silencio

de la mujer en las relaciones genéricas de dominación. Ella se constituye en sujeto mediante su propio proceso creador. Y, a propósito de todo lo anterior, reproduzco esta cita de la psicoanalista feminista Liliana Mizrahi (6):

“El proceso creador tiene, entre otros objetivos, la denuncia. La mujer en su condición de transgresora es emisaria de verdades que percibe y han sido enmascaradas por la cultura. Al denunciarlas pone en marcha el difícil y doloroso proceso de cambio a través del cual desmitifica escenas cristalizadas, normas rígidas y arbitrarias, valores estereotipados. Descubre trampas. Desarticula ficciones. La capacidad de denuncia de la mujer que asume su desarrollo es el coágulo liberador que tiene a la verdad como último objetivo”.

La protagonista de *Inmóvil sol secreto* se constituye como individuo, y afirmando su autonomía transita también hacia la búsqueda de la verdad, su verdad y la del otro; una verdad de la que se desprenden consecuencias éticas en las relaciones humanas y propone la integración en una misma jerarquía de las necesidades físicas y psíquicas de mujeres y hombres, que reformula el principio de autoridad dentro de una racionalidad de libertad, reciprocidad y responsabilidad inter-subjetivas y, en el cual, no se excluye el placer ni la olvidada Ley de la Madre como principio civilizatorio. Un principio de autoridad que se fundamenta en la inter-comunicación. ¿Utopía? seguramente. Pero el deseo y la imaginación también tienen un estatuto de realidad si concebimos a los hombres y mujeres como seres creadores.

-
1. Catalá, Magda. **Reflexiones desde un cuerpo de mujer**. Anagrama. Barcelona, 1983, p. 11.
 2. Cfr. Catalá, p. 11-12.
 3. Cfr. Catalá, p. 145.
 4. Puga, María Luisa. **Inmóvil sol secreto. La Máquina de Escribir**. México.
 5. Castellanos, Rosario. **El eterno femenino**. Fonde Cultura Económica. México, 1975.
 6. Mizrahi, Liliana. “La mujer transgresora”. **Acerca del cambio y la ambivalencia**. Grupo Editor Latinoamericano. Buenos Aires, 1987, p. 77.

Notas para el encuentro
de Ética y Feminismo

¿Hacia una ética otra?

Mirta Bicecci

La búsqueda de nuevas vías de hallazgos emprendida por mujeres feministas en el cuestionamiento e indagación de los planteos éticos existentes, nos enfrenta de una manera directa a un problema central: ¿existe una ética diferente para o de las mujeres? Planteo que nos ubica ante la formulación de la posibilidad de una consideración sexuada de la ética o una ética de la diferencia.

Las voces de mujeres vendrán a decir algo nuevo en el campo de la ética en el seno de un mundo regido por un patriarcado cada vez más decadente. Recordar a Rimbaud no resulta ocioso... "cuando se rompa la infinita servidumbre de la mujer, cuando viva por ella y para ella, cuando el hombre hasta ahora abominable, -le haya dado la remisión- ¡También ella será poeta! ¡La mujer hará sus hallazgos en lo desconocido! ¿serán sus mundos de ideas distintos de los nuestros? Descubrirá cosas extrañas, insondables, repulsivas, deliriosas; nosotros las recogeremos, las comprenderemos".

Reformar el pensamiento de Rimbaud en este

momento es ubicar a lo femenino emparentado con el artista, con lo creador; y las mujeres por su particular condición en relación al poder y el lenguaje son depositarias sin saberlo (saber inconsciente entonces) de voces y saberes que han sido enmudecidos en distintos momentos de la historia. “Son el soporte mudo del poder y del lenguaje que las trabaja y las excede” dice Julia Kristeva. Las mujeres son el objeto de intercambios constitutivos del poder, (recordar a Levy-Strauss) indispensables a su ejercicio, pero están ausentes de este ejercicio mismo. No hay dios que no se sostenga de una obediencia amorosa de la que ambos sacan provecho.

En estos tiempos de decadencia del paternalismo es propio preguntarse por qué el estatuto social de la mujer continúa siendo trascendente al orden del contrato de propagación del trabajo. Llevando un nombre que es el del padre o marido, su legitimación en lo social aún gira en la órbita de vida masculina. Esto pone en cuestión la creencia de que el lugar verdadero de una mujer sea, ser realmente amadas por un hombre.

En el discurso de hombres, las mujeres resultan incriminadas de inconsistencia, de padecer de fuertes variaciones del ánimo, de extravíos, incomprensibles, laberínticas: mientras las quejas femeninas se dirigen a la ausencia de derechos (especialmente incluida la vida doméstica), injusticias, y un fuerte sentimiento de ilegitimidad. Maldecida y maldicha, la mujer deja en lo social amplio espacio a la madre, ella sí dueña y señora, plena de derechos en la cultura patriarcal, es celebrada como la que tiene por excelencia.

Falta de consistencia, falta de identidad, implican una extraña relación con el infinito y sentimientos de una incompletud radical que hiere y ataca la completud del Otro. Así la mujer en distintas prácticas culturales ha sido y es ofrecida a dioses o a Dios, con quien se la casa mediante votos perpetuos de obediencia, pobreza, castidad. Goce más allá del “tener” fálico, y una forma en que la cultura acepta que lo fálico no es todo revelándose entonces como apariencia, semblante.

Las mujeres recuerdan a los hombres que son engañados por los semblantes, y que esos semblantes valen poco en relación con lo real del goce. Así encarnan en la cultura las preocupaciones por la sexualidad, el amor, el deseo, y el goce. Si el semblante lo que tiene por función es velar la nada, encontramos en lo femenino, un odio especial, hostil al semblante. Las mujeres en su particular relación con lo simbólico estarán más próximas a lo real, denunciando las verdades de lo imaginario.

Es porque conocen distintos modos de la miseria, por largos tiempos de sometimiento, que están predestinadas a saberes que subvierten el orden dominante. Orden regido por la fe cristiana, que exige el sacrificio de toda independencia, instala el sacrificio y la mutilación de sí misma como la posición que todo amor exige. Por ello el cuestionamiento de las formas de amor de occidente centradas en la valoración del sacrificio y el sufrimiento donde la vida se aparece como una enfermedad o una cruz es fundamental.

“El amor de uno solo es una forma de barbarie, pues se ejerce a expensas de todos los demás. Así el amor de Dios” (Nietzsche).

El cuestionamiento del sometimiento a un solo dios, a todas las consecuencias del monoteísmo en la condición de la mujer, deben investigarse a la luz de las figuras femeninas en el arte trágico, explorar las consideraciones éticas implícitas en ellas. Especialmente Casandra, la adivina condenada a no ser creída. Medea, madre que en su locura mata a los hijos que ama. Antígona que en su afirmación extrema y absoluta camina hacia su suerte.

Zona desconocida, extravío de una mujer en una región sin marcas, más allá de las fronteras que marca el orden de la ciudad, donde su eficacia es mayor que las armas. Y el miedo de los hombres ante ese saber silencioso femenino. Casandra engaña a un dios. Antígona ante lo irrecuperable, el honor de su hermano, entra en una zona más allá de las leyes del tirano que la conduce a la muerte. Medea, ultrajada, ofendida por

Jasón, por quien ha llegado muy lejos, pues traicionó a su padre y a su país. Vivía en el exilio, con su marido y sus hijos. Rechaza todos los dones que ofrece Jasón en compensación de su anuncio de que se va a casar con la hija de Creón. Tener bienes no es de ningún valor si le falta ese hombre. Y su venganza, matar a los hijos que tanto adora, lo que ella y Jasón aman.

Sacrificar lo más precioso para abrir en el hombre un agujero terrible que no se podrá colmar. Es la emergencia de lo absoluto. Esa vida que errabunda en lo absoluto, donde la figura desmesurada de lo femenino se aúna a la figura del destino y de la suerte, no se deben esquivar en la búsqueda de otra condición para las mujeres en el lenguaje, y los intercambios del poder.

Lo que me hace pensar

El enunciado

Etica y Feminismo

Salvador Mendiola

Mi feminismo es resultado de una toma de conciencia. Una decisión personal, y por tanto: un acto esencialmente ético.

Mi teoría y praxis feministas son resultado de un proceso de cambio personal, y ocurren como comunicación pública de tal proceso muy íntimo de liberación. Son manifestaciones concretas de mi toma de conciencia feminista, enunciados realizativos de un compromiso existencial que se comunica en, con y por la forma y contenidos de mi discurso artístico y mi conducta personal cotidiana.

Soy feminista para actuar tan correctamente como sea debido en contra del funcionamiento de mi inconsciente patriarcal machista, para contradecir mi desdichado destino programado como sujeto prisionero del encierro falogocéntrico.

He tenido que construirme una nueva plataforma ética, distinta a la que había inscrito en mí el orden simbólico imperante. Una plataforma de acción personal encaminada a reconocer el significado de lo prohibido:

una ética feminista. Una ética de la liberación. Un orden de vida distinto, donde no hay escasez programada.

Para cuidar mi deseo y mi contradeseo desde una situación existencial menos escindida en falso, más justa y completa, y por tanto menos enajenada en la ilusión patriarcal.

Pienso que al tratar de conducirme en forma feminista consigo hacer más y mejor lo que debo ser como artista. Y ello, tal como ocurre en mí, demanda que me sienta madurando día con día mi identidad y entendiendo que eso significa encontrarme en permanente estado de duda y reflexión respecto a mi conducta feminista cotidiana, o sea, respecto a mi ética feminista, mi decisión de tomar en serio el partido de la mujer y las mujeres. Y de ahí mi profundo interés por conversar todas estas cuestiones de ética y feminismo con otras personas de buena voluntad feminista, pues siento y pienso que el resultado definitivo de la cuestión de las mujeres implica saber poner en juego muchas y muy variadas conversaciones de este tipo sobre el tema del deber ser de la correcta vida feminista; para así, conversando, hacernos saber y reconocer que, en esencia, el problema de lo femenino y las mujeres resulta ser una cosa totalmente colectiva, un problema de y para ambos sexos. Diferente, en cuanto a responsabilidades y obligaciones; pero el mismo problema existencial para todas las personas, pues encarcela el alma en los espejismos tardocapitalistas del sexo como regulador del (des)orden civilizatorio y político, y así organiza (¿inconscientemente?) la reproducción del sujeto escindido por (y para) el individualismo posesivo.

A través de la ética trascendental del feminismo, modifíco mi personalidad patriarcal de macho (¿(in)voluntario?). Digamos que “derivo” hacia fuera de mi Ego. Soy algo así como un monstruo de Frankenstein que reconoce su propia situación en la situación de quien lo ha fabricado, y que precisamente mediante ese reconocimiento alcanza la plena identificación: la visión de su propia situación de carencia esencial, su identidad escin-

dida, sin identidad propia, igual a la de cualquier ser humano, la carencia que genera la reacción contra lo femenino y lo mujeril.

La visión que vuelve humano al monstruo. El “espejo” de la intimidad escindida, la falsa intimidad que sin embargo realmente separa sin razón la unidad existente entre la imagen de la cosa y la cosa de la imagen; el conocimiento de la falsedad fundamental del corte que inscribe el arquetipo binario: masculino/femenino.

Por eso, ahora resumo y aclaro mis posiciones, digo lo que pienso sobre el enunciado “ética y feminismo”.

1.- Por “ética” entiendo el mejor modo individual y colectivo de conducir la vida en la dirección que nuestra intimidad (cósmica, política y psíquica) más demanda, o sea, según el deber ser que nos presenta el imperativo categórico: “Obra de tal modo, que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre, al mismo tiempo, como principio de una legislación universal”. Razón pro la que sólo es ética la existencia capaz de tomar una actitud radicalmente crítica ante el (des)orden presente. Es auténtica ética el impulso que actúa en contra de la familia patriarcal, la propiedad privada capitalista y la política demotecnocrática.

2.- De ahí que por “feminismo” entienda el reconocimiento personal de que la principal injusticia contemporánea, tanto en el marco onto como filogenético consiste en la guerra que ejercen las subjetividades de lo masculino en contra de las subjetividades “diferentes” de lo femenino y sus efectos de identidad escindida y de preferencia parcial de objeto del deseo. Y sólo actuando individual y colectivamente en contra de esta injusticia resulta posible establecer una auténtica plataforma ética válida para todas las personas y en todos los casos. Por tanto, la liberación femenina conduce a la de la fuerza de trabajo (economía) y la de las formaciones sociales (política). Así, la ética debe ejercerse desde perspectivas: feministas, comunistas y libertarias, o sea, en contra del padre, el patrón y la patria.

3.- La relación conjuntiva “ética y feminismo” tiene, entonces, una significancia trascendental. Por un lado, significa comprender las razones por qué la filosofía, sitio de donde emerge el sentido del concepto de ética, tiene que ser superada “filosóficamente” por el pensar de y para el feminismo, cosa que ha de suceder mediante la inscripción en su interior y exterior de la autoconciencia de la diferencia sexual que nos impone el orden simbólico falocéntrico. Hay que reconocer “y no olvidar” el principal olvido de la filosofía: la cuestión de las mujeres. Feminismo significa ir éticamente más allá de la filosofía, en contra del notorio machismo misógino de la filosofía; demandar una voluntad todavía más crítica en la forma de acordar y volver más común el sentido de la vida, demandar igualdad lógica, psíquica y política para lo femenino (lo prohibido). Así, el feminismo resulta diferente de la filosofía, porque no se conforma nada más con estudiar la vida mental de los sujetos, sino que además se propone conocer la vida corporal, la vida intencionalmente silenciada, sistemática y rigurosamente olvidada por los filósofos; reconocer las implicaciones de la diferencia sexual que en nuestras formaciones sociales favorece la situación existencial del sujeto varón (falo) sobre la del sujeto mujer (no-falo). Ética feminista significa superación de la filosofía, poetizar en conceptos y volver obra a la altura del arte la vida cotidiana; generalizar el imperativo categórico. Y feminismo ético significa transgresión permanente de la institución, crítica general del (des)orden establecido, pensamiento realmente “salvaje”, capaz de contradecir sus propias bases y fundamentos con tal de acceder prudentemente a lo mejor para todos y todas.

Una ética feminista radical camina contradiciendo todo el tiempo al orden simbólico imperante, avanza deshaciendo lo malhecho del mundo injusto del falo y el capital. Por eso, actúa básicamente en la forma y con las figuras de contracultura no-violenta y pacifista. En la superficie (o *main stream*) de las comunicaciones, toma medidas para resolver las necesidades elementales del

sujeto: el reconocimiento de la diferencia (sexo, dinero y Estado), y de ahí buscar un modo más práctico de establecer la auténtica "igualdad"; y en lo profundo (o *underground*), tomar medidas legítimas para resolver por acuerdo universal las necesidades radicales, aquellas que estructuralmente no puede ni debe dejar satisfacer la sociedad inhumana del espectáculo, incrementar la íntima necesidad de desconstruir una sociedad donde las mujeres únicamente son consideradas como objetos y, por tanto, nunca auténticos sujetos, equívoco que causa La Injusticia.

Criticando al mismo tiempo en lo mediato y lo inmediato la crisis instituida de la civilización patriarcal, la ética feminista, o sea, la ética en y para sí, expresa la voluntad común de establecer realmente por medio de la legitimación y el consenso nuevas formas de vida psíquica y política; la necesidad de acordar y establecer formaciones sociales en verdad diferentes, capaces de reconocer la diferencia específica de cada persona y cada caso concreto de existencia, y de resolver esa diferencia sin volver a borrarla, aceptándola en sociedad, porque instauran por fin conscientemente la necesidad de justicia, sabiduría y felicidad para todos y todas, sin exclusiones, al demandar una socialidad sin dinero, ni Estado, ni división social del trabajo, y, sobre todo, sin división sexual del trabajo.

Liberación femenina significa ruptura de raíz con la diferencia sexual impuesta por la lógica sin ética del patriarca. Ruptura profunda con el sistema hecho por y para la valoración del valor (capital) fundada en principio en la explotación del triple proceso de trabajo femenino: 1) reproducción de la especie (objeto de las leyes del parentesco), 2) reproducción de la fuerza de trabajo (objeto del servicio doméstico) y 3) reproducción de la mercancía (objeto de la fuerza de trabajo). El feminismo es una actividad contracultural imaginativa en contra de la civilización patriarcal demotecnocrática.

Para mí, ética y feminismo, feminismo y ética, y todas las relaciones y juegos de sentido que estas palabras provocan, significan: cambiar de raíz mi vida y la

vida de quienes forman mi circunstancia. Desmachistizar mi vida, tomar medidas autónomas y autócratas para deshacer el encierro en la neurosis patriarcal. Emancipar mi intimidad artística. Aprender a ser de verdad distinto, a ser de verdad otro, alguien tan libre como me sea posible, tanto física como psíquica o metafísicamente, alguien totalmente diferente al ente falogocéntrico que todo el tiempo mi inconsciente quiere imponer a la fuerza sobre mi persona. Tengo que ser feminista, comunista y alegremente anarquista; tengo que ser distinto todo el tiempo para poder comenzar a ser el mismo que debo ser todo el tiempo. Para ser de verdad el espíritu libre que tengo que llegar a ser y estar en donde mi ello se halla, y no ser sólo el zombie cibernético que fue programado, de forma nada consciente, en mi mente, por el funcionamiento servil automático del orden simbólico.

Ética y Feminismo

María Adela Hernández

El problema del orden paternalista autoritario monogámico en el que hemos sido “educadas”, es aquél que se origina a partir de la transgresión, por parte de las mujeres, de las normas y los valores morales impuestos a sus cuerpos y sus psiques. El problema de las mujeres que se salen de la norma, es que así quedan más atrapadas que nunca dentro del orden paterno y de las normas morales. Muchas mujeres que se han salido de los límites morales, el mismo orden, las ha orillado a ello, para poder aprovecharse de ellas, ya que una mujer sin moral, es una mujer sin valor social, por no respetar los principios básicos de sumisión que, se supone, debería de acatar sin chistar.

Siempre que una mujer es inmoral, es porque un varón se descuidó; es porque no hubo nadie para marcarle el alto. Los varones están segurísimos de saber qué es lo que conviene o no a una mujer. Así, primero, un padre decide por una; después, cualquiera que pretenda pretenderte, también te ha de querer indicar lo que está bien y lo que está mal y si llegas al final de aquello que se llama noviazgo, bien puedes considerarte para toda tu vida, un ser sin libertad para elegir, que no sea el gusto

del marido. Eso, sin contar con los varones aledaños, parientes del que se considera dueño de una mujer, si el padre no está en la casa; su hijo, si lo tiene, adopta la misma conducta tiránica, y prácticamente, casi cualquier pariente varón, se siente con el derecho de llamar la atención de cualquier mujer de su familia que se “aloca”.

¿Por qué cuidan tanto los varones los cuerpos de las mujeres? Por ser la propiedad más valiosa, por ser la propiedad que reproduce la fuerza de trabajo, casi sin ninguna inversión. Pero, ningún varón está seguro de la palabra de la mujer, no confían en que el fruto de su vientre sea propiedad de ellos si la mujer no está encerrada, cuidándose de que otro varón se acerque a su mujer.

Los varones desconfían de las mujeres porque ellos mismos no son capaces de conformarse con una sola mujer, proyectando su desconfianza en las mujeres, ya que si ellos son tan promiscuos, ellas también pueden serlo. Pero, ¡Alto! Los varones entre más “viejas” tengan, más respeto adquieren ante los ojos de los otros varones; en cambio, la mujer que anda con más de un varón, es una prostituta, una perdida.

Contra el fantasma de la prostitución y bajo la sombra del matrimonio, fui educada.

Me enseñaron a distinguir entre una mujer buena y una mujer mala. Las buenas eran aquéllas que tenían sus hijitos con un solo varón, casadas, buenas amas de casa, madres de familia, preocupadas por el bienestar general de los varones, las que estaban atentas a las órdenes de un varón. Las que guardaban respeto por los varones. Las que obedecían ciegamente las órdenes de un varón que se consideraba su dueño.

Las mujeres malas, por el contrario, eran de las que no sabían eso de tener un solo varón, eran malas por que habían andado con muchos varones, tenían hijos sin padres, a escondidas, siempre a hurtadillas para sus amores ilícitos, no tenían un hogar estable, por consecuencia, no podían ser buenas amas de casa, dejaban hijos regados, desaparecían por temporadas y cuando lo hacían sólo era para hacer pasar vergüenza y coraje a los

varones de su familia que se consideraban despojados de aquello que les pertenecía: el honor varonil, depositado ciegamente en el himen de las mujeres.

Consideran ellos que, para asegurarse de su paternidad, para reconocer como propio el hijo de la mujer, ésta no haya sido tocada por otro varón, pero tocada, en el sentido más íntimo del hecho. Que no haya sido penetrada, sea dicho claro. Hay una especie de desconfianza en la maternidad de las mujeres, al ser ésta un proceso que atañe única y exclusivamente a su cuerpo después de la fecundación por parte del varón. Después de una relación sexual, ni la mujer misma, muchas veces sabe si quedó o no preñada, eso el tiempo lo dirá, ¿y cómo sabe el varón que ella no ha tenido relaciones con otro varón una vez que ha sido despojada del himen? El encierro ha sido, al parecer, la única alternativa a tan insegura paternidad, que por otra parte, contrae serias responsabilidades al ser el responsable directo de la manutención del hijo de una mujer. La dependencia económica de las mujeres con los varones es una situación que no se puede seguir sosteniendo más. Un varón que mantiene a una mujer, que está gastando dinero en ella y sus hijos, no quiere que todo sea en vano, pasarse la vida trabajando por una quimera si resulta que al final, los hijos no son suyos.

Esta distinción de lo bueno y lo malo, está encaminada a que la mujer se incline por ser una mujer buena para no ser agredida. Las mujeres malas, muchas veces lo son por ignorancia de las normas morales u orilladas por ciertas condiciones de existencia social. Y desearían, en todo caso, no haber transgredido las normas morales, y de tener oportunidad, se convierten en mujeres buenas.

Todo el tiempo la mística de la feminidad estaba presente para que no olvidara mi papel social, en tanto sujeto que se comporta de acuerdo con su sexo femenino. Teniendo como negativo a la mala madre.

Dentro de mi educación, hay algo con lo que no se contaba hasta entonces, por lo menos, en mi ámbito

familiar; aprender a leer, significó al menos a mis padres, un síntoma de vicio o mal hábito, que buenos disgustos provocaba por no hacer lo que me ordenaban por estar leyendo, lo que fuese- Y lo que en un principio fue solapado, después fue como una maldición. La lectura provocaba preguntas que no siempre mis padres podían contestar; pero una vez estando en eso de educarme lo mejor posible; me proporcionaban constantemente libros que e ayudaran a entender y su me daba por estudiar, más que mejor, así no me tenían que andar cuidando. Nada mejor que estar sentada leyendo. Pero había un tiempo para el estudio y otro para los deberes, este último, en tal desproporción que hube de mantenerme en constante pie de guerra con mis padres.

Para no ir tan dilatada en mi relato, diré que, el hecho de leer me causa tal asombro y expectación por todo de lo que en ellos se puede leer, que nace en mí el deseo de saber y leer más, al tiempo también de hacer yo misma esos objetos tan maravillosos. Que ya no hay manera de que mi madre me aleje de esa idea, empezándose a crear una verdadera rebeldía por lo que opinaban los otros de mis propósitos y pretensiones, ya que al final iba a terminar casándome y teniendo hijos. ¿Para qué perdía el tiempo en eso? Y yo siempre que no, que yo sería periodista o escritora y no pensaba en si tendría hijos o no.

Siempre leyendo, me doy cuenta que si por escrito, ya se pueden encontrar mujeres que hasta cierto punto, son independientes, también se podría probar en la realidad, y si se iba con cuidado se tenían grandes probabilidades de éxito. El problema era, según mi madre, si una muchacha quería ser libre o si quería ser libertina. Y que una muchacha decente, no necesita irse de su casa para ser libre. Y lo que pasaba con las que se iban de su casa era por que más bien querían hacer su gana y eso, no está nada bien. ¿Por qué? Nunca lo supo explicar, pero, lo decente no es cuestionable y la decencia y la moral es que una salga de su casa con todas las de la ley. No con una serie de bolsas y ganchos de ropa, sola, como termi-

né haciéndolo finalmente, al darme cuenta que, a los ojos de mis padres, estaba comportándome una manera que daba a los demás “de qué hablar”. Como llegar a altas horas de la noche o incluso no llegar a dormir.

La razón de mi comportamiento, estibaba en mi seguridad de no depender económicamente de mi padre aunque vivía en su casa, y nunca me sentí presionada por depender económicamente de alguien, desde cierta edad.

El problema para una mujer sin hijos es que es muy cuestionada moralmente. Por estar negando su razón social.

Con el discurso feminista que de pronto empezó a aparecer en lo que me encontraba para leer, me fui dando cuenta que todo eso que me recriminaban en mi casa, no era verdad. Que una mujer podía, efectivamente vivir haciendo lo que le venga en gana, sin ser por eso un ser despreciable. Que la moral, únicamente es un engaño para tener sujetos los cuerpos y las mentes de las mujeres. Que sí había que detenerse a pensar en lo que estaba detrás de la moral y no precisamente en las normas morales mismas; es decir, el feminismo me enseñó a formular preguntas y a querer respuestas claras cada vez que se me quería juzgar por mi cumplimiento o no de las normas morales.

El discurso feminista permite, con su constante preguntar, e inquirir el por qué de muchas injusticias, que se pueda configurar una conciencia y una actitud que linde más con una actitud ética, que con una actitud moral.

Y cada vez que me digan que soy inmoral, diré que sí, que soy inmoral por mantener una actitud ética feminista ante la existencia: es decir, que nadie decida por mí, ni que nadie se sienta responsable de mi existencia personal.

En pos de la propia conciencia

Gloria Hernandez Jiménez

Tanto en lo privado como en lo público, el pensar y el actuar de la mujer en la maquinaria social está regulado por el orden patriarcal imperante; esto es, ni nuestra existencia ni nuestro comportamiento nos pertenecen. Confinadas a vivir en función de los otros, somos una conciencia enajenada. De ahí la inquietud de pensar la ética desde otra mirada, fuera de los marcos establecidos, con la perspectiva del punto de vista feminista.

Cuando era una adolescente, desde esta situación de encierro, me preguntaba cuál era el lugar destinado para las mujeres. Y pensaba que era donde se nos permite estar sin que por ello estemos invadiendo un espacio que no nos corresponde. Para mí, desde niña, fue la caza; pero en especial la cocina. Porque todo el resto de la casa dejaba de ser mi espacio cuando aparecían en escena los varones de la familia. Mientras que la cocina era el único lugar en donde toda acción a realizar era encargo de nosotros: mi madre y yo. Por lo que, ¡oh desilusión!, en ese sitio el hacer seguía siendo en función de los otros. Este servir a los varones se me enseñó como algo

de carácter “natural” que nosotras les debemos, es decir no es que les estuviéramos haciendo un bien por el cual debían estarnos agradecidos. Era como ser esclavas por voluntad divina. Sólo recordemos los escritos bíblicos, cuando Eva y Adán son expulsados del paraíso, la que tiene mayor culpa en el pecado de la desobediencia es la mujer, y el creador dicta su sentencia diciendo: “Multiplicaré los trabajos de tus preñeces. Parirás con dolor los hijos. Y buscarás con ardor a tu marido. Que te dominará”.

Para cumplir correctamente con las tareas asignadas en casa, no debíamos salir de ella a menos que fuera absolutamente necesario, es decir, en caso de tener que ir al mercado, a alguna oficina pública o a la escuela, y ya. Una vida para no socializar. Y siempre me advertían: “Si vas a la calle, ten cuidado, ha ladrones y gente mala que te pueden lastimar”. Todo el discurso familiar estaba plagado de insinuaciones con respecto a la maldad y los peligros que acechaban fuera del hogar. Al parecer, ser mujer se trata de cuidar lo que no nos pertenece: Cuidar del bienestar de ellos, de la casa de ellos, de los hijos de ellos y hasta de nosotras mismas para ellos. De tal suerte que somos una propiedad más del varón.

Quitarse de encima todas estas dificultades significó preguntarme qué era justo y qué no lo era en las relaciones consanguíneas. La pieza clave fue mi madre, por su comportamiento ambiguo; pues por un lado me incitaba a ser buena niña, obediente y respetuosa de mi padre y hermanos, y por el otro lado me representaba la única figura sólida y de apoyo ante la vida de afuera, era ella al mismo tiempo madre y padre, pues trabaja y mantiene la casa en el aspecto económico. Entonces pensaba: ¿por qué hacer todo para ellos, si nada hacen por mí? Por lo que me puse a pelear neciamente una igualdad de responsabilidades que tenían que ver con el trabajo doméstico. Pero mi demanda no fue escuchada, pues ni mi madre, ni mis hermanos, y menos aún mi padre iban a permitir que se nos trata como iguales. Así las cosas,

mi madre se convirtió en la encargada de los deberes de atender a todos, menos a mí.

El cambio en mi actitud obedeció a que hasta ese momento, por ahí de los 17 años, me había prometido ser la niña perfecta ante los ojos de mamá, de todos y de mí misma; cumpliendo con lo que se requería de mi persona: ser una muchacha seria, sin amigas ni amigos que la distraigan, sin novio, siempre obediente y correcta ama de casa. Esto cubría los requisitos de la perfección para los demás, para ellos. Por mi parte, me había propuesto ser excelente alumna en la universidad, obtener buenas calificaciones -cosa que, a fin de cuentas, ahora sé, ni siquiera garantiza un saber a quien las acumula. Todo esto me convertía en un inmejorable ser doméstico.

Pero de pronto me asaltó una terrible pregunta: ¿soy feliz? La respuesta no se podía dudar; no lo era. Y empezar la angustia.

Algo estaba trucado, porque no había manera de no padecer con esa grisura de vida. Pero no acerté a descifrarlo inmediatamente.

Hasta entonces todo lo que hacía estaba bien, era lo correcto; porque mi voluntad era no tener voluntad. Así, al hacerme propia la posibilidad y el deseo de decidir en contra de la justicia condicionada a una voluntad que no era la mía, dejé de ser la niña ejemplar, la niña buena.

Las actividades realizadas por las mujeres en el ambiente familiar no son consideradas como un trabajo que deba ser remunerado. Una vez más porque no somos el otro igual, por esto mismo no se nos preguntan nuestros deseos sino que se nos dictan. Usualmente una mujer debe tener cerca de un padre, un hermano o un esposo: "para tener quién la apoye y la cuide, porque una mujer sola, que haga su santa voluntad, no sirve, según dice mi madre.

Para la mirada social, si actuamos distintamente, nos convertimos en una quedada o en una prostituta, ambas son despreciadas, se les ve con horror por su no-maternidad. A partir de esta situación se da el choque con

lo que está más allá de los límites familiares, descubriendo que no se trata de un problema privado, sólo de nuestras conciencias, sino de algo más grande, tan grande y complicado que atraviesa nuestras conciencias. En la sociedad patriarcal, las mujeres somos una suerte de “botín de guerra”, se nos utiliza estrictamente como cosas. Y no hay afuera de eso; lo privado y lo público son espacios permeables en ese sentido que trato de explicar, pues de uno al otro lado no varían para nada las normas de comportamiento que encierran a las mujeres en ser sólo cosas. Por todo esto siento la necesidad de pensar una opción diferente, una vida fuera de todo este enredo egoísta. Una vida imposible, es cierto; pero por eso inmediatamente mejor.

A mi favor tuve la fortuna de ir a la universidad. Cosa que sucedió hasta cierto punto por un capricho de mi madre, necia en ir contra la voluntad de sus parientes y de mi padre en particular. Fue así como se amplió el horizonte ante mis azorados ojos. Porque aparte de la escuela no tuve otra clase de formación intelectual.

Por mi trato personal y no meramente institucional con la universidad descubrí posible lo distinto, la posibilidad de lo imposible mismo, lo nunca esperado. Se me hizo consciente e impostergable el deseo por una vida ilustrada y libertaria. Pero realizar el cambio, ahora sé, nos significa abandonar las cacerolas para tomar los fusiles, pasar del lugar de la víctima al del verdugo; porque de ser así, permaneceríamos actuando dentro de la lógica ya conocida, y eso significa no ser justas ni sabias, perder lo que de principio más deseamos. Además, en tanto se ha padecido la injusticia, no es ético hacérsela padecer a otras personas, aunque se trate de los opresores. No hay mejor manera de evitar la violencia que predicar con el ejemplo de la no-violencia pacifista para evitarla. Llamado a la conversación permanente.

Para que convivir con las otras y los otros sea placentero y justo, es decir, para no quedar nuevamente en situación de servidumbre voluntaria hay que cuidar que el trato humano sea de amistad en confiamiento, quiero decir, mantener una relación de respeto y recono-

cimiento femenino de la otra y el otro según sus y nuestras circunstancias reales.

Pensarme una persona feminista no lo decidí de un día para otro. Ha sido un lento y arduo camino. Pensar mi autorreconocimiento a través de mi conducta y mi interactuar con los demás humanos. Ser feministas, para mí, no es una tarea fácil, ni es siempre cómoda, sobre todo cuando tenemos que reconocer nuestros errores respecto a los propósitos de vida propia. Por esta razón la conversación entre feministas debe permanecer abierta, esta conversación que pretende pensar y practicar la Ética y el Feminismo al margen de la institución, el dinero y los celos. En esta voluntad de pensar en común, cuidamos de no olvidarnos distintas unas de otras y diferentes del otro sexo.

Porque Clío Era mujer

Algunos problemas para hacer su historia (*)

Julia Tuñón

Todavía hay quien gusta de imaginar al historiador como un señor viejito, obsesionado por minucias y deslumbrado por los que cree grandes hechos: batallas, planes, gobiernos. Un hombre que en el camino de ida al archivo luce un traje anticuado, oscuro y brillante por el uso y que regresa horas después con su atuendo polvoso, luego de reconocerse entre papeles de otros tiempos para evadir los propios. Esta figura ya ni como símbolo es precisa: la historia asume hoy otros tonos. No me gusta concebirla como el análisis anatómico de un cadáver sino como el fisiológico de un complejo y peculiar ser vivo, lleno de relaciones, contradicciones y desfases, de cambios y continuidades; un estudio que ayuda a comprender los caminos humanos en sociedad: los abiertos y los cerrados, los atajos, precipicios y puentes.

Me gusta concebir la historia de las mujeres así, pero también como un espejo que pueda devolver al colectivo femenino una imagen para reconocerse. Las luces y sombras de la que ha tenido a lo largo de los siglos, más que permitirle un reconocimiento, le han forzado el recurso de la enajenación. Las luces construyen un estereotipo mientras

las sombras ocultan las opciones y realidades que, como género, ha vivido. Su imagen ha sido mítica, una fábula que poco tenía que ver con las mujeres concretas y poco que hacer en la historiografía tradicional. Ahora se intenta dirigir la luz a esas penumbras sin olvidar las partes iluminadas, que han condicionado en forma importante los estilos de la opresión. Inmanuel Wallerstein a escrito que no podemos narrar al pasado como era, sino como es: son las inquietudes del presente las que pautan en gran medida nuestras búsquedas y preguntas, las que, por ende, conducen a nuestro conocimiento histórico.

Hoy sabemos que las mujeres han habitado el pasado, aunque tradicionalmente sólo se han atendido los casos aislados de heroínas, mártires, esposas o amantes de hombres destacados. La mujer anónima quedaba de lado. No creo que esto se deba a una conjura sino a una concepción de la historia que calibraba como los temas importantes, los de índole política y militar, esos en los que sus actores se veían con vocación de estatuas. Antes, los mundos de la mayoría, tanto en lo público como en lo privado, la vida cotidiana y rutinaria de hombres y mujeres, no se consideraba digna de atención. Hoy, el historiador acude gustoso a rescatar a los “sin historia”, a los marginados del poder, a quienes se perdieron para la memoria. Dar voz a estos sujetos implica bastante más que rellenar huecos, permite dar otra lectura a los procesos, incluir las mediaciones entre los individuos y la organización social y permitir una comprensión más precisa del funcionamiento histórico. Se atienden los poderes oficiales y estatales, si, pero también los alternativos que de alguna manera pueden influir en la sociedad. La escuela de los *Annales* ha sido, de una manera importante, portavoz de estas inquietudes de nuestro tiempo. El feminismo, desde otro lugar, ha hecho evidente para las mujeres la necesidad de recuperar la voz. Ambas posiciones se conjugan, porque recuperar la historia es recuperar otra forma de voz.

Feminismo e historia coinciden en la necesidad de rescatar a las mujeres del silencio. Al mostrar el carácter social de la condición femenina se puede superar el de

naturaleza, que avasalla y paraliza. Al “eterno femenino” se puede contraponer la historia. Ante lo eterno, las diferencias entre grupos, tiempos y espacios; ante lo eterno, las diferencias entre grupos, tiempos y espacios; ante lo eterno, el pasado, el presente y el futuro.

Es en el relación con lo anterior que resulta fundamental el empleo de la categoría género, entendida como la construcción social del sexo. El sexo biológico implica una serie de características, como son, en la mujer, el equipo biológico para la reproducción. A éstas se agregan una serie de elementos culturales, históricos, por ejemplo, la manera de ejercer la maternidad y la crianza. Ahí ya estaríamos hablando de género. La categoría género, entonces, alude a la diferencia entre sexo biológico e identidad adquirida. Si “sexo” alude a razones de la biología, “género” lo hace a las de la cultura y la sociedad, ámbito humano por excelencia. Los elementos del género atañen a las creencias, valores actitudes, formas de comportamiento, rasgos de personalidad e, incluso, actividades que sustentan y ejercen hombres y mujeres y que son, precisamente, las que hacen las diferencia y jerarquía social entre unos y otras. Con la cultura y su influencia en la conformación del género, la diversidad natural entre los sexos adquiere una dimensión precisa y queda inscrita en la historia. Como tal no es eterna, sino que se define en un proceso complejo y conflictivo que conlleva criterios de valor. Generalmente, lo femenino se ha considerado inferior. La diferencia ha implicado una desigualdad.

El sistema de género se expresa, básicamente, en tres dimensiones: la económica, la política y la simbólica. Atenderlas lleva a precisar históricamente las diferencias, pero también las similitudes entre las mujeres, obliga a ver las relaciones con la raza y la clase, con los hombres y la sociedad en su conjunto. Cuestiona la fantasía de que todas las mujeres somos idénticas, por ser mujeres. Se desarma la tesis del destino natural, destino fincado en el cuerpo y no en la cultura. Por eso, hacer historia de las mujeres puede redundar no sólo en el conocimiento, sino también en el cambio.

El sistema de género penetra los ámbitos de la sociedad en su conjunto, desde las relaciones más privadas hasta las más públicas. Se asigna a las personas concretas desde el nacimiento y en el proceso de socialización se asume, con mayor o menos conflicto, como una identidad propia, requisito para ejercer los roles o papeles precisos -varoniles y femeninos- en la sociedad. Así pues el sistema de género suprime a unos y a otras alternativas posibles de la personalidad y propicia tan sólo el ejercicio de aquellas que se han considerado específicas. Por ejemplo, en nuestra sociedad todavía se valora en el hombre el carácter emprendedor y la rebeldía, mientras que la mujer debe hacerse cargo de las características complementarias: docilidad y receptividad.

Me parece necesario hacer notar que un sistema de género no es una realidad absoluta, sino un sistema dominante y, como tal, no se aplica en forma idéntica a cada uno de los componentes de su sociedad: entre el sistema de género y su ejercicio concreto por los sujetos sociales hay, o puede haber, una distancia mayor o menos. Para el historiador, el término puede verse como un modelo de análisis, una herramienta teórica nutrida de la práctica social y diseñada, precisamente, para capturarla. Y no hay que olvidar que una formación histórica es siempre más compleja que su modelo.

La nueva historia atiende a los hombres y mujeres desde un lento particular: tanto lo colectivo como los individuos pueden ser sujetos de interés, se atienden los vínculos entre lo público y lo privado, lo excepcional y lo cotidiano. Las relaciones entre los diversos agentes sociales deviene fundamental. Lo anterior implica plantear nuevos problemas. Para resolverlos se han desarrollado los caminos que estudian, por ejemplo, la demografía, la cultura popular, el ocio, que se convierten en atalayas desde las que la realidad se vislumbra con otras luces. Se abre un abanico de temas que incluye lo antes desterrado o encerrado, como la locura, la brujería, la sexualidad, la cocina. La vida privada y aún la secreta, la forma histórica de vivir las características de naturales que nos da nues-

tro también ser animales: los olores, el miedo, y las características de nuestros cuerpos, por ejemplo.

Lo anterior obliga a precisar ritmos diversos, cambios y continuidades, obliga a utilizar fuentes novedosas, pero también a atender las tradicionales con una mirada diferente, con otras preguntas y otra sensibilidad.

El sistema de la historia de las mujeres tiene ya carta de legitimidad: atañe a un sujeto olvidado, que se mueve básica, aunque no exclusivamente, en el ámbito de la privacidad, con los morosos ritmos cotidianos de su labor específica, particularmente asociada al cuerpo. Al abrirse los campos de la historia en que sí se encuentran las mujeres, su presencia deviene insoslayable. No obstante, muchos problemas giran alrededor de los cómo ha de hacerse esta historia. Quisiera apuntar aquí algunos de ellos.

En el tema se han engarzado las razones académicas con las de la militancia y por eso puede darse el caso de tratar de ver las primeras con los anteojos de las segunda. Por ejemplo, hay veces en que se conciben propósitos del feminismo contemporáneo en luchadoras que se movían por resortes de sus propias vidas y tiempos, no por los nuestros. Común ha sido la tentación del victimismo, ver el eje de la historia de las mujeres en su ausencia de recursos, olvidando los poderes alternativos que desde su subordinación desarrolla. También la contraria, que lleva a destacar a las figuras de excepción más allá de su representatividad. Mirar, por poner un ejemplo, a Sor Juana Inés de la Cruz como la representante de las mujeres novohispanas.

Otro punto peligroso es que, en el intento por entender la especificidad de este grupo, se le aisle de las relaciones sociales de las que participa. Las mujeres han ocupado fundamentalmente el ámbito de lo privado, pues el sistema de género imperante cerró sus posibilidades en el público. Sin embargo, público y privado ya no pueden verse como esferas excluyentes: en la vida cotidiana esos asuntos tan personales de mi más estricta privacidad se relacionan con el afuera, con lo público, con la moral social, con los usos y costumbres. Público y privado serían más bien dos caras

de la misma moneda y necesitan del canto, la bisagra que las vincule. Las necesidades públicas de una sociedad y las privadas de los seres humanos concretos no son diferentes cualitativamente, sino en su medio y modo de ejercicio. La cultura de la que se participa pauta un modo de vida que media entre la sociedad y sus individuos. Los elementos más privados de la vida cotidiana se modifican de acuerdo a la forma en que inciden, por ejemplo los medios de comunicación de masas.

Al elegir un tema de estudio es importante precisar el sistema de género dominante tanto como el tiempo, espacio, raza y clase social de los sujetos que lo configuran. Es importante entender a las mujeres concretas en sus relaciones con otras mujeres. Pero también con los hombres. Si para poder analizar con claridad su especificidad la aislamos y, por descuido o convicción la dejamos fuera de su contexto, la estaríamos marginando. Incorporar a las mujeres en el conocimiento histórico no debería ser -insisto- sólo rellenar huecos, sino intentar obtener una visión del mundo más global, que permita narrar una historia en la que hombres y mujeres conviven, tal y como hacen en la realidad. Seguramente esta lectura permitirá una explicación más cabal de la realidad en su conjunto.

Lo anterior implica, también, atender los ritmos específicos con que, en un momento dado, ese grupo social participa en la historia: ¿lo hace sincrónicamente con otros compañeros de ruta?. Mucho se ha insistido, por ejemplo, en que el Renacimiento representó, para el sector femenino de la sociedad europea, un retroceso. Naturalmente este punto requiere precisarse en función de cada trabajo concreto, por ejemplo: en los primeros estudios europeos, el tema del cuerpo tuvo una enorme fuerza: se atendía la maternidad, la lactancia, etcétera. Este énfasis destacaba en, los procesos femeninos, ritmos distintos de los políticos, los de la vida cotidiana y se debía hacer, entonces, la periodización más larga que, por ejemplo, la referida a su incumbencia en los movimientos sociales. Es fundamental, al trabajar estos temas, no olvidar las relaciones entre los ritmos específicos de cada género con los de su contexto amplio.

Por ejemplo, el tema del cuerpo, que nos ocupa, es importante porque el género femenino se ha construido en gran medida en términos de las ideas al respecto. El cuerpo femenino se ha identificado en muchas culturas con la capacidad de la maternidad y de ahí la importancia social de las mujeres se ha derivado de su papel en la reproducción. Hoy en día los cambios científicos de la medicina posibilitan la separación de la sexualidad y la reproducción, con más eficaces medios de control de la natalidad, pero esto no ha significado la mudanza automática en el plano de las ideas y de la mentalidad. Es así porque en este terreno los cambios se dan con morosidad, las continuidades de las creencias son más estables y se mantienen vigentes aún cuando las situaciones objetivas que las producen se hayan modificado. Fernand Braudel las calificó, por eso, "prisiones de larga duración"(1). Los cambios de la mentalidad no son sincrónicos con otras mudanzas del mundo social de manera que los desfases son siempre presentes y se manifiestan en los seres humanos concretos. Cada situación histórica implica una contradicción entre lo que viven los sujetos y el mundo externo a ellos y las mujeres no son una excepción.

Los temas que exigen atención son muchos. Es una provocación invitarlos a hacer un sumario de posibilidades. Pasan de lo cuantificable a lo simbólico, de su participación en la economía o los movimientos sociales a su papel como artista o la imagen-imaginación que de ella tiene una sociedad determinada. Un problema importante es el de las fuentes: ¿en dónde encontramos a las mujeres del pasado? ¿cómo rescatarlas de un acervo documental que no las contempla específicamente porque se conformó cuando la historiografía no se refería a sus ámbitos de actuación?. En los archivos y bibliotecas el rubro de la mujer apenas se ha abierto, por lo que su acervo específico, grosso modo, lo constituyen obras de veinte años atrás, o sea obras que responden a las nuevas inquietudes, al tiempo en que se le ha reconocido un lugar en el conocimiento. Tradicionalmente su presencia quedaba dispersa en los diferentes temas, a menos que se tratara de las excepciones.

Sólo hasta recientes tiempos encontramos a nuestro sujeto en los libros de historia, en las elaboraciones ya hechas sobre determinado tema por nuestros colegas. Así, en el caso de las mujeres es particularmente importante acceder a las fuentes de primera mano. Ahí, revisando material en bruto, ellas aparecen muchas veces. Suele suceder que, al hallarla, no sepamos que hacer con ese material: carece del fulgor evidente que se adquiere con sólo estar en el análisis impreso de equis tema: por ejemplo, encontrar listas de mujeres que dan dinero a favor o en contra de la guerra de Independencia o de Reforma parece menos importante que si leemos el análisis de su participación en los conflictos. Eso puede desanimar, pero puede ser también un reto, pues hace evidente que falta mucho por hacer. Es necesario, para empezar, realizar ese trabajo que Michelle Perrot ha llamado "acumulación originaria de información" (2)

Como para otros temas hemos de preguntarle al documento que analizamos, sea visto, leído u oído. Preguntarle básicamente qué dice, quién dice eso, a quién se lo dice, por qué, desde dónde, en qué momento particular y general, qué significa eso para quien habla y quienes lo reciben, por qué significa eso, y confrontar las respuestas con las que fuentes paralelas puedan ofrecer o sugerir

Verdad de perogrullo, olvidada no pocas veces: al sector femenino hay que buscarlo en sus mundos. Parece fundamental hacer énfasis en lo cotidiano, pero esto tiene sus bemoles. Paul Veyne ha dicho que "cada sociedad considera su discurso algo obvio. Es tarea del historiador restituir esta importancia, que vuelve la vida cotidiana secretamente aplastante en todas las épocas; esa banalidad o lo que es lo mismo, esa extrañeza que se ignora" (3) Así como hoy en día tendríamos que hacer un esfuerzo para rescatar de los documentos que nosotros mismos dejamos la estructura de minucias, actos, rituales, objetos o ideas que sustentan nuestra vida, al atender un tema del pasado (como suelen ser los de historia) tenemos que elegir bien nuestra fuente y luego forzarla. En eso la historia de las mujeres exige, como cualquier otro tema,

la necesidad de ser suspicaz, imaginativo, cauto, preguntón, serlo lo suficiente para buscarla entre líneas, diseñar preguntas y problemas, escudriñar en textos que no suelen regalar la información suficiente. Casi nunca lo hacen.

Configurar un banco de información es el mejor conjuro contra la tentación de asimilar modelos de análisis ajenos a la realidad que trabajamos. Es necesario atender esos acervos que no son historia, sino tan sólo el material para que, mediante el análisis y la interpretación puedan devenir en historia y adquirir ese fulgor especial de los libros del que hablábamos antes.

Aunque en la historiografía su presencia es escasa, en cambio, es común encontrar a la mujer en esa suerte de fuente de primera mano que para el historiador es la novela, la poesía, el cine, la historieta. En estos casos suele existir una sobreabundancia de información. Se trata de la mujer imaginada que tiene, por supuesto, muchos elementos de realidad. El arte y la imaginación tiene una materia propia y la información que nos ofrecen está pautaada por ese propósito y naturaleza.

Las fuentes se han abierto y eso puede ser muy positivo. Lo importante es precisar bien sus límites y nuestro problema concreto. Imaginemos cómo hacerlo: se ha diseñado un problema, un modelo que incluye la categoría género, que contempla los ritmos del tiempo histórico en que se desarrolla el tema elegido, se ha tratado de precisar las relaciones entre los distintos niveles de la realidad, sondeando las fuentes que prometen información, se ha de llegar a ellas, entonces, con imaginación, apertura y modestia. Entendiendo las posibilidades de las mujeres que estudio para evitar leerlas con mis concepciones ('eran feministas las redactoras de *Hijas del Anahuac*?).

Dejando encerrado el victimismo (¿qué haría cuando me encontrara con que las prostitutas no siempre eran unas víctimas sociales?) pero también echando llave a la tentación de convertir las excepciones en lo común (¿qué haría cuando me percatara de que para muchas mujeres las heroínas del FUPDM -Frente Unico

Pro Derechos de la Mujer- no eran paradigma de libertad sino alboroto de viejas locas?). Cuidando de no aplicar modelos teóricos diseñados para otras latitudes (¿qué haría ante la evidencia de que público y privado no siempre son campos definidos?). Devolviendo a las mujeres a su sociedad concreta, una vez analizada su especificada (para poder entender, por ejemplo, que cuando Sor Juana, la décima musa, hacía préstamo a interés no violaba su etérea naturaleza, sino simplemente ejercía una práctica común entre las monjas ricas de sus años). Apuntando una periodización propia que no excluye la de su tiempo histórico global (para ver, por ejemplo, las continuidades entre el siglo XVIII y el XIX respecto al sentido de la familia y los cambios que, al respecto, implica la Reforma).

Con todo lo anterior, la historia de la mujer podría permitir efectivamente, más que rellenar huecos dar una interpretación global de la historia que las incluya como actrices de un proceso que ha sido también el de ellas. Clío no era mujer, era musa (hija de Júpiter y Mnemosine, iluminadora de la historia) pero era del género femenino. Y en la historia, hoy, queremos rescatar a los seres humanos más que a los mitos. Me gustaría darle a Clío cara de persona, cara de mujer y pedirle que nos guíe por ese camino en que tan a menudo nos perdemos.

(*). Este trabajo es una variación muy fiel de otro que, con el título "Porque Clío era mujer: buscando caminos para su historia" se publicó en *Problemas en torno a la historia de las mujeres*. México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa Departamento de Filosofía, 1991. (Cuaderno num.55)

(1)."La larga duración". En: *La historia y las ciencias sociales*. Madrid. Alianza Editorial, 1968. Sección: Humanidades. El Libro de Bolsillo.

(2). *Une histoire des femmes, est-elle possible*. París, Ed. Rivage, 1985.

(3). Francois Ewald. "Una nueva etapa de la nueva historia: entre lo privado y lo público. Entrevista a Paul Veyne". *Historias. Revista de la Dirección de Estudios Históricos del INAH*. México. Num. 14. Jul-Sep 1986. P.7.

Reflexiones sobre ética y la práctica en el cine feminista

María Eugenia Tamés y Beatriz Mira

Algunas mujeres, ciertamente muy pocas, participaron en el trabajo de cine en México. Pioneras que tuvieron que enfrentarse muy solitarias a un que hacer reservado en ese tiempo exclusivamente a los varones.

En los años setenta, con el surgimiento del movimiento feminista en México, se dio la oportunidad de pensar y analizar la condición de la mujer desde todas las perspectivas posibles.

Reflexionar sobre la legalización del aborto, violación, el trabajo doméstico, la prostitución y por supuesto la sexualidad se convirtió en el objetivo a lograr paralelamente se organizaron y crearon diferentes grupos de concientización para discutir y en los casos necesarios denunciar.

Dentro de este marco nacieron varios grupos feministas integrados por mujeres de diferentes especialidades, y entre éstos, nació un colectivo de cine, formado por mujeres estudiantes de una de las escuelas de cine.

En su primera etapa se realizaron “Cosas de mujeres” de Rosa Martha Fernández, un film mezcla de documental y ficción de medio metraje sobre el problema del aborto; de la misma manera “Rompiendo

el silencio” que aborda el problema de la violación; el documental titulado “Vicios en la cocina” que recoge de una manera muy testimonial la jornada cotidiana de una ama de casa, realizado por Beatriz Mira. También de manera testimonial el registro de la vida cotidiana de un grupo de prostitutas en la ciudad de México: “No es por gusto” de María Eugenia Tamés y Maricarmen De Lara. Estas películas y otras más, fueron los caballitos de batalla para los grupos de mujeres en sindicatos, en las universidades o para los grupos de discusión. Se convirtieron en el motor que generaba la discusión de las mujeres sobre su condición específica.

Se han hecho posteriormente muchas críticas a esas películas porque en efecto, tenían carencias desde el punto de vista técnico y de lenguaje y porque a lo largo de los años esa discusión tan incipiente y esquemática entonces, se fue ampliando y complejizando.

En este proceso de organización, creación y militancia en el que estábamos involucradas de manera personal surgieron desde luego cuestiones éticas que resolvíamos a la luz de los elementos de análisis y práctica con que contábamos entonces. A partir de la invitación que nos hizo Ximena para participar en el Seminario sobre Etica y Feminismo nos obligamos a la reflexión tratando de rescatar nuestra experiencia y la aportación que indudablemente realizó a la causa de las mujeres, a pesar de los obstáculos que se presentaron tanto internos como externos a nosotras.

La reflexión se hizo a partir de nuestro quehacer cinematográfico y la militancia feminista, de las preocupaciones creativas y éticas que se generan cuando uno hace cine, sobre todo un cine que se pretende feminista.

Para hablar del cine feminista y la ética creímos conveniente abordar los siguientes temas:

- Desde el quehacer
- Desde las preocupaciones temáticas
- Desde el lenguaje
- Desde la mirada.

DESDE EL QUEHACER

Por sus características, el trabajo cinematográfico se consideró por mucho tiempo como tradicionalmente masculino, es decir para realizarlo se requiere un nivel técnico en diferentes especialidades, como son por mencionar algunas el manejo de la cámara, el diseño y colocación de la iluminación, el sonido, y la dirección de cámaras y de los actores. Para trabajar en el cine es necesaria una sólida preparación técnica de difícil acceso para las mujeres antes de que existieran las escuelas de cine, que se constituyeron en la única manera de llegar al quehacer cinematográfico. Es importante recalcar que estas funciones se encontraban altamente mitificadas con el fin de reforzar el supuesto de la “incapacidad femenina” para realizar actividades técnicas y manejar equipo especializado y de esta manera preservar el espacio como exclusivamente masculino.

El trabajo cinematográfico tradicional se lleva a cabo dentro de una estructura muy jerárquica; la máxima autoridad es el director que funciona a través de una serie de reglas rígidas, donde es casi imposible disentir u opinar; para poner un ejemplo, aún en la actualidad cuando me desempeño como directora con un equipo convencional digo... Listo sonido... y contestan: sí señor, Lista cámara: sí señor... estas son las convenciones a las que me refiero.

Este es el universo con el que nos encontramos las mujeres que queríamos hacer cine feminista a mediados de los setentas. Ingresamos a la escuela de cine e intentamos realizar un cine pensado y realizado por mujeres, que sirviera como apoyo material de reflexión al movimiento feminista. La escuela nos dio la oportunidad de transformar el trabajo académico en trabajo militante ya que al realizar las películas como ejercicios escolares, había muchas más flexibilidad y autonomía para elegir los temas y desde luego material y equipo para producirlas.

Lo principal era concebir una manera más horizontal de ejercer el quehacer y favorecer el trabajo y la participación colectiva, se formaron grupos donde se

intentó mejorar el desempeño técnico y diseñar creativamente nuevas formas de trabajo buscando una relación menos dependiente de los técnicos hombres.

En la primera película que hicimos tuvimos que tener un camarógrafo hombre porque todavía no había entre nosotras una que pudiera hacerlo. Por cierto, ese detalle fue objeto de una reclamación de las feministas europeas cuando la película participó en un festival de cine feminista en 1978 en Amsterdam Holanda.

Con el tiempo nos aventuramos a constituir grupos exclusivamente de mujeres cubriendo todas las especialidades. Nos apoyamos unas a otras jugando diversos roles y nos dimos la confianza para habilitarnos en el manejo del equipo y desarrollar un buen nivel técnico. Logramos expresarnos de una manera muy básica pero nuestra.

DESDE LAS PREOCUPACIONES TEMATICAS

Las mujeres tiene su trabajo, y los hombres el suyo, hay un modo de hablar de mujer con mujer y de hombre con hombre, como hay dos modos diferentes de contar las cosas según sean. Esto lo escuché a una mujer indígena que entrevisté alguna vez.

En la época de los ejercicios escolares, nuestra preocupación era describir la realidad en la cual las mujeres se encontraban inmersas. Traer a la pantalla la vida de las mujeres, contada por las mujeres mismas, tanto en el género documental como en el de ficción.

En este trabajo la observación cuidadosa y el registro riguroso de la realidad era el objetivo a lograr, pero también lo era la interpretación y la creación. Intentando construir en imágenes la historia de las mujeres surgieron temas como, la descripción de las tareas repetitivas de una ama de casa y su vacío al final del día cuando se acicala para un marido eternamente ausente; la vida diaria de una prostituta que combina su trabajo y la maternidad, a los primeros intentos de reuniones de reflexión y toma de conciencia política de un grupo de mujeres trabajadoras.

En el aprendizaje surgieron también nuevas formas de aproximación a la realidad femenina a partir de las técnicas del cine documental, con la puesta en escena y una síntesis enriquecida.

La ficción hablaba también del aborto, la violación o la prostitución buscando que los personajes expresaran y vivieran los conflictos en esos ámbitos esencialmente femeninos.

Una vez fuera de la escuela de cine la necesidad de la práctica profesional nos llevó a producir películas independientes en 16 mm y en algunos casos largo metrajes en condiciones adversas, con financiamientos mínimos, la mayor parte provenientes del extranjero, a menudo sin salario, de esta manera hicimos películas como: "Bordando la frontera", "Yalalag", "Vida de ángel", "No les pedimos un viaje a la luna", "Otra manera de hablar", "Conozco a las tres". En cuanto a la temática continuó siendo sobre la problemática femenina y los productos mostraban al exterior cada vez mayor ejercicio profesional y al interior la ruptura se hacía cada vez más evidente.

DESDE EL LENGUAJE

Otra de las preocupaciones que se generan es la búsqueda de un lenguaje diferente al establecido por los directores varones, léase la cultura patriarcal dominante. Esta búsqueda involucra la totalidad de la obra, desde la concepción de los contenidos hasta la manera de colocar y encuadrar la cámara. Buscábamos una forma femenina de expresarnos, por ejemplo: ¿cómo contar una historia sobre la violación sin que parezca contada por un hombre? o ¿cómo relatar escenas eróticas sin hacer prevalecer una visión esterotipada?, ¿cómo lograr un lenguaje en el que no se cuelen elementos de la cultura machista dominante?, estas cuestiones éticas representaban un reto a vencer y un problema técnico y de oficio. a modo de anécdota sobre las trampas del lenguaje, está el caso de la película sobre la violación que

un crítico muy misógino califica de “haber realizado una película a favor del violador y en contra de la mujer violada”; esto es una exageración, pero es cierto que manejar correctamente el lenguaje no depende únicamente de la intencionalidad.

DESDE LA MIRADA

En el caso de la filmación de un documental donde las personas mismas son las protagonistas del film y a través de su testimonio y colaboración se realiza el trabajo, la preocupación ética ha pasado también por el compromiso que se establece con las personas filmadas acerca de los objetivos y las expectativas que cada una de las partes tiene sobre el resultado.

La utilización que se hace del material filmado, la manera como se plantea el problema con la anuencia de la comunidad o los interesados, la estructura y la edición y finalmente el sentido que toma el producto ya terminado.

La cuestión ética pasa por la posición y el compromiso que asume la realizadora frente a un hecho; existen diferentes posiciones tales como el intento de describir de manera “objetiva” y por lo tanto neutral, la interpretación del hecho con una toma de partido implícita, o la posición crítica.

¿Qué pasa cuando los personajes son víctimas y qué cuando son protagonistas?, ¿cómo plantear personajes pluridimensionales sin caer en maniqueísmos?. En el caso de las propuestas feministas era muy frecuente el caso de personajes femeninos heroicos y maravillosos pero poco creíbles, como cuando las mujeres toman una alcaldía, son tan combativas, tan valientes que la película se puede convertir en un planteamiento de “realismo socialista”. Cuando son víctimas, ¿cómo matizar una mirada crítica y a la vez solidaria? Frente a esto lo que sucede a menudo es que nos detenemos pensando que frente a la cámara hay una persona de carne y hueso a quien hay que enseñarle lo filmado. ¿Cómo ejercer la crí-

tica a la lucha sindical de las mujeres cuando es el mismo sindicato el que promueve, autoriza y financia la película?, ¿cómo mirar a una ama de casa en su claustrofobia, si el movimiento carece de grupos de apoyo para contener su soledad?.

El compromiso con la gente que filmamos implica también la posible limitación para reflejar nuestra mirada de manera autónoma, por ejemplo cuando filmaron la película que acabamos de ver “La mujer barbuda”, sólo filmaron lo que convinieron con ella, no es ni podría ser toda su vida. Lo que se cuenta y lo que se deja fuera, tiene mucho que ver con una serie de decisiones de ética feminista. Implica un diálogo con la gente: ésta es mi mirada y esta es la forma como te muestro a los demás ¿estás de acuerdo si no?

Cuando empezamos a filmar mujeres de movimiento populares, con niveles de lucha muy superiores, personajes protagónicos, nuestro compromiso era devolver a la comunidad, en la medida de lo posible, el esfuerzo realizado, garantizar que tuvieran una copia de la película, participación en la toma de decisiones, en la edición, evitando de esta manera el convertirnos en “vampiras” que robaban la imagen y después desaparecer hacia algún festival o cineclub. Este proceso no es ajeno al cine militante y comprometido en general y con mayor razón era una práctica que queríamos seguir como cine feminista.

El desafío es desconstruir los valores éticos, estéticos y simbólicos de la visualidad patriarcal y comunicar otros más acordes al deseo de una nueva civilización. Nuestro trabajo es el campo del lenguaje y la comunicación. Pero el cine es un trabajo que requiere de recursos materiales, económicos y humanos y que se hace en equipo. En su proceso de realización, establece relaciones muy complejas y diversas, llenas de aristas y de expectativas variadas que hay que enfrentar y resolver en el momento.

Ahora, con el aporte de éste seminario y con la perspectiva del paso del tiempo, podemos remirar algunos

nudos éticos; por ejemplo, la autonomía; no entendida como esa militancia que confunde el compromiso con las mujeres y que limita el manejo de un lenguaje abierto y nuevo, con mayor posibilidad de (re)significación transformadora y menos peligro de “realismo socialista o ¿feminista?”.

Mi ética anarco feminista y el ejercicio del derecho (*) Ximena Castilla

Si pretendemos un orden diferente o un desorden diferente, más amable, más agradable, más cálido, donde la palabra solidaridad exista como un ejercicio cotidiano, donde no sólo hablemos de las mujeres para que nos financien, sino que actuemos con las mujeres en forma consecuente, con las que tenemos al lado y desde ahí con el mundo entero, yo afirmo que el feminismo es ética pura.

Yo no podría entender a una feminista que no fuera ética, me parecería una contrafeminista o una antifeminista. Una ética feminista es un actuar solidario y preocupado por el bienestar de los demás y del mundo en cada acto pequeño y cotidiano.

Es un modo de entender el cómo se relaciona uno con las, los y lo demás. Por ejemplo, mi ética feminista o profeminista se angustia cuando ve las toneladas de basura no reciclables que dejamos en nuestros encuentros. Cuando veo que no nos preocupamos por esas mujeres que, al lado nuestro, están recogiendo nuestra basura y trabajando para nosotras. Esto me pasó en El Salvador. Cuando llego a los centros de mujeres y

éstas están esperando los servicios y nuestras compañeras pasan y ni siquiera las saludan.

Me doy cuenta que ni el feminismo ni la vida se puedan construir desde algo que no sea cotidiano; todos los días mi cotidianidad cambia y pretendo que cambie para ser una buena feminista, porque además parto del supuesto de que el feminismo nos hace mejores seres humanos, no perfectas, no ideales, pero cada día más cálidas, amigas, solidarias, querendonas y eso sólo es posible como un ejercicio personal, propio, frente al mundo y en relación con él.

Sé que quieren que hable de la ética feminista y mi ejercicio como abogada. De mi ejercicio al interior de uno de los espacios profesionales más difíciles para una feminista.

Cuál ha sido la actitud ética que he defendido como abogada, y como abogada profeminista, y proanarquista?

Aunque lleno de aspectos divertidos ha sido difícil, porque no es fácil ir contra la corriente, contra lo establecido y el medio de los abogados es muy estructurado y conservador, así se da desde la formación. En primer lugar ha sido solitario y loco. Yo me meto con abogados, no tengo comunicación con ellos -muchos me ven como una loca y eso me divierte- son muy reaccionarios y formales, dos cosas con las que no puedo.

En segundo lugar ha sido, durante diecisiete años, un trabajo de denuncia, no he hecho más que denunciar cosas. Por ejemplo denunciar a los jueces hampones. No puedo ser feminista si me callo ante un juez corrupto; no puedo ser una abogada ética feminista o profeminista si consiento eso, si llevo un testigo falso, práctica absolutamente común, y si en mi ejercicio cotidiano la gente no me puede identificar de una manera distinta; soy profeminista en los juzgados, en las fiscalías, y en la calle, con mis hermanos, con mi santa madre. No puedo ser una persona dividida, no puedo aceptar como normal en mí lo que no quiero para el mundo. Debo ser como soy y no quiero contrariarme, ni quedar bien.

Eso no me interesa, eso no tiene que ver con mi libertad, mi libertad tiene que ver conmigo misma y con la posibilidad de que, estando bien, pueda hacer cosas que me parezcan bonitas. Creo en la bonitura, que es actuar uniendo mi razón con la ternura, por eso creo que el amor es un ejercicio no una idea.

En tercer lugar ha sido un constante tratar de romperle la frialdad, esa falsa objetividad que separa al ejercicio del derecho de la bonitura. Para eso me he inventado bonituras: comenzar los escritos con poemas y con frases de mujeres, iniciar las audiencias públicas con historias de mujeres, o con canciones.

En cuarto lugar ha sido un ejercicio de hacer muy bien lo que estoy haciendo: mi oficio de abogada. Eso significa leer hasta las cuatro de la mañana para tener un discurso jurídico que me apoye en mis actos de libertad, en mis actos éticos. Por darles un ejemplo, cuando trabajamos el proyecto de ley de violencia intrafamiliar trabajamos muchas, pero muchas horas, haciendo toda una definición, una lista, un diccionario. Como sabíamos que se generarían escándalos (y fue así más) con nuestra definición de la organización familiar incluyendo a los/las homosexuales y como eso da un temor impresionante a la moral tradicional (porque hace posible que los homosexuales puedan tener sociedades conyugales y dividirse los bienes, porque instaura como justicia el que dos personas que viven juntas y se acompañan y construyen y se han querido, al final dividan equitativamente el producto material de esa unión y que además lo puedan hacer no al modo violento de las parejas heterosexuales, sino de otra manera tenía que ser muy bien sustentado desde el punto de vista jurídico y de la filosofía del derecho.

Ser ética, como todo acto de libertad en esta sociedad, no es fácil. Ha sido duro, sobre todo litigar sin hacer trampa, y hacerlo gratis, porque también considero que no es ético que la justicia no exista porque no hay dinero, y que, por carencias de dinero para pagar, la gente no tenga acceso a la justicia, sobre todo las mujeres.

Finalmente ha sido buscar espacios dentro de las fiscalías para dar a conocer nuestro punto de vista, para que nos llamen a dar unos cursos o unos talleres o unas charlas, conferencias, seminarios, paneles, simposiums, etc.; que preparan mejor a los funcionarios, por ejemplo, para interrogatorios frente a víctimas de violencia sexual. Hemos ganado unos espacios con mucha brega, con mucho dolor, no ha sido fácil, pero los hemos ganado; y yo personalmente creo que los he ganado en un ejercicio libertario que a mí me satisface y que me parece absolutamente ético porque no pretendo quedar bien con alguien. Ni siquiera con ustedes a las que aprecio, a las que vine básicamente a ver y, de paso, a echarles este cuentico, nada teórico, más bien muy práctico. Cuentico que mañana puede ser cambiado, porque creo en el cambio, también como un ejercicio de mi libertad aunque creo que la libertad debe de tener, como decía Francesca, responsabilidad.

Pero no puedo terminar sin tocar un tema diferente -aunque muy unido- al de la ética y el ejercicio profesional como abogada porque como profeminista y anarca que soy, o al menos creo ser, me parece fundamental para reflexionar la ética. Me refiero al poder entre nosotras que siempre nos cuesta tanto ponerlo sobre la mesa.

No creo que el feminismo es perfecto (puesto que es ético y libre y transformador hasta de sí mismo) ni que las feministas sean buenas por haber llegado a ser feministas, ni las mujeres buenas por el simple hecho de ser mujeres. Pero no me gusta y me obsesiona que las mujeres salgan constantemente lastimadas del feminismo al igual, o a veces peor -porque se involucran más y más afectivamente- que si salieran de una empresa privada y pienso que esto se da porque hay algo no ético en nuestra práctica colectiva y eso es el no reconocer el poder que tenemos y el cómo lo ejercemos.

En toda interacción entre mujeres se ejercen poderes. Hay poderes individuales que por consecuencia

-otra idea y práctica que me obsesiona- cada una debe reflexionar cómo lo vive y ejercer en una sociedad donde poder es sinónimo de abuso y hay un poder colectivo que se da y realiza en y entre los grupos.

Un acto de ética feminista es aceptarnos con el poder que tenemos y que frecuentemente lo ejercemos abusivamente e hiriendo a las demás. Si no somos capaces de aceptar que tenemos un poder, no podremos ver cómo lo ejercemos y menos desentrañar el cómo lo hemos aprendido a usar en el mundo patriarcal. Sin este acto ético básico no vamos a poder desandar lo recorrido, desaprender lo mal aprendido, ni corregir las deformaciones, porque nosotras no estamos formadas sino deformadas, por eso, en muchas ocasiones, actuamos igual que los varones para acceder al mundo negado.

Por esto es que digo que la ética feminista es la del desandar, desaprender, reconocer, debe empezar en cada una y vivirlo juntas. Creo que el feminismo tiene que ser un espacio infinito, un humanismo con una base ética esencial y realizada en la práctica.

II
Reflexiones
y
comentarios
posteriores

Una mirada sobre el seminario Ética y Feminismo

Elizabeth Alvarez Herrera

Quiero traer a cuento nexos cómplices que permitieron la asistencia de Yolanda Aguilar, Carolina Cabarus y Celeste Mena al seminario.

Estábamos en un gran ajeteo terminando con Sara Elva Nuño la periódica trimestral *De-Liberadas*, publicación irregular y obstinada que como *De-Liberadas: complicidad feminista*, editamos no sin dificultades. Nos apoyamos en Ximena Bedregal para vaciar el contenido de la periódica en el diseño que habíamos trazado. En la casa de Ximena estaba, recién salido del horno, el Pre-libro *Feminismos Cómplices: gestos para una cultura tendenciosamente diferente*. Nos lo dio con la siguiente dedicatoria significativa y práctica concreta: "Para las tocayas de-liberadas, estas reflexiones que buscan complicidades para un pensamiento y un actuar libertario, autónomo y propio. Este es el primer libro que les compartimos. México, D.F., 22 de octubre de 1993".

Refiero lo anterior para contestar y testimoniar una proximidad venida de antes y no hace mucho con el feminismo radical. El estar en el Primer Seminario sobre Ética y Feminismo era una posibilidad de escucharnos,

compartir, aproximarnos/distanciarnos, sin separarnos. Acepté la invitación y pedí (respetando los límites de asistencia) se extendiera a algunas guatemaltecas que ubicadas en la patria primera (Guatemala) o en esta nuestra otra patria (México) tenían afinidad a distintos niveles con la propuesta radical del feminismo.

Estuvimos en el seminario, en su horario convencional, ligero y profundo. Después llegábamos a casa y continuábamos en el seminario, ya no éramos sólo las chapinas. Los decires del seminario aterrizaban polémicamente en nuestros cuerpos, en nuestras vidas. Y de nuestros cuerpos vividos partían balbuceos, formulaciones, caminos de des-construcción recorridos, reconstrucciones difíciles, vacilantes, encaminadas a transformar nuestras vidas.

Seguíamos la misma metodología aplicada durante el “seminario formal, cotidiano, programado”. Nos escuchábamos para conocernos especialmente y conocer desde la vida a las otras, a nosotras. Éramos, desde mucho tiempo atrás, compañeras de largas rutas compartidas por transformar el mundo (el pequeño mundo, la patria original), pero no nos conocíamos en nuestros puntos comunes y en nuestras diferencias. Dábamos entonces ahora más rumbo a esa tarea de no anonimizarnos. Nadie tenía la última palabra, ni la verdad absoluta como antes. Era una charla hilada por el respeto. Por la necesidad de transformar nuestras vidas, la vida. Eso que no tocó nuestro paso cuando nos excluimos en la tarea de “transformar el mundo”.

En el seminario las voces provenían de diversas generaciones, patrias y experiencias. Un signo nos techaba a todas, el feminismo. Algunas reflexiones en torno al seminario me han saltado por asociaciones. Así las expresó:

Cuando el gitano Melquiades con su caravana llevaba cada años en marzo los imanes, el catalejos y tantas otras cosas de otros mundos, Macondo y sus habitantes

tenían la fiesta del asombro y el trueque. La revelación de lo desconocido y por ello novedoso se instalaba sobre todo en sus hombres hasta ensimismarlos. Las mujeres eran más indiferentes a esos acontecimientos que provenían de lo externo y que finalmente las afectaban en lo cotidiano de su historia.

Se da un fenómeno inverso cuando las mujeres nos sentamos a conversar de nosotras y lo que en experiencia vivida portan nuestros cuerpos en su interacción con otras, otros y nosotras mismas. El seminario que vivimos constituyó una fiesta de exposiciones que venidas de nuestras voces en sus ponencias e intervenciones (habladas o silenciosas) nos ofrecían especialmente proximidades.

Fue un conversatorio de brujas que interactuábamos en los decires sostenidos por la vida. El ejercicio de escucharnos como metodología básica atravesó con bastante éxito la actividad. La metodología no sólo fue un intento fue una concreción con ligeras fisuras, devenidas de añejas experiencias que tocan cuernos para convocarnos a ser iguales y uniformes.

La actividad venturosamente no fue en Macondo, fue en el Claustro de Sor Juana. El tiempo no era el del trueque de culturas ni la participación concedía hegemonías por razones de linaje y sexo. Así, en el seminario se ausentaron por decisión histórica feminista, los catalejos e imanes.

La actividad expuso una variedad de reflexiones, resultado de vivencias e indagatorias del estar en el mundo, del cómo éticamente estar en el mundo y relacionarnos dentro de él desde el feminismo. Cada decir nos removía, creo que aún sigue haciéndolo y convocándonos a una coherencia cada vez más profunda entre el decir y el actuar.

Margarita Pisano sostuvo que la ética tiene que ver con la propia "buena vida". Para ella, ético es lo que produce placer en la vida individual y que no está desligado del propio proyecto de expresión en el mundo. Ética como libertad-responsabilidad.

La ética como responsabilidad humana, tejedora de relaciones honestas y de respeto.

Los desdobles que Margarita dio a sus reflexiones compartidas constan en su ponencia, la cual se registra en este libro. En ese contexto me quiero referir al impacto gustoso que en nosotras (chapinas venidas del culto al sacrificio, distanciándonos con dificultad de él) provocó lo afirmado. Las feministas queremos nuestra “buena vida”, sí queremos eso y queremos una extensión de ese buen vivir. Nos corresponde responsabilizarnos de nuestra “buena vida”, hacer coherente en nuestro actuar la aceptación de esa visión ética-política. Pensé, pensábamos, nos lo dijimos: era difícil lograr la “buena vida”, era romper atavismos muy internalizados. Pensé, pensábamos y nos lo dijimos: en eso andamos desde hace algún tiempo, buscando la “buena vida”. Y como viejas gallinas que comen huevo aunque le corten el pico, pensamos en las otras, en un mundo de “buena vida” para todas y todos, pero no nos vimos como redentoras. El hábitat libertario es responsabilidad de cada quien, asumo lo que me corresponde a partir de mi estar en el mundo.

Las reflexiones de Paola Melchiori me llevaron a pensar -por lo opuesto, en el mundo de los Buendía, bastante parecido al mundo que hoy se vive. Ursula era ajena en interés a los tiliches que en travesía trasegaba Melquiades, no le tocaban la vida, no la removían más que para cargarle su condición de mujer oprimida, no eran en su ponderación y uso civilizatorios. Paola dice: “Éticamente las feministas proponen a sí mismas y a las demás una relación sujeto-objeto que funda reglas de convivencia civilizada con base en el respeto de la propia humanidad subjetiva”.

El contenido del seminario, cargado de valiosas intervenciones expuestas, entre otras, por Francesca, Gloria, Adela, Aralia, Mirta, Hortensia me sigue y nos sigue dando vueltas, metiéndose a mi vida, facilitando mi propia indagatoria, descubriéndome y ratificando complacencias.

En una valoración informal que realizamos de la actividad, hablamos de la frescura de la expresión, de nuestras voces más en el silencio, de la profundidad de elaboraciones, de su calidez en el trato entre nosotras y de lo que nos falta por hacer congruencia y compromiso con nuestras propias vidas. Una torrentada de aire necesario nos oxigenó el cuerpo, este decir fue más vehemente por las compañeras que en la patria tienen pocos espacios de esta naturaleza. Gracias por la invitación.

Introducción theórica (*) y conclusiones puestas por adelantado Colectivo Chillys Willys(**)

El Seminario nos condujo a reconocer por completo nuestro emplazamiento como colectivo de teoría feminista radical. Nos reveló el estado de nuestra autoconciencia específica en tanto Chillys Willys. Y así pudimos ver en acción la rareza y extrañeza de nuestra perspectiva feminista. Somos una maquinaria libidinal de acción directa feminista, comunista y anarquista, y el Seminario nos hizo comprender mejor eso.

Esta primera experiencia de trato abierto teórico con otras feministas ha servido para aclarar nuestros objetivos de trabajo concreto. Hemos experimentado las complicaciones actuales de la conversación feminista de carácter teórico, las dificultades de construir nuestra auténtica ciencia femenil; pero también hemos gozado las realidades actualmente existentes, los acuerdos ya en funciones, las posibilidades de intensificar la reflexión

(*) La palabra teórica fué puesta como “theórica” a petición de las autoras

(**) Colectivo compuesto por: Gloria Hernández Jiménez, Adela Hernández y Salvador Mendiola

crítica, las valiosas sorpresas de la intuición puesta a trabajar para sí, liberando nuevas conciencias, generando diferentes intuiciones, cambiando las palabras y las cosas.

La experiencia nos ha conmovido. Nos ha hecho encontrar cosas y palabras que sólo pueden encontrarse en la gran conversación feminista, en la fuerte conmoción de espíritus que significa el discurso feminista vivo. La realidad diferente.

Aquí presentamos nuestra crónica del juego de ideas que nos causó el acontecer del acontecimiento. Nuestra versión teórica de lo reunido en el trabajo colectivo del Seminario.

De ninguna manera presentamos justo lo que cada persona dijo o quiso decir en el momento. Eso, bien lo sabemos, está fijo, tal cual, en los textos y las grabaciones. Presentamos entonces nuestras reflexiones íntimas, nuestra interpretación crítica de lo puesto en juego con el campo reflexivo de los discursos que de tal forma entre todas tejimos durante esos cuatro días.

Presentamos así y aquí una primera expresión escrita del hecho. Nuestra tormenta diseminante de ideas feministas. La marca que nos deja la reflexión en el seminario sobre Ética y Feminismo.

La nuestra, es lógico, una interpretación radical, una interpretación que desea ir a la raíz del problema, o sea, la esencia humana. De ahí la intransigencia en los conceptos y la intencional distorsión subjetiva. Queremos escribir nuestra experiencia del hecho.

Y como conclusión oficial de las Chillys Willys en y para sí tenemos la siguiente:

¿Y México? ¿Qué hacer con México? ¿Cómo trabajar hoy esta cuestión: México? Porque, otra vez, y otra vez bien, María Eugenia lo dijo:

-¿Cómo puede ser posible que en una revista hecha en México puedan contar la historia del feminismo italiano y no puedan dar no una sola razón clara sobre la historia del feminismo mexicano?

¡Qué enredo!

Como se verá, en nuestra crónica-crítica nunca hacemos mención a México y las cosas que generalmente convoca este sustantivo. Lo guardamos, como se dice, en deíctico. Pero aquí, por autocrítica, necesitamos traer a cuestión esta ausencia hasta cierto punto deliberada.

Entonces...

No desconocemos la otra diferencia. La separación entre naciones capitalistas y naciones subcapitalistas. Sabemos muy bien que México constituye históricamente un poco de subcapitalismo, y que ello en definitiva significa un territorio dominado por el imperialismo. Imperialismo civilizatorio; un modo imperial de transformar la materia, de valorar el trabajo, de ocupar la existencia. Algo que únicamente se define como acumulación originaria intensificada, extendida, expandida, en el tiempo y en el espacio, pero sobre todo en el tiempo. Superacumulación, superexplotación... Intensificación de la depauperación programada, esto es, contratada capitalistamente, desde antes del principio hace cinco siglos. En condiciones técnicas intencionalmente retrasadas, se efectúan procesos de valoración del valor intencionalmente más intensos. Superdestrucción física del ser humano. Desde antes del inicio de la Conquista hasta este momento de la hipercadena productiva cibernética y los mecanismos administrativos de intensificación de los procesos reales de producción física de valor (para el) capitalista. Imperialismo, dependencia tecnológica, dependencia financiera, dependencia administrativa, dependencia mercantil.

Pero eso no es todo. Falta el imperialismo cultural. Falta decir y saber que nosotras, las mujeres de México, además de tener que hablar y pensar en el código patriarcal, también tenemos que hacerlo desde una situación todavía empeorada por el subcapitalismo. Desde un uso profundamente servil del código, desde un uso íntimamente colonizado. Un uso sin fundamentos, impuesto a la fuerza. Un uso que dificulta avanzar en sentido contrario, Imperialismo cultural.

Y sin embargo: pensamos.

Somos feministas.

Hacemos esta actividad theórica.

En donde estamos, como estamos. Hacemos nuestra parte, la parte de cada quien, por estar en la verdad. Por estar en lo más común para todos y todas. Hacemos feminismo.

Contra el imperialismo civilizatorio. Porque estamos perfectamente situadas en un punto que deja ver y nombrar el límite histórico del imperialismo, el hecho de que en definitiva cada quien, al pensar, ya así deshace el imperio, lo revela como la brutal ilusión impuesta a la fuerza que en realidad es. Demostrarnos la justa necesidad de crear otra civilización, una completamente distinta a la presente, o sea, un modo de estar en el mundo que no sea este caos cotidiano del individualismo posesivo, ni la sombra de se egoísmo: la guerra totalitaria.

Es verdad. Con la lengua del tirano y en los códigos del tirano producimos escritura para desarticular lengua y códigos. Giramos. No en sentido contrario, eso, dice Heráclito, da exactamente lo mismo; eso por ningún sentido es lo contrario. Giramos hacia fuera del encierro, desde nuestro emplazamiento muchas veces diferente. Y trazamos justo la espiral de la liberación femenina. Retomamos, tal cual, el giro contracultural, el giro que actúa contra el imperio, donde sea. Porque el imperio está adentro y afuera del imperio, el imperio es el imperio porque hace eso, y más. Hace mucho más. Y por eso hay que hacer todavía más para deshacerlo de verdad. Para sacarlo de sí.

Cosa que ocurre en tanto descolonización autoconciente. Desconstrucción efectiva del imperio. Exigencia de justicia. Denuncia contra la civilización y la cultura patriarcales. Feminismo desde nuestros lugares diferentes. Requerimiento lógico del bienestar y la igualdad que propone y proyecta la existencia del mercado libre.

Cosa que ocurre, entonces, cuando nuestro pensamiento es feminista. Cuando hay autoconciencia feminista. Cuando requerimos la satisfacción de las

necesidades radicales de la sociedad democrática contemporánea. Porque el discurso feminista constituye en y para sí la más alta exigencia posible de justicia, la justicia que de inmediato implica la más alta responsabilidad de cada quien y también de inmediato genera autoconciencia proletaria y autoconciencia societaria. Porque el feminismo, estamos concluyendo, actúa de luz para la ética.

Y así estamos resolviendo ahora nuestra situación subcapitalista. Con teoría radical feminista. Escrita en México. Para narrar una reunión en México.

Un escrito internacionalista. Una narración autócrata: sin falo, sin amo y sin pasaporte.

Hacemos feminismo para criticar el imperialismo. Esto es, para cambiar nuestra civilización y nuestra cultura. Tal como debe hacerlo cualquier habitante del planeta en cualquier lugar del planeta.

Consideramos que, para nosotras, México únicamente representa un obstáculo. Resulta mil y una veces preferible y más legal tener como nación un poema de José Emilio Pacheco. Así ya lo vio intelectualmente la generación cultural actualmente llamada de Contemporáneos. Y también así lo expresa, a nuestro entender, el mensaje fundador de Rosario Castellanos. Ser feminista significa desarticular los aparatos ideológicos del orden patriarcal: padre, patrón y patria.

Insistimos. No queremos dejar de insistir. Tenemos que aprender a olvidar con ciencia la política del macho.

Las soluciones feministas de carácter político más inmediato tendrán que emerger de acciones directas contra esta política del macho. Hay que olvidar la política para cambiar la política. La política feminista, entonces fluye por afuera de la política. Deja ver la política como encarcelamiento del sujeto, la civilidad como encierro en el mercado.

Contra la civilización patriarcal. Exigiéndole justo la ley que ofrece. Igualdad concreta, igualdad re-flexionada, para saltar hacia fuera de la muralla de la economía política y la lógica. Hacer reconocer nuestro lugar, nuestras dife-

rencias, nuestra necesidad y derecho de presentar otras maneras de estar en el mundo.

Viernes 22 de abril:

La ética desde nuestra experiencia de ser feministas

Sin más inquietud ni sorpresa, todo comenzó después y diferente de lo planeado. No hubo problema en ello. También eso estaba de alguna manera considerado en los planes. El chiste era comenzar y ya. Y comenzamos.

Vino la presentación..

¿Quiénes estaban ahí? Mujeres degeneradas, contra la corriente, rebeldes, con broncas por mil lados y con muchas cosas; diferentes. Mujeres que se juntan para hacer un seminario así. Presentándose. Desde su cotidianidad, cada una como sí misma. Antes que lo político, antes que lo académico. Cada una con su nombre y su breve narración explicatoria: soy y pienso que soy feminista por esto y lo otro, y me doy cuenta de mi propia diferencia y quiero hablar de eso con otras personas así.

Nos gustó que no se hiciera oso alguno por culpa de las que no llegaron, allá ellas, ni por las que llegaron de más.

Ahora, cuanto todo acabó, nos parece que faltó explicar cómo iba a ser el plan de trabajo para el debate y la discusión. Creíamos que el método de convesatorio ya tenía resueltas esas cuestiones y que todo sería hacer lo que se viere; no pasó así, no hubo método. Pero, a nuestro modo de ver, tampoco faltó método, ni pasó nada feo a nadie.

De la presentación teórica, anotamos dos premisas básicas, planteadas por Ximena:

-El sistema patriarcal no tiene solución.

-Nuestro sistema, diferente, feminista, aún no consigue fijar con claridad su propia reflexión.

Por eso nos reúne el tema "ética y feminismo".

Le tocó empezar la presentación de textos a

Gloria...

El tema, según nosotras: ética e intimidad.

La exposición, como habíamos acordado, la fundó, theóricamente, en la reflexión sobre la propia experiencia de vida. Nos contó con gran claridad crítica su forma de resolver el modo diferente como trata actualmente con su familia, esto es, el proceso original de su toma de conciencia feminista. Y lo hizo sin perderse por las ramas de la anécdota o las raíces del Edipo.

Su punto de distinciones: ser-para-sí (feminista) y dejar-de-ser-para-otros (familiar). Tomar posiciones personales, desenajerar la conciencia de la bipartición (innecesaria) entre privado y público. Propuso la necesidad de estar en lo público, la necesidad de desvirtuar el lugar de la mujer en lo privado publicándolo. Ser diferentes por nuestro modo de estar en lo público como feministas, por nuestro modo de ser feministas; y lo que ello implica, en rebote, dentro del encierro privado. Las dificultades de sostener tal modo de ser y estar en el mundo. Para concluir dibujando una bella panorámica de lo que significa vivir en libertad, ser una mujer liberada. Y de ahí presentar lo que, a su modo de entender, constituye el problema ético de resolver la herida que nos separa a las sujetos femeniles de los ámbitos de lo público: tener que realizar al mismo tiempo dos perfecciones, ser perfectas en el mundo varonil y al mismo tiempo tener que inventar la nueva perfección del mundo femenino. Aquello muy difícil de producir mediante el análisis y el estudio un saber radicalmente feminista, un marco de discurso capaz de generar, sostener y ampliar la liberación femenina.

Vino la “conversación” y se vio que el debate y la discusión estaban complicados. De inmediato, aparecieron dos modos de juzgar el texto. Uno lo calificamos “mujeril”, porque desea recuperar la mística de la feminidad, la diferencia romántica de las mujeres: aprender a vivir en el mundo como es y está, porque es y será el único que hay y habrá, y entonces tenemos que comenzar a afirmarnos según las únicas dos opciones que hay, la competencia de carácter mercantil, y el amor de carácter burgués. Y la manera de juzgar “femenil”, el deseo de

un gran cambio en la vida y en la historia: donde resultó evidente que el feminismo arrancaba como reconocimiento personal de una injusticia universal, llevada a cabo directamente contra el cuerpo y la conciencia de las mujeres. Una injusticia que nos movía a presentar la denuncia correspondiente, el discurso y la praxis del feminismo.

De las objeciones mujeriles, reconocimos la necesidad de recuperar la reflexión sobre el papel de la lucha de clases en la situación de las mujeres, la conveniencia de encarar la lucha feminista como una crítica profunda de la crítica de la economía política, la crítica manifiestamente capaz de deshacer el encierro en el contrato asalariado y el dinero. Si no, resulta problemático ver la realidad, fácilmente se piensa que todo es un problema de “conciencia”, que la situación injusta de las mujeres únicamente se debe a una dificultad intelectual, algo que se resuelve con “estudio” y esas cosas. Cosa que nos recuerda el ejemplo de Marx: un hombre dice que la gente no camina en el agua nada más porque se le olvida que puede hacerlo, y cada vez que para demostrarlo se hunda en agua de su alberca de experimentos, dice que el problema estuvo nada más en que se le olvidó que no debía hundirse... y se hundió. Así, sin ver la lucha económica, el discurso mujeril considera que las mujeres no saben competir en el mundo varonil nada más porque se les olvida que tienen que competir, y cada vez que la competencia les gane dirán que el problema estuvo en su falta de concentración, y nada más, volverán a decir que ellas mismas son el problema, como nuestras madres y abuelas de carne y hueso.

Siguió Mendiola...

Hortensia Moreno lo resumió mejor que nadie: un trabalenguas...

De ahí entresacamos...

El feminismo es una ética diferente. La ética que supera a la filosofía, porque la filosofía en y para sí es un discurso patriarcal, olvida el cuerpo y la mente femeninos (y masculinos... y los que sean).

Somos feministas para superar la filosofía (individualismo posesivo) mediante nuestros modos de vida, mediante nuestra Etica Real.

Entonces, hay que actuar conscientemente contra la superexplotación de las mujeres: madres, siervas y trabajadoras al mismo tiempo, en cualquier sentido. Cambiar el orden de la(s) economía(s) libidinal(es). Hacer el cambio de civilización como otra forma de intercambiar subjetividades.

Hay una lógica cinética, dice Mendiola, una norma verbal en movimiento todo el tiempo e “invisible”, una actividad mecánica ajena al sujeto (pero que lo guarda y contiene, porque es su circunstancia y su mundo). Existen unos equipamientos de poder que ordenan la conducta de los cuerpos, de inmediato, y las mentes, a la larga, y los ordenan (inconscientemente) para la actividad falogocéntrica. Las maquinarias del gran encierro de las mujeres y lo femenino en la lógica de los patriarcas egoístas, las marcas que señalan las sendas del ego aislado por enajenación de libido mediante la superexplotación tardocapitalista.

El feminismo es Etica porque presenta un deber ser contra la superexplotación, la necesidad de actuar inmediata y mediatamente contra los equipamientos invisibles que nos hacen actuar a favor de la lógica patriarcal. Un deber ser diferente, porque no emerge de normas verbales, sino de normas de vida, el plus radical que aporta la

Teoría feminista al pensar filosófico, la anomalía salvaje del deber que acuerda el consenso libidinal autoconsciente.

Ser feminista significa moverse en deriva respecto a esa lógica cinematográfica, esto es, actuar tanto como sea posible de modo directa contra las imposiciones del falo, el dinero y el Estado.

Otra vez, la conversación mostró la escisión de posiciones, la distancia entre el punto de vista mujeril y el femenino. Ahora en eso encontramos la separación política entre “reacción” y “deriva”. La reacción, según nosotras, el punto de vista mujeril, hace que las mujeres choquen con el orden establecido, para que ese choque las haga

ocupar su diferencia y ser mujeres. Y la deriva, según nosotras, Etica Feminista Real, ocupa los muchos espacios desocupados por el orden impuesto, hace fluir feminismos por los intersticios de la estructura falogocéntrica, muestra, así, la imposibilidad de establecer distancias fijas, la imposibilidad de hacer separaciones de carácter binario, fálicas.

Se hizo evidente que la Etica Feminista Real es tal por presentar un ideal de conducta de carácter universal, sin exclusiones, válidos para todas las conciencias, porque las toma en cuenta desde las escisiones inmediatas (masculino, femenino). Hay que desear un plural. Y por ello mismo es una propuesta relativa e histórica, profundamente relativa, porque se concentra en y contra el centro de las relaciones; la relación injusta entre masculino y femenino, y lo hace tomando como punto de apoyo la realidad concreta, la inmediatez absoluta, el estado actual de la materialidad de la historia humana, la estructura del (des)orden y los intersticios que marcan la presencia del afuera, o sea, del otro orden, sin estructura egoísta, sin la bipartición superexplotadora de la persona en masculino y femenino. Hay que asumir la corresponsabilidad colectiva de cada quien en todas las relaciones intersubjetivas (cuerpos y mentes y discursos); de hacer los irrespetuosos y peligrosos olvidos que programa El Programa del patriarcado contemporáneo.

Le tocó el turno al texto de Francesca.

A nuestro entender, con “Etica, Etica Feminista y Libertad” presentó una manera de comprender, de principio, el significado de la autoconciencia feminista como proyecto ético para determinar el uso y los intercambios de la libertad cotidiana, política y no-política.

Nos parece decisiva su forma de ver la diferencia feminista como: una verificación personal de los valores, para reconocer la injusticia, que, de inmediato, actúa impidiendo precisamente tal verificación. Así, el fundamento ético está en la falsa binariedad del (mal)orden patriarcal; no hay reconocimiento de lo binario: masculino y femenino. De plano, no hay femenino. Sólo uno, imperialista: el

macho. Por eso resulta una gran aventura inventar día a día los valores (derechos y deberes) de la diferencia feminista, los valores liberadores de las mujeres. Que nos hallamos negadas tanto en la política como en lo subjetivo. Hay que inventar los valores del respeto de la diferencia.

Otro punto crucial: la conveniencia “ética” de reconocer claramente por qué el discurso feminista tiene que actuar como una forma real de presentar resistencia contra la política y las subjetividades tardocapitalistas. Superar ilustradamente la normatividad falogocéntrica, por necesidad, vamos a decir, ontológica, requiere establecer por acuerdo práctico universal la posibilidad de ser y deber ser según aquello que más requiere nuestra intimidad singular, la de cada quien y todas las personas.

Pensamos, la actividad ética feminista actúa en deriva del (des)orden establecido porque tiende a fluir de tal modo que sus enunciados nunca vuelvan a aterrizar en el yo (político, subjetivo...enajenado). Hace, por decirlo de algún modo, enunciados colectivos. Discurso plural; donde cuenta el yo, pero sólo en tanto reconocimiento de límites, de conflictos y de exigencias de felicidad. Enunciados válidos, ahora sí, para todas las buenas voluntades, porque reconocen la diferencia impuesta, establecida, incorrecta, entre masculino y femenino, capital y trabajo, gobierno y pueblo. Reconocen aquello que debemos resolver para comunicarnos y volver, al fin posible la justicia universal, en un acuerdo libre y justo de verdad, por encima de lo imaginado hasta ahora con los modelos de la naturaleza y el derecho patriarcales.

También su texto nos ha hecho tomar más en cuenta la verdadera separación existente entre lenguaje, mente y cuerpo. El hecho real de que las palabras no puedan expresar los sentimientos ni los pensamientos, igual que las ideas nada expresan del sentir y el hablar, y lo mismo que las sensaciones nunca dicen todo lo que se piensa o lo que se dice. Y sobre todo, el hecho de que no haya puentes entre esas tres instancias, que todo lo interrelacionado entre ellas generalmente sea simbólico,

esto es, una creencia subjetiva, básicamente sin fundamento epistémico, un espejismo mental.

De ahí viene nuestra común preocupación por las palabras como cosas, nuestro recurso en deriva de la filosofía.

Para tomar posiciones ante lo cotidiano falogocéntrico, su texto lleva a tomar en consideración el hecho de que la lucha de las mujeres consiste en hacer ver y nombrar el problema de las mujeres: el hecho de que exista un permiso social tácito para agredir lo femenino y lo mujeril, un permiso invisible para actuar, todo el mundo, en contra de las acciones sociales “de ánima” o “paralluvias”. En contra de lo distinto al uno que se impone por la fuerza.

La discusión, a nuestro modo de ver, estableció los acuerdos fundamentales entre las feministas participantes en la reunión. Hizo muy notorio el carácter radical del seminario, la profundidad conversada de nuestras preocupaciones feministas.

Y para completar la participación oficial de los textos y el sano desmadre de las Chillys Willys, le tocó el turno a María Adela.

Su base de reflexión, otra vez, según acordamos las tres, fue su modo de resolver la relación familiar, su toma de conciencia feminista. Así nos narró la forma en que decidió separarse del ámbito familiar. La clave de sus distinciones la estableció en las diferencias entre cuerpo y pensamiento, esto es, en la complicación para el feminismo de tener que pensar la existencia como la inscripción del cuerpo y la teoría en la identidad de las mujeres, la transformación de un sujeto de identidad construido específicamente para renunciar, inconscientemente, por ignorancia, al cuerpo y la teoría. Y así señaló que la liberación femenina implica, ontológicamente, una toma de posición crítica en contra de la figura de la madre, símbolo que encarcela los cuerpos y mentes femeninos dentro de la superexplotación machista.

Hizo un repaso de las figuras de la moral falogocéntrica, de los mecanismos sociales con que la familia

reprime la libertad de las mujeres. Criticó a la familia paternalista como fábrica original de las imágenes del espectáculo patriarcal, o sea, como lugar de inscripción de las metáforas básicas del orden simbólico falogocéntrico. Y así volvió a plantear, desde una dialéctica negativa, la necesidad de pluralizar la libido. Así presentó su crecimiento personal en la autoestima feminista, a través del carácter para saber darse a reconocer como diferente, libre, autónoma, autócrata. Misma autoestima y reconocimiento que sostiene ahora a través de su modo personal de hacer teoría radical feminista, teoría desde donde aprovecha el descuido del patriarcado que es su libertad ganada y hace crecer los flujos de libertad femenil.

Ser feminista, señaló, significa a actuar personal y directamente en dirección contraria a los impulsos de la institución familiar patriarcal; crear e inventar las formas “otras” de estar en el mundo diferentes, sin encarcelamiento sexual. Y ello significa tener que tomar medidas directas para resolver de modo distinto los problemas cotidianos, tomar las medidas necesarias para contrarrestar, mediante la presencia de opciones de existencia femeniles, la imposición contundente de las costumbres y su economía política.

Además, dijo que actuar contra lo invisible del (des)orden falogocéntrico significa tener deseos diferentes. Deseos feministas. Saber transgredir con goce femenil, saber transgresión los goces de veras prohibidos, el cuerpo que no depende del placer masculino.

Y vino, ahora sí, la discusión... Y otra vez, para gusto de las Chillys Willys, el texto, o algo así, como dijo el Gato Barbieri de la China Leoncia: arreó a la correntinada.

Lo mujeril marcó límites. Comenzó a funcionar, como debe de ser, feministómetro. Se discutió.

Al discurso mujeril le interesa encontrar medios de legitimación para la norma instaurada. Considera que la separación entre masculino y femenino, mujer y varón, es “natural” e “indispensable” para la vida social. Sin esa diferencia no habría mundo en que vivir, dicen. Hay que

reconocerlo así, terminar con el rencor contra el macho y aceptarlo como es, un león para el combate y esas cosas de fuerte, y feo y semental. Para que todo funcione bien, las mujeres deben ocupar el lugar que les corresponde según la diferencia instituida. Deben, crear, además, que sus actividades, valen igual que las del macho pero que son pagadas nada más de otra manera, invisible -e inexistente. El discurso mujeril constituye la recuperación de enunciados feministas por parte de la institución patriarcal, ya ha sido caracterizado como “mística de la feminidad”. Hace creer que ya hay solución para el problema, y que la solución es olvidar los sueños y quedarnos con las cadenas. Se funda en dos supersticiones, la intuición maternal, una forma de instinto quintaesenciado, y la seducción amorosa, una filosofía de telenovela y canción de la radio. Figuras de la idealización, maneras para dejar de ver el problema.

Ya en este momento se vio la dificultad de implementar un seminario abierto, no restringido ni pre-organizado por completo. Aunque, por otro lado, la dificultad sirvió para hacer emerger con absoluta claridad la separación entre los discursos mujeril y femenil.

De tener que pensar en puntos de consenso para contrarrestar, ahora, la separación entre ambos discursos. Hay que tomar en cuenta el problema, es verdad, del amor. Pero comenzar a tomar en cuenta el hecho de que sea un sueño varonil, la gran trampa falogocéntrica. Revisar el amor como programa para la desdicha en singular, generalizada. Y ampliar la reflexión destructora en singular, generalizada. Y ampliar la reflexión destructora contra la mística de la feminidad, ampliar los estudios contra la fabricación industrial de identidades sexuales.

Y así llegó el turno de Margarita...

Su texto y participación nos parecen decisivos. Porque pusieron las cosas claras.

Nos recordó que las feministas, dentro del mundo actual, somos unas “niñas malas”. Personas que no se sienten a gusto con el modelo de bondad propuesto por la institución, personas que sienten demasiado

estrecho y monótono el modelo de lo que debe ser una “niña buena”. Ya que ser “buenas” significa hacer y querer lo que el macho quiere que hagamos y queramos. (Recordar a Nietzsche).

Entonces, para ser nosotras mismas, sin encarcelamiento, debemos portarnos conscientemente “mal” dentro del (des)orden patriarcal. Porque no se puede ser “buenas”, y liberarnos significa reconocer ese hecho y tomar las medidas de razón correspondientes. Las medidas necesarias para desocultar una verdad que nos han alejado, nuestra propia verdad de mujeres. Complicidad(es).

Nos hizo ver que la base del feminismo no está en el discurso, sino en la vida, la buena vida. A las mujeres liberadas no les va bien con el discurso, ya que el discurso es un dispositivo para impedir la liberación de las mujeres. El discurso actúa para usurpar nuestras costumbres diferentes, nuestra existencia necesariamente otra, más del cuerpo sabio que del discurso lógico.

Ser feministas es ser malas, diabólicas, infernales. Para contradecir el paraíso del macho patriarcal, el paraíso sin nosotras.

El feminismo es una propuesta radical porque demuestra que los seres humanos también podemos vivir de otra manera, todo mundo. Podemos existir sin envidia y sin competencia, sin escasez programada. Vivir de una manera más justa y por eso más agradable.

Así, la ética del feminismo aparece, ante la filosofía y el sentido común institucionales, como un acto inmoral. Un acto fuera de norma, para demostrar que la norma no es todo, que de veras hay otras opciones.

Cambio inmediato de vida.

Un cambio decisivo. El momento donde las mujeres dejamos de ser las re-productoras de la cultura instituida, el espejo del padre; para comenzar a producir nuestra cultura diferente, completamente diferente. Nunca más escindida entre dos ilusiones, entre dos egoísmos.

La hora de asumir nuestra conciencia en y para sí, la hora de inventar nuestro saber de mujeres, nuestra

ciencia feminista del buen vivir y el buen morir. El acto de conciencia mediante el cual asumimos nuestra responsabilidad existencial de forma íntegra, seria y sabia; yendo en contra de la moral establecida, que, a priori, nos declara, a las mujeres, entidades dispersas, banales e ignorantes.

Asumir en sí el cuerpo, y descubrir que nuestra diferencia es y está en el placer, en nuestras formas de gozar. Y asumir el pensamiento sin discurso que nuestro cuerpo convoca. El pensamiento distinto del institucional porque cambia el sentido de las cosas. Presentar la buena conciencia del desprendimiento como superación de la falsa conciencia de la escasez, presentar un nuevo esquema económico de las relaciones humanas. Admitir lo que da la madre, admitir la muerte y sus metáforas. La muerte real y concreta, el hecho de que todo cambia, el hecho de que nada permanece en sí. La necesidad del desprendimiento, saber seguir el flujo de la energía, que en eso se entretiene, en fluir y fluir con el cambio.

Saber desprendernos de la identidad egoísta, impuesta con la ley del padre. Desprendernos de la sociedad patriarcal, impuesta con el dinero y, lógico, la guerra y todas las policías. Desprendernos del encierro en la nada pleonásmica patria patriarcal. Saber cómo son las cosas, según la fuerza del desprendimiento, una fuerza que contradice las ilusiones de la escasez impuesta por el contrato capitalista.

Desprendernos del sueño de amor varonil, fundado en la falsa unidad suprema y eterna entre el hijo y la madre, desprendernos de la ilusión fetichista, que nada tiene que ver con las mujeres, que sólo funciona para encarcelar a las mujeres en el servilismo voluntario. Desprendernos del intercambio avaro que acumula en bodegas y sólo para la acumulación en bodegas. Desprendernos del contradeseo posesivo. Saber resolver la ilusión de creernos sin muerte, la ilusión que nos impide conocer lo que vendrá con el futuro.

Con la noción de desprendimiento femenino, Margarita nos presenta una plataforma ética para com-

prender la profundidad de la soledad feminista, el valor de la tristeza que nos trae la libertad, la nueva libertad problemática de las mujeres feministas. Una libertad sin precedente, porque nos desprende de la enajenación de las mujeres. Nos desprende de la costumbre servil de creernos la mentira de la unidad sin conflicto, nos quita la ilusión del sueño viril de amor que cree que todo lo puede y todo lo mueve.

Desprendernos de la ilusión mediante el desprendimiento generalizado, mediante la generosidad sin prenda. Puro desprenderse generoso, para que todo sea como ha de ser. Para quitar la oposición del ego falogocéntrico.

Reconocer que debemos actuar contra las “autoridades aislantes” del(des)orden patriarcal, porque afectan nuestras libertades de mujeres en lo íntimo, lo privado y lo público. Las afectan mediante el sexo, el pensamiento y la moral patriarcales, siempre patriarcales. Y así las autoridades regulan la condición servil(voluntaria, involuntaria) de las mujeres, la presencia y el funcionamiento de la cárcel del sexo femenino. Por eso, debemos ser radicales contra estas autoridades, contra estas debemos ser radicales contra estas autoridades, contra estas represiones sociales de nuestra diferencia ontológica. Radicales porque inventamos una moral nueva, completamente nueva.

Ya nunca más una “demanda”. Nunca más el requerimiento de mejorar este orden. Es imposible mejorarlo. Vivimos en un orden intencionalmente organizado en contra de lo mejor para todos y todas. tenemos, entonces, que denunciar. Decir y hacer ver las injusticias, todo aquello que impide la liberación de las mujeres, todo lo que actúa directa e indirectamente contra el pensamiento femenino, el saber que nos saca del mundo cárcel de la catástrofe tranquila.

Legitimar -se como mujer, entonces, significa dejar de ser mujer. Quitarnos de encima la cárcel, el encierro en eso, en ser mujeres. Tener lo que nos han quitado, tener lo que la moral instituida nos prohíbe.

Nuestras libertades, nuestra diferencia. Aquello que de veras nos gusta.

Nuestras libertades. O sea, poder ser cada quien sí misma para sí misma. Poder ensimismarnos en nuestra otredad diferente, en nuestra indecente diferencia, en nuestra prohibida otredad. Un proceso que significa recuperar nuestra honestidad, legitimar nuestra honestidad, nuestro indudable derecho y deber para inventar otra cultura, otra civilización, otro modo de estar en el mundo.

Porque, no debemos olvidarlo, ahora estamos socializadas para el patriarcado, es decir, estamos vueltas todas una, sólo una, la cosa del orden simbólico falogocéntrico. Una cosa hecha para el goce de otro, nada para nosotras mismas. Somos cosa del gran encierro en la catástrofe tranquila de la ley del padre, el patrón y la patria.

Ahora nadie está en sí misma, y mucho menos para sí misma; ahora somos la cosa que sirve para identificar las cosas del mundo, somos las que estamos excluidas del pensamiento, somos las que debemos servir (voluntaria, involuntariamente) y funcionar como poste de señales para la inscripción de la servidumbre universal.

Y todo esto lo dijo Margarita tal como lo está viviendo. Lo dijo muy claro, muy preciso. Lleno de vida. Lleno de autoconciencia feminista.

Se hizo evidente que estábamos ahí para pensar algo, y que estábamos en eso. Pensando algo cada vez en forma más clara y concreta, debido a las muchas dificultades que implica pensar eso. Ética y feminismo.

Sábado 23: Feminismo, ética y cuerpo.

Comenzó Pilar, sin texto, improvisando, desde el psicoanálisis no-freudiano, el psicoanálisis del Self...

La ética considerada desde el interior del cuerpo personal, según la mente. Una cuestión de temperamen-

to, lo innato en la persona, y el carácter, lo adquirido por la educación del temperamento. Algo que la teoría feminista ha estudiado como “la construcción psíquica y social del género”.

Entonces, nos recordó: literalmente, positivamente, hoy día no hay una ética feminista como tal. La ética, para el sentido común, es de carácter machista, ya sea a favor o en contra de ello. Y de ahí la necesidad de trabajar precisamente, sistemáticamente, conversativamente, en la construcción de la ética feminista, absolutamente necesaria para la liberación femenina.

Tal ética, nos dio a entender, tendrá que fundarse en la reflexión sobre lo que significa existir en cuerpos femeninos y en cuerpos de mujer. Recordar lo que la ética patriarcal nos ha hecho olvidar al escindirnos entre lo femenino, la maternidad, y lo de las mujeres, otra cosa, algo diferente. El problema de tener una conciencia encarcelada en dos cuerpos. Mientras los varones son dos conciencias en un cuerpo.

Y así recordó que el problema de la ética feminista consiste en aprender a pensar críticamente las funciones reproductoras del cuerpo femenino. Establecer una moral, una nueva costumbre, sobre el sentido de existir dentro del cuerpo que lleva a cabo la auténtica reproducción de la especie humana. Lo cual significa ver que ahora estamos moralmente encarceladas en la función materna; y así toda nuestra sexualidad no dirigida a la reproducción es considerada oficialmente como degenerada y perversa, y por tanto, prohibida.

Tenemos que considerar con mucho cuidado el significado de la verdadera igualdad en la diferencia sexual reproductiva. El hecho de que para ser iguales debemos reconocer en lo íntimo, lo privado y lo público el exceso de trabajo del cuerpo femenino en las funciones reproductoras.

En la moral actual, de carácter machista, la mujer no es propietaria de su cuerpo. El cuerpo de las mujeres, a diferencia del cuerpo de los varones, se considera una propiedad “pública”, pues de ese cuerpo

depende precisamente la suerte de lo colectivo. Pero en realidad, lo colectivo de esa propiedad no es colectivo, sólo les pertenece a los varones. Así, de principio, las mujeres sólo tienen significado social en tanto cuerpos para ser fecundados, o sea, en tanto objetos del deseo reproductor del varón, pues en prueba de ello, éste impone su nombre sobre los productos. Las mujeres somos vistas y nombradas únicamente como cosas, toda diferencia es degeneración, perversión, torcimiento de nuestro destino “natural y social”.

Desde la mirada egoísta del patriarca: cuando el cuerpo de las mujeres no se dedica a las funciones legítimas de la reproducción patriarcal, se mancha y se endeuda, se culpabiliza, porque ensucia el objeto de la reproducción patriarcal, ya que ofrece indebidamente su cuerpo para transacciones reproductivas. Y para que esto no se olvide y funcione en tanto mecanismo de represión es para lo que existe el orden simbólico, un complejo conjunto de metarrelatos encargados de difundir enunciados sobre la mancha y la deuda de las mujeres, enunciados enajenadores de la voluntad femenil. En ello está el valor social del pecado. Lo de Eva y la manzana.

Por eso conviene reconocer la situación prohibida del deseo feminista. El hecho de que ser feministas significa degenerar la norma, desear lo diferente. Saber desear a las mujeres, sin verlas como objeto. Ubicándolas como sujeto. Reconociéndonos en y para sí como persona.

Hay que actuar, entonces, en contra de la asignación inconsciente de roles de identificación sexual. Actuar directamente hacia fuera de la norma patriarcal, contra la dictadura del macho sobre la hembra. Cambiar el deseo, hacerlo pasar a través de la ética y moral; para ganar la libertad.

¿Se puede ser libre con el cuerpo sin transgredir el deseo radical feminista? ¿Se puede reconocer la diferencia? En estas cuestiones se organiza la ética de la psicoanalista, y en el a priori de que la causa del problema está en la sociedad y no en el individuo. Para hacer-

se reconocer los roles asignados como una imposición externa y la identificación del deseo como una asignación de la intimidad. Hacer gozar el placer de la transgresión, el goce de hacer lo íntimo. Porque nada produce más placer que la transgresión. Tal es la máquina del deseo actual.

La nueva ética feminista debe presentar, a fin de ser en serio distinta, una forma clara de hacer sociedad sin las deseconomías de la transgresión. Una formación social auténticamente pactada y concertada en sociedad, una sociedad fundada en la libertad como acuerdo. Ni más ni menos.

¿Gozar sin culpa? ¿Sin pecado? ¿Vivir sin pudor y sin honor? ¿Sin crisis?

En una conciencia hecha con lenguaje ¿se puede recuperar el cuerpo? ¿Construir el cuerpo?

Y vino Virginia, sin texto, y también improvisó...

Arrancamos con un ritual, en definitiva, emocionante. Pero poco reflexionado, demasiado "intuitivo". Más cerca de los aeróbics que de la experiencia interior; pero bien intencionado. Para hacernos sentir la energía de lo femenino, lo sagrado femenino del universo.

La autoconciencia feminista implica reconsiderar la historia. Hasta ahora, la historia ha sido la historia de él y de ellos, la historia del patriarca simbólico, una invención simbólica para silenciar la presencia de lo femenino universal, social y psíquico.

A nosotras nos corresponde, ya, hacer la historia otra. La historia de ella y de ellas, la historia de nosotras. Nuestra versión diferente de los hechos. La recuperación de lo olvidado a la fuerza.

Desde hace tiempo existe la teoría histórica del matriarcado. La creencia de formaciones sociales organizadas según otras leyes de parentesco, sin lo que el psicoanálisis llama complejo de Edipo.

Entonces, si la tendencia general de los calendarios actuales es la de estar regulados por el sol como metáfora del cuerpo masculino. Las feministas han comenzado a encontrar los calendarios de la luna como metáfora del cuerpo femenino. Hay las mitologías de la

mujer, ocultas en los signos del inconsciente falocéntrico. La otra religiosidad, lo sagrado original.

Pero entonces el discurso nos presentó una versión del mito de lo femenino. Una versión, a nuestro modo de entender, mitologizada, sin autocritica, sin prueba de honestidad de los enunciados.

Después de todo, el psicoanálisis nos ha hecho saber que las psiques excesivamente reprimidas por mecanismos neuróticos tienden a resolver la tensión mediante elaboraciones falsificadoras o racionalizaciones, explicaciones con palabras de cosas que nada tienen que ver con las explicaciones con palabras, desvíos utópicos sin control de la conciencia, riesgos fuertes de recuperar la enajenación expresada y reconocida en la tensión. Y esas cosas. O sea, por tantos milenios de sufrimiento simbólico, la imaginación feminista tiende a alucinar mucho, inmediatamente mezcla el proceso de liberación con el deseo de acabar con la tensión existencial, alucina, inventa que las cosas son menos conflictivas de lo que en realidad son, imagina equivocadamente. Y toda figura de la religión significa de inmediato eso. Recuperar lo sagrado, en especial lo sagrado femenino, significa aprender a caminar completamente por afuera de las figuras de religión actualmente existentes, y desconfiar de todas las religiones fundamentadas en el pasado.

Tenemos que inventar rituales y formas de religar a la persona consigo misma, con las demás personas y con el ánimo del cosmos. Pero la fuerza inventiva debe venir del futuro, de ese sitio en el tiempo donde las religiones y el orden simbólico prohíben la presencia lúcida de las mujeres.

Entonces, consideramos que los discursos feministas sobre lo sagrado deben fundarse en testimonios de vida. De otro modo, son teología, especulación peligrosa, racionalizaciones que impiden la cura de la herida falocéntrica.

De la discusión que provocaron las preguntas de Mendiola vimos lo difícil de pensar estas cuestiones cruciales; pero también de inmediato vimos que Virginia

comprendió perfectamente la cuestión en juego, y demostró no estar enajenada en el mito. Desafortunadamente, el enredo con el discurso mujeril hizo imposible el diálogo efectivo.

Hay una historia y un mito reprimidos. Hay que decirlos, es cierto. Mas ello implica inventar nuevos modos de “decir”, modos donde la intuición no diga otra vez lo dicho antes por el modo antiguo.

Hay los ciclos y lo cíclico femeniles, es cierto. Hay las estaciones y los cambios lunares. Pero al feminismo le corresponde pensarlos de otra manera, sin idealismo y sin materialismo.

Hay que conversar con mucho cuidado los discursos femeniles de lo sagrado, el curso de la divinización real de la conciencia. Todo tiene que comenzar por un visible esfuerzo para romper con las ilusiones y las analogías de ilusión, ni lógica físico-matemática ni simbólica intuitiva. Otra cosa. La cosa de lo sagrado feminista.

El mito de la diosa blanca, a nuestro entender, fue inventado por el varón. Puede ser útil al feminismo, es cierto; pero debe ser manejado con mucho cuidado, pues siempre abre la posibilidad de recuperar el sueño de la unidad original del hijo varón con la madre, la ilusión del reino sin conflicto, un mito neoplatónico, machista, misogínico. Aunque, por ser creación de poetas, un mito ambiguo, interesante.

Por otro lado, el problema de las mujeres, la causa de nuestro servilismo voluntario, tiene mucho que ver con una imposibilidad de pensarnos y reconocernos en singular, sin metáforas universales abstractas, o sea, saber pensarnos y sentirnos tal cual en realidad somos al existir personalmente. Todo discurso sobre fuerzas cósmicas femeninas, situadas por encima de los poderes de la persona, dificulta el trabajo de la autoconciencia personal, el proceso de la singularización concreta del sujeto femenino. Debemos aprender a vivir sin las vibraciones normalizadoras de la(s) mística(s) de la feminidad (ignorar todo, saber demasiado).

No podemos ir nada más del olvido de todo al olvido de que todo lo ignoramos sobre nosotras.

Entonces vimos el video. "Malabarismos de género".

Poco se pudo hablar al respecto. Sólo se hizo evidente que nos impresionó de muchas maneras a tosas. Una gran extrañeza.

Causa silencio. No poder hablar de inmediato. Sin embargo, se trata de que hay que hablar. De que tenemos que decir y pensar algo sobre eso. Que debemos resolver esas imágenes, nombrar lo que se comunica.

¿En qué debemos fijarnos primero? ¿Debemos fijarnos en algo? ¿Se puede ver eso sin fijarse en algo? ¿De qué hablar? ¿La anécdota? ¿El personaje? ¿La persona? ¿El video? ¿Las intenciones?

Los problemas del cuerpo. Las diferencias que marca la mirada; indecibles pero nunca invisibles. Esas distinciones. Esas marcas. Puros enredos.

Y por eso un conjunto de imágenes bellas. Realmente bellas. Pues llevan al límite. Donde se ve la otredad, la diferencia prohibida. La extrañeza que confunde al (des)orden, porque muestra eso, el (des)orden mismo; el hecho de que al norma "no norma".

Un conjunto de imágenes bellas porque muestran la afirmación de una persona. Su presencia significativa, al fin y al cabo, primero que nada como persona. La presencia manifiesta de una personalidad de artista, la expresión de una artista radical. Una rara artista comprometida.

Comprometida solamente con su cuerpo. La verdad singular de su estar ahí en el mundo, siendo un espacio físico. Un cuerpo. Su verdad de conciencia, su verdad de inventora de su popia-in-diferencia ante los malabarismos de las diferencias simbólicas.

La mujer barbuda. El mito. La lógica.

Ella, un cuerpo femenino. Ella, una identificación lesbiana. Ella, una barba y nos rasgos. ¿Sólo se puede ser malabarista desde ese emplazamiento en el mundo? Al menos, sólo así el emplazamiento tiene un contexto, un auténtico fondo donde estar. Una estación simbólica. Aunque sea sólo la estación de paso, la estación de la indecencia feliz del circo, el espectáculo de la rareza, la fiesta del malabar y la simulación. Los excesos

del dominio del cuerpo y esas cosas del dominio de la materia. Cando el cuerpo y los malabares te ponen a derivar por donde menos, parece, te lo esperaba, aunque mucho lo hubiese deseado, quizá, en lo íntimo. Ver la rareza y vivir la rareza, ser la rareza y expresar esa rareza, no ocultar la rareza, semblantear la rareza, en una, en sí.

Tú tienes que querer ser otra cosa. ¿Tienes?

De eso se trata la cosa "Tienes". Ser mujer significa eso. Que te digan eso. Y en el vídeo eso resulta ser una cosa muy rara.

Porque entonces, solemne y respetuoso, triunfa, paso a paso, plano por plano, Eros. La emoción del cuerpo y los cuerpos, la extrañeza vuelta mucho cuerpo y una sola persona con un cuerpo extraño. Un bello cuerpo andrógino, tierno y violento, como las metáforas básicas. El cuerpo dándose a ver, convirtiéndose, inquieto, en objeto de la mirada. La narración visual, la narración cinematográfica. El acompañamiento de cine para la extrañeza de ese cuerpo, la creación de un espacio audiovisual para su presencia entonces sublimada, trascendente, choqueteante de lo íntimo. Y así recordamos especialmente los malabarismos de las disolvencias, esa imposibilidad posible, esa invisibilidad visible, esa figura promiscua de cine. ¡Qué de malabares;

Y siguió la lectura del texto de María...

Desde nuestro punto de vista, habló directamente desde el discurso de las mujeres, desde el campo de lo mujeril. Expresó una idea de "la mística de la feminidad".

Al principio, hizo una propuesta que sonó radical. Dijo que iba a presentar una ética hedonista, y no la ética acostumbrada de la queja y el sufrimiento. Pero pronto dijo que la búsqueda del placer no era el fin de las mujeres. Y enfrió el hedonismo.

Siguiendo consideraciones elaboradas básicamente por mentes varoniles (Baudrillard, Alberoni) sobre el carácter femenino de la seducción, propuso la recuperación del amor que llamó "romántico". Una figura del sueño de amor inventado por los varones para encarcelar la identidad de las mujeres.

Esto es, sin ningún cuidado crítico, al proponer la imagen de unidad del amor inventada por el varón como forma de resolver la ética feminista, nos devuelve justo al punto anterior a la aparición liberadora del feminismo; nos regresa a las formas como el discurso del varón resuelve “sin resolver” la diferencia sexual. Piensa que el vínculo intuitivo y sin lógica del amor pasión hace justicia al deseo de las mujeres, reafirma el hecho machista de que estamos que ni mandadas hacer para amar al macho. Piensa que nuestra tarea es cuidar que no se derrumbe la prisión que nos encarcela. No cuestiona la economía reproductora que articula y oculta el mecanismo varonil del sueño de unión amorosa, lo acepta, ideológicamente, como algo “natural”, “necesario” y “correcto”.

Después de todo, decimos, el a priori de la reunión era reconocer la ineficacia civilizatoria del (des)orden institucional, reconocer la necesidad de inventar nuestra diferencia.

Recurrimos a la ética para evitar las trampas del amor. El discurso feminista sabe y hace saber que el amor pasión constituye un punto medular del encierro de las mujeres. Siempre un problema. Algo que deseamos resolver inventando nuevos vínculos, más en acuerdo con el desear femenil.

En retumbe, el discurso del amor pasión afirma que las mujeres sólo pueden ser complementadas por los varones. Que las mujeres sólo adquieren sentido en relación con un varón. Al decir que la masturbación causa un vacío en la conciencia afirma sin decirlo que el estado de plenitud del cuerpo femenino está en el embarazo, fin esencial, desde esa perspectiva moralina, de todas las relaciones sexuales. Niega el placer y el goce de las mujeres, niega la libertad de la diferencia femenina. Actúa en contra del discurso feminista.

A continuación, Julia improvisó su participación...

Nos recordó, ahora desde un encuadre más sistemáticos, el hecho de que las mujeres somos seres sin historia. Se nos considera viviendo en estado de natu-

raleza, físicamente “afuera” del “sagrado orden” impuesto por los “sabios” varones.

Las mujeres, dijo, en la historia somos los sujetos del silencio. Somos una voz que nadie escucha; pensamos nosotras: como la protagonista de El grito de Munch. Una voz que habla sola, para ella sola, pero sin conseguir oírse, sin tomarse en cuenta; como personaje de Beckett. Obligada a representar un silencio. La historia larga de un silencio horrible.

Así, para recordar la memoria debemos hacerlo con cuidado. Tenemos que iluminar nuestra situación real. En este orden simbólico, en este justo momento de la historia: hay, por un lado, el cuerpo de las mujeres, un silencio horrible, y por otro lado hay lo que se construyó simbólicamente sobre el cuerpo de las mujeres, encima del cuerpo de las mujeres, como una película en apariencia transparente pero en realidad muy opaca para ocultar lo construido. Hay dos cosas diferentes, el cuerpo, lo real, y lo construido, el fantasma; y la cosa es que nos sentimos y pensamos el fantasma, hemos olvidado lo real, nuestra presencia, el cuerpo en la historia.

Julia señaló que su ubicación respecto a estas cuestiones básicas era distancia. Su práctica como historiadora, dijo, está centrada en los efectos y no las causas de esta situación. Y tomo esta decisión epistemológica por rigor reflexivo, para considerar esta situación en la forma más justa posible, sin distorsiones. Para conocer mejor lo que en realidad está ocurriendo.

Por eso, nosotras, en este comentario extendemos sus ideas, las llevamos a donde nos preocupan. No decimos justo lo que ella dijo, no lo hacemos con nadie, sino lo que nos pone a pensar.

Así, vemos que la historia prácticamente no había tomado en cuenta el problema de la mujer precisamente como un problema sexual. Generalmente, las mujeres hemos sido un problema mitológico, o teológico, o metafísico, o psicológico. Siempre se ha considerado que el problema sexual, el problema físico de las mujeres, es un efecto, un síntoma del otro problema, una des-

viación del problema. Porque, en definitiva, según la historia, el problema de las mujeres es nada más que estamos locas, que no queremos ser mujeres.

Y si nos preguntamos ¿qué significa ser mujer? Nos enteramos que la historia se trata de hacer cambiar todo el tiempo lo que deben ser las mujeres, nunca decir de verdad lo que son las mujeres. Siempre se ha definido a la mujer como lo indefinido e indefinible por excelencia. Nunca de otra manera. Un ser sin sustancia, un fantasma. Sólo una falsa idea, sólo una necia idea de diferencia.

Entonces, por lo que explicó Julia, la carrera sin fin por el progreso técnico ha servido en buena parte para distraer a la conciencia del problema de las mujeres. Por eso la ciencia nunca ha querido ver ni nombrar a las mujeres. Porque la función de las mujeres está en la indeterminación, en la incertidumbre, en todo lo que causa la certeza de no ser universales ni invariables. Sólo cambio. Objetos de cambio. Cómo las cosas y las palabras. Nunca personas. Medios.

Y la ética feminista, entonces, consiste en buscar lo que cambia y lo que queda en nuestra indeterminación. Buscar las causas de la dependencia, para contrarrestarlas de inmediato con autoestima. Porque encontrar la causa significa elevar la comprensión del problema, aumentar la autoconciencia, el saber que libera.

De la exposición de Julia nos parece valioso destacar el carácter autocrítico. Señaló que no presentó un texto porque no supo cómo hacerlo, dijo la verdad. No aparentó que su exposición oral se hallará por encima de la escritura, sino todo lo contrario. Habló realmente desde un emplazamiento de saber femenino, honesto. Y lo hizo conservando el apartamiento absoluto y la duda permanente.

Domingo 24:

Feminismo, ética, placer y mirada.

Este día comenzó, también improvisando su participación, Ximena, que venía de Colombia.

A nosotras nos pareció un testimonio de vida. Ni un ejemplo ni una representación, el estar ahí de una persona invitada a estar ahí de esa manera, tal cual. Habló de su modo de estar viviendo todo el tiempo entre la ética y el feminismo. Por eso se presentó como una persona deformadora del orden patriarcal, porque, coincidiendo con nuestro a priori, a las mujeres conscientes sólo nos queda estar así en este (des)orden, deformando las instituciones. Y eso la convertía, dijo, en pro-feminista y pro-anarquista. Que no era feminista activa por anarquista y no era anarquista orate por feminista. Que de ahí formaba su ética deformadora.

Deformar el (des)orden significa buscar la equidad y la justicia, lo realmente ausente, especialmente en la vida cotidiana. Entonces, equidad y justicia significan vivir coherentemente, de modo amable, agradable y cálido; volvernos personas mejores de verdad, por nuestro modo de pensar, de socializar y de interactuar con el mundo.

Definió al sujeto del orden patriarcal como un “depredador social, político, económico y afectivo”. O sea, un ser que quita sin aportar, un ser que destruye el orden. Por eso la forma social patriarcal siempre está en crisis. Por eso la conciencia patriarcal es inconsecuente, intencionalmente olvidadiza. Sólo puede haber identidad falocéntrica en donde se olvida algo, en donde se niega el reconocimiento de algo.

En conclusión, nos recordó que la actividad feminista consecuente tiene que ser una actividad todo el tiempo elegida y gozosa, nunca una imposición, nunca una obligación. Por eso el feminismo radical debe ser una actividad comprometida con la vida cotidiana, para estar siempre en donde tiene que estar, sea donde sea, y para evitar la elaboración de compromisos falsos, inauténticos, impositivos, obligatorios.

Continuó la exposición del breve texto de Mirta...

Su plataforma es el psicoanálisis lacaniano. Organizó la cuestión de la ética feminista desde el enun-

ciado “semblante”, entendido éste como la película de representación que cada quien debe ponerse sobre el rostro para poder tener sentido dentro del orden simbólico. Esto nos conduce a la distinción entre sexo físico e identidad sexual, al hecho de la invención cultural del sujeto y el objeto del deseo.

De su discurso nos llamó la atención que no aceptara literalmente el enunciado “falo” como algo necesario para establecer la identidad personal. Sin embargo, nunca presentó claramente en dónde estaba su interpretación específicamente diferente y cómo resolvía esa heterodoxia en su praxis del diván.

En sí, propuso de nuevo el estado de indeterminación absoluta en que se encuentra la identidad de las mujeres. La necesidad de tener que construir las figuras capaces de revelar, para nosotras, el significado de nuestra desmesura simbólica, el hecho histórico y social de ser sujeto y objetos del deseo, cuando los varones sólo deben ser, en apariencia, sujetos, la desmesura de ocupar dos funciones esencialmente contradictorias y que, por tanto, nos contradicen en esencia, nos dividen e impiden comprender lo que somos, donde estamos.

Otra vez salió a relucir el grave problema ético de que la ley del orden simbólico falocéntrico sea despreciar a las mujeres. El problema de que las mujeres estemos legalmente excluidas de la construcción del mundo.

Nuestra ley, entonces, significa cambiar la ley, inventar otro pacto social.

Y siguió Aralia, con un texto escrito....

Su fundamento teórico, nos parece indiscutible. Cuando las mujeres pueden escribir sobre ellas mismas, están en situación de conocer su situación simbólica y se encuentran en posibilidad de hacer un saber propio de las mujeres, un saber de la liberación femenina. La teoría crítica feminista, entonces, ocupa de inmediato, literalmente, esa situación efectivamente diferente del pensar de las mujeres sobre el ser de las mujeres. Es un discurso feminista radical porque reflexiona sobre la

reflexión, articula el proceso interno de cada texto y el externo, el de la tradición. Donde hay teoría crítica, hay lugar para la ética del feminismo.

Pero la aplicación nos pareció, otra vez, dominada por las “razionalizaciones” neuróticas. Ya nada más el uso de los términos psicoanalíticos resulta muy poco cuidadoso. Rápidamente ha inventado un relato de la liberación del Edipo, un relato que aplicado a los textos sobre mujeres escritos por varones da los mismos resultados. Entonces, no encuentra, sino que inventa una diferencia de la escritura de mujeres. Evita la reflexión verdaderamente crítica. Por falta de cuidado en el análisis, sólo reproduce el negativo o la imagen inversa del orden institucional. Un contragolpe inconsciente.

Porque, a nuestro modo de ver, este discurso crítico “ignora” lo esencial del problema, el problema de la construcción del texto, el problema de la sintaxis textual. Desconoce lo invisible que resulta más poderoso porque gobierna sobre lo visible. Acepta sin discusión las formas de relato institucionales, las formas de relato instauradas por el orden simbólico que el feminismo debe criticar. Recupera el problema, vuelve a introducirlo tal cual, como estaba, sin auténtica crítica feminista. Igual que la religión, resuelve en la interpretación del contenido lo que la forma prohíbe en la realidad, desvía la solución, la enajena. Es verdad, en todo lo que escriba una mujer consciente de ser mujer habrá una rebelión contra la institución, un desvío del complejo de Edipo. La cosa de la teoría crítica está más bien en buscar por qué y cómo ocurre eso, en volver presentes los efectos de la producción de enunciados contrarios a la institución. Conocer la diferencia que articula diferencias en la norma, la diferencia que siempre ha permitido que las mujeres se expresen mejor a través de la escritura.

Concluyeron las exposiciones de este día, Maru y Beatriz...

En sí, nos contaron el compromiso ético que implica hacer un cine intencionalmente feminista. La forma en que tal compromiso choca con las costumbres

de la institución, cómo las desvirtúa.

También presentaron una reflexión sobre los muchos lugares de la mirada que hace cine. La mirada con que ellas ven sus temas y la mirada con que ven a las actrices de sus temas, la mirada con que se ve la realidad y la mirada con que se ve la ficción, la mirada de quién se ve filmar y la mirada de quien ve a quien se ve filmar, la mirada de quien ve filmar a otras personas y la mirada de las personas que desde una filmación ven a las otras personas, y así sucesivamente, en un complejo tapiz de miradas que cuidan que la mirada diga la verdad del cine, la verdad en el cine y la verdad del cine, la verdad de las miradas.

Otra vez, antes que nada un testimonio de vida. La narración documental de una práctica que rápidamente ha mostrado sus efectos feministas, la práctica del cine.

Lunes 25: Feminismo, ética y política.

Este día fue cuando Paola participó en el Seminario, también improvisando su participación... Comenzó indicando que hablaría de lo que ella encontraba de interesante para la reflexión feminista en el tema de la ética y política. Presentó primero varios ejemplos textuales para señalar que existe una diferencia real entre los modos de hacer ética y política por cuenta de las mujeres. Una diferencia que legitima la existencia del feminismo.

Entonces aclaró que había dos modos de estudiar la lucha de las mujeres. Uno, incompleto, lo representa el discurso de lo femenino, una reflexión a-crítica que acepta la existencia de una esencia femenina natural, única y unívoca, invariable; justo según la idea de las mujeres inventada por el orden simbólico de los varones. Y otro, riguroso y crítico, lo representa el discurso feminista, reconociendo el orden simbólico de los varones como una injusticia social sin solución interna; una reflexión

que trata de inventar otra forma de estar en el mundo para todos y todas, sin la escisión superexplotadora de la diferencia sexual.

De los textos citados estableció en qué eran diferentes la ética y la política hechas por las mujeres que se expresan a través del discurso feminista.

Antes que nada, ética y política, para la praxis de la tradición radical feminista, son cuestiones inseparables, cuestiones que deben ir perfectamente interrelacionadas. La ética implica tomar medidas contra la política del macho, y la política sirve para inscribir de algún modo la ética feminista dentro de la vida cotidiana. Esta relación indisoluble entre lo ético y lo político hace que el discurso del feminismo borre la falsa separación entre lo público y lo privado, igual que la falsa grieta entre la conciencia y el inconsciente.

Hacer feminismo, entonces, significa tener otra forma de tomar decisiones. Una forma capaz de criticar el modo patriarcal de decidir sobre lo político, esto es, capaz de manifestar lo que ahora más falta en la toma de decisiones técnicas de y para el mundo contemporáneo. Falta la verdad política de las mujeres, falta la inclusión y el reconocimiento de la ética diferente de las mujeres, falta la conciencia social diferente de las mujeres.

La ética que no puede ser abstracta. Una preocupación constante por lo concreto de la propia persona y las otras personas. Tomar decisiones para resolver lo inmediato, el presente más próximo; y siempre por razones muy concretas e inmediatas, sin capacidad de sublimación, sin heroísmos. Algo que debe tener que ver con la forma como establecemos la relación entre madre e hija, una relación objetivamente diferente a la establecida entre madre e hijo; algo así como la relación que instaura la marca de la diferencia íntima, personal y social de las mujeres; la relación que hace problemática la situación política de las mujeres.

Porque las mujeres viven una tragedia de sentimientos más intensa que la vivida por los varones. Una tragedia organizada de modo institucional, por programa.

La tensión permanente entre la conciencia y el inconsciente de ser mujeres, la indeterminación causada por la claustrofobia patriarcal. Esa indeterminación de crecer lejos del objeto del deseo simbólico, lejos, institucionalmente muy lejos del padre varón, y de quedar encerradas muy cerca de la madre mujer, muy cerca de ese narcisismo sin fondo que causa seducir una imagen reconocida como idéntica, sin diferencia, indiferente, sólo simbólica.

Es cierto, la imagen materna pesa mucho en la conciencia. Resulta decisiva para el destino de la persona. Vuelve por completo distintos e incommunicables al varón y la mujer. Por eso, ser madre. Ser base: el símbolo de la maternidad. Nada qué ver con el falo y esas brujerías de macho asustado con la fuerza de los símbolos. Sino con la maternidad y ya, como lo vieran bien Lou Andreas-Salome y Rainer María Rilke. Con la simbólica de la madre vuelta fábrica de la personalidad escindida contemporánea.

Y por eso el discurso feminista constituye, ya, otra ciencia, otro modo de conocer, porque asume con sentido crítico el peso y la gravedad masiva del símbolo Madre. Actúa en sentido contrario.

Si la función de la madre, como se ha visto, consiste en generar el orden patriarcal, esto es, en dar y dejar libre el espacio para las jerarquías simbólicas base: padre e hijo varón; entonces, la desarticulación crítica de esta función consiste en degenerar las jerarquías. Por ejemplo, elaborar modelos científicos distintos, feministas; modelos sin centro, sin lógica y sin falo.

Deshacer el sueño de la madre buena. Tomar medidas prácticas para recordar y reconocer la imposibilidad de volver justa la política y la ética del patriarca; medidas feministas para conservar presente la necesidad de inventar otra ética y otra política, una ética y política lúcidamente alejadas y diferenciadas de las impuestas por el macho.

Favorecer las diferencias, los amores intelectuales de las mujeres. Las acciones que nos vuelven feministas, las acciones con que elaboramos el discurso del feminismo.

Actuar siempre de manera distinta a la dictada por la ética sin verdades de la sociedad patriarcal. Actuar con buenas razones, con razones concretas, con acciones directas de diferencia feminista. Fundar verdades en la denuncia de la injusticia instituida, cotidiana, intencionalmente olvidada y hecha olvidar.

Favorecer el internacionalismo, actuar a favor de la múltiple traducción de las culturas. Hacer crecer la conversación ilustrada, muy especialmente la de carácter feminista radical. Deshacer el encierro de la conciencia femenil en las explicaciones sin legitimación y las transformaciones sin cambio que distinguen a la lógica (consciente, inconsciente) del orden civilizatorio patriarcal. Aprender a comprender desde la situación femenil. Incrementar la autoconciencia de que el feminismo hizo nacer a las mujeres, les abrió un lugar en el mundo y la necesidad de alcanzar su reconocimiento social, el reconocimiento de la diferencia femenil.

De ahí, para cambiar el peso y la gravedad del símbolo materno como marca de la conciencia escindida falogocéntrica, parece necesario establecer otras formas de relación entre mujeres. Formas inesperadas, formas no pre-judiciadas por el orden patriarcal. Necesariamente: formas transgresivas. Como preguntarnos con prudencia: ¿qué significa que una mujer hable con otra mujer y con otras mujeres? ¿Qué significa la conversación entre mujeres hechas nacer por el feminismo? Para nosotras y para el mundo, ¿qué quieren decir nuestras comunicaciones femeniles?

Y la cosa, según entendimos, exige hacernos estas preguntas feministas sin excluir la realidad, sin excluir la presencia de los varones. Después de todo, los varones en y para sí, igual que las mujeres, ya no son la causa del problema. La causa, ahí está el problema, se halla en otra parte, donde no estamos los varones ni las mujeres. Donde tenemos que aprender a estar para resolver el problema de las mujeres, para recordar la verdad femenil. El cambio de rumbo en la historia, la recuperación libre de la razón armónica. Una búsqueda permanente y

honestas de las reglas de convivencia justa para todos y todas, una búsqueda profunda e íntima del aún inexistente “orden social humano”. La búsqueda del acuerdo que cura la herida patriarcal.

Una búsqueda inquieta y creativa, que, entonces, sólo puede avanzar en sentido contrario al establecido, desarmando directamente las “imágenes de ilusión” con que se reproduce en las conciencias el encierro de las mujeres.

El discurso radical feminista, es legítimo y radical porque habla sin exclusiones, implica el problema y el goce de cada quien. El libre goce del discurso, de las implicaciones y responsabilidades del juego de signos. Sacar a luz las relaciones persona-objeto, las relaciones donde resulta manifiesto que hay dos poderes mezclados en desequilibrio, uno femenino y otro masculino, para que pueda haber poderes de identificación (individuales, colectivos); dos poderes en desequilibrio permanente, programado, a fin de que el pendular provoque una situación de ventaja para los emisores de uno sólo de los poderes (phalo-capital).

Comenzar a conversar sobre nuestros auténticos objetos de deseo, conversar sobre los objetos feministas, nuestras nuevas intimidades libidinales. Seguir el libro curso de nuestras pulsiones ilustradas y transgresivas, los flujos femeniles del deseo, lo distinto, la verdad de las mujeres. Recordar a fondo la novedad feminista y hacer uso consecuente de ello.

Ver y nombrar las figuras que nos unen con todos los objetos, las figuras reprimidas por el patriarca. Entrar en conocimiento de lo excluido por la institución: nuestra radical diferencia, la novedad ética y política de la autoconciencia de ella. Recorrer las sendas del eros ilimitado de las mujeres, las diferencias del goce sin objeto o ensimismado, la diferencia crítica del placer femenil. Que las fuerzas emancipadoras del orgasmo femenil vibren intensas en el lenguaje y la presencia del mundo, vibren sin parar en las palabras y las cosas. Afuera de la maquinaria reproductora de interés varonil, afuera de la ley del parentesco posesivo. Goce feminista. Ingreso de discurs-

sividades emancipadas dentro de las estructuras del encarcelamiento, o sea, poco a poco, deshacer el encarcelamiento. Gozar. El discurso, el saber femenino. Nuestro modo feminista radical de estar en el mundo.

Pensar diferente para desear diferente. Y así poder pensar más diferente y desear más libre. Hacer esto, nuestra teoría. Que nos libera a todos y todas. Que nos convoca a pensar la unidad en el deseo diferenciado en forma ilimitada, el deseo que sale de la separación falocéntrica. O sea, deseo puro. Deseo humano todo el tiempo realizándose como deseo, la autoconciencia de la presencia como deseo. La autoconciencia que termina con el encierro causado al separar trabajo y deseo, al separar lo mío de lo tuyo, al impedir el libre flujo humano del deseo. Una unidad armónica bien acordada. El deseo femenino, al ser visto y nombrado como tal, provoca cambios de conciencia, esto es, de sociedad. Cambia la comunicación general, los mensajes se liberan de la medida recuperadora. Se desprenden de la institución represora, legítimamente, gozosamente, con plena conciencia de realizar tal desprendimiento de carácter y fondo liberador, porque permite reconocer, ver y nombrar la acción de separación voluntaria. Producir eslabones entre límites, explicar y transformar los límites, y así generar consenso feminista sobre las diferencias reales y siempre necesarias entre personas libres en un mundo libre.

Entonces, según la experiencia directa de Paola en reuniones de mujeres enfrentadas por el militarismo, éste último constituye un problema muy grave para la actual teoría feminista. El militarismo escinde a la persona de tal manera que las mujeres, reconociendo su carácter patriarcal y represivo, no pueden superarlo, generalmente quedan separadas por motivos militaristas (venganza, rencor).

Hay entonces que crear grandes construcciones imaginarias, grandes invenciones creativas de carácter feminista, para poder contrarrestar de verdad las relaciones de poder patriarcales. Inventar en serio otras maneras de estar en este mundo, según proyectos sin exclusiones, actuando en serio contra el egoísmo inconsciente, esto

es, bioprogramado, actuando, en fin, eficazmente contra el desorden fálico. Inventar otra cultura, otra civilización. Otro deseo, otro pensar. Otro trabajo, otras utopías.

Y esta importante necesidad de avanzar por medio de auténticos “inventos”, ya por último, pone en entredicho toda forma de representación social. Vuelve evidente que la representación ética y política significa ilusión, ideología fálica, desconocimiento del otro, falta de respeto por el otro. Nadie, ninguna persona ni ningún grupo, nadie puede representar a la mujer y las mujeres. El problema de la mujer y las mujeres esta en haber sido siempre “representadas”. Representar a la mujer es el enunciado básico de la inconciencia machista.

Lo radicalmente ético y político del discurso feminista, su diferencia ontológica, está organizado en torno al proceso de reconocer a cada quien como cada quien, tal cual, sin representaciones. Somos feministas para evitar el olvido organizado de nuestra presencia libre en el mundo. Entonces, no conviene ignorar que el feminismo constituye la denuncia de un gran silencio dentro del orden establecido. El silencio de las mujeres dentro del desorden político varonil constituye la denuncia manifiesta de una injusticia horrenda y terrible en contra de ellas. Por eso tal silencio crítico debe constituir la guía base para la expresión feminista radical.

Olvidemos prudentemente las metáforas del patriarcado, olvidemos con sistema las imágenes con que internalizamos la servidumbre al gran encierro. Olvidemos nuestra representaciones e identidades, tal cosa es la institución.

Nuestra memoria feminista ahora sabe que nos inventamos a partir de prácticas de la metáfora. Somos discurso feminista porque vivimos enunciados radicales, originados por nuestro esfuerzo personal para reconocer y hacer respetar la diferencia de las mujeres, la cosa de lo femenino, y para instaurar la discursividad que no excluye las diferencias, la discursividad que establece eslabones entre límites, la discursividad que nos comunica de otra manera, respetando la intimidad, respetando el

sentido de la existencia. Porque lo mejor del feminismo en ética y política es su confianza permanente en la capacidad de cambio y en la prudencia para saber esperar el cambio.

Esta edición, primera electrónica y
segunda de este libro, fué realizada por

fen-e-libros

México, febrero de 2004